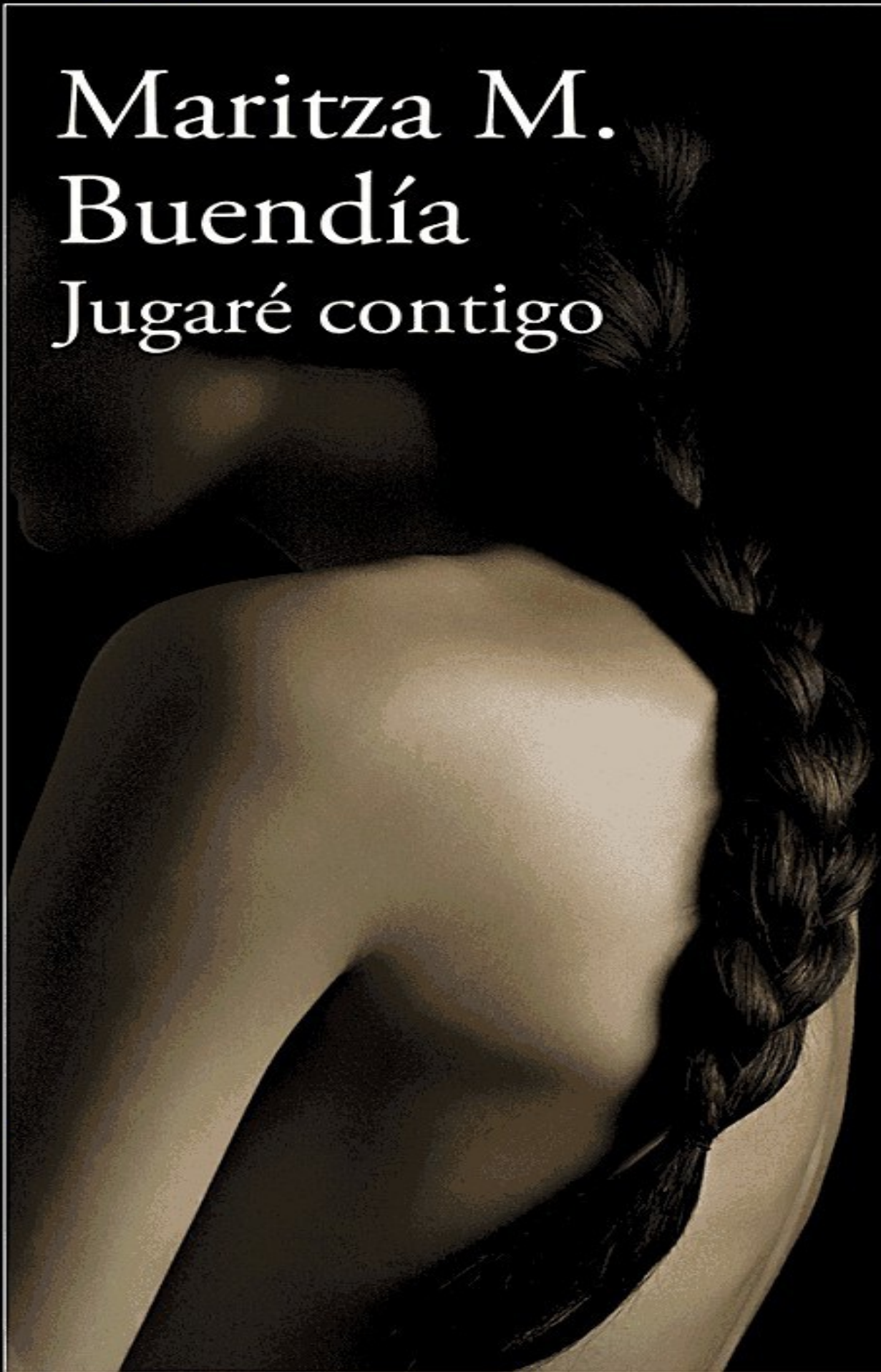


ALFAGUARA

Maritza M.
Buendía
Jugaré contigo

Narrativa Hispánica



Maritza M.
Buendía

Jugaré contigo

ALEAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Eve y Tris, mis amores.
Al recuerdo de “mi Pati, Patis”.*

1

Todos los años veía a los fieles arrojar sobre las aguas del Tíber (para aplacarlas) treinta maniqués vestidos. Protestaba: “Para aplacar la violencia de las aguas ¿no sería más eficaz y económico arrojar treinta mujeres verdaderas?”

SILVINA OCAMPO

Una fuerte palpitación entre las piernas la arrastra hacia Levent por primera vez, un sudor frío le cosquillea la espalda: yace en la cama, descalzo, con el arrugado pantalón de lino y la camisa arremangada hasta los codos. Susana levanta los brazos para quitarse la blusa blanca de hombros descubiertos, desbarata la trenza para dejar caer su cabello negro y ondulado en la espalda, justo a la cintura, donde empieza el elástico de la falda. Se arrodilla en la alfombra, frente a la cama.

Desconcertado, Levent gira la cabeza para mirarla. Quiere levantarse, pero ella, con la mirada, le dice “no” y en un movimiento, cálido y preciso, atrapa uno de los pies con la boca y comienza a chupar.

Luminosa, feliz, de rostro alargado, Susana le da nueva vida a Levent: bautiza los pies con su saliva caliente y una multitud de pequeñas mordidas. Él siente un correr de escalofríos en las ingles. Por largo rato, ella relame el dedo gordo y mordisquea los demás. Como si recorriera las teclas de un cansado piano, con su lengua joven y hambrienta llena de saliva las uñas cuadradas y disperejas. Ansía acostumbrarse al sabor de Levent, a su olor a hierba machacada, a camino recorrido.

Desde el borde de la cama estira un brazo para frotar el bulto que crece debajo del pantalón. Con su aliento tibio sopla alrededor del pie para secar la saliva. Levent se abandona a las caricias, al calor de ella que despierta su propio calor, a la mano diestra que engrosa su carne. Lentamente, se deja hundir en una tierra sin nombre, donde sólo reinan el país y el idioma del cuerpo de Susana.

Ella suelta el pie para tomar aire. Estira la espalda y siente las innumerables cuentas del collar de ámbar que se deslizan en medio de sus pechos. Contenta de vivir por fin este momento, de practicar las enseñanzas

de Milena, con las palmas de las manos, lado a lado, aprieta y empuja los senos hacia adelante para atrapar con ellos el pie. Levent palpa el sudor y la blanda textura de esa piel, la calidez del ámbar. Cree que cede a las caricias, que se derrumba y cae rendido. Pero ella lo contiene:

—Aguanta un poco, respira.

En un terrible impulso que lo traiciona levantándolo de la cama, Levent abre los ojos, aparta a Susana para quitarse la ropa. Ella muerde sus propios labios al contemplar el deseo expuesto de Levent: el pene circuncidado, inflamado, la gotita lechosa coronando la punta. De pie, frente a ella, él jala el cabello negro con una mano para llevar la boca hacia la erección de su carne, para entrar y salir como si quisiera ahogarla, acabar con aquello de una maldita vez. Ella duplica su repertorio de caricias: ensaliva, succiona, muerde y paladea un fluido de leche tibia, de picor de pimienta y de mostaza, semejante al olor de aquel primer aliento que respiró de él. Llena de devoción, conteniéndolo todavía, saca el pene de su boca y, sosteniéndolo con una mano, repasa con él su frente, sus cejas, sus ojos, su nariz. Levent suelta un suspiro hondo:

—No soporto más —dice.

Y ella, nuevamente aprieta y empuja los senos hacia adelante para sujetar con ellos el deseo de él, para desmoronarlo en un subir y bajar de hombros y pezones tiernos. Él siente que resbala en un pozo profundo.

Susana nota un repiqueteo de húmedas palpitaciones debajo de la falda. Se para frente a Levent, restriega sus senos mojados en el torso plano y velludo. Él enseguida la lanza a la cama, le sube los brazos por encima de la cabeza, sujeta ambas muñecas con una sola de sus manos. Ella gana. Él puede darse cuenta y no se arrepiente, entregado al juego y a los caprichos de esa mujer.

Anticipando la suavidad de su entraña, Levent le lame el rostro y el cuello, le levanta la falda, de un tirón arranca las pantaletas de encaje blanco. Con los dedos temblorosos separa los labios abultados, con la punta del pene frota varias veces el clítoris hasta descender y penetrarla.

Abierta y partida, Susana grita, pero no cierra los ojos, tan aferrada como está a la cadera de Levent.

El juego es sencillo.

Desde la cama, con una voz tibia, llena de notas musicales, Susana explica las reglas:

—Cada noche me disfrazarás de muñeca.

El sol de mediodía entra de lleno por el ventanal, ilumina el tocador de madera oscura, el espejo ovalado, la televisión de pantalla plana y las lámparas de los burós. Sobre un sofá de piel café está una maleta abierta con la ropa de Levent: las camisas blancas y los pantalones de mezclilla. A pesar de la luz, la habitación huele a noche, a cuerpos que se aman entre almohadas y sábanas blancas, a cuerpos que no quieren despegarse, a sudor.

Despacio, como gata perezosa que paladea la sobrecama, Susana estira los brazos y las piernas, arquea la espalda y se monta en Levent para despertarlo, acaricia sus pómulos hundidos, la barba recortada en triángulo. Tiernamente, alborota otro tanto su cabello. Él bosteza.

—¿Es la Mezquita Azul? —interroga Susana, apuntando con el índice hacia el ventanal.

Él vuelve apenas de un lugar apacible: soñó que caminaba de la mano de su padre como cuando era un niño, pero había demasiada luz en su sueño y no pudo distinguir si caminaba de la mano de un padre vivo o de un padre muerto. Decide abrir los ojos despacio, pasar de la luz del sueño a la luz de la habitación. Por unos segundos se enceguece: siente el peso del cuerpo de Susana y no puede verla. Hoy es un día más, piensa, entrecierra los párpados. Tiene que levantarse, se hará tarde, debe llevar al grupo de turistas latinos a la visita obligada: Santa Sofía. Está agotado y aún no se ha puesto en pie.

Susana habla, explica a detalle:

—Yo elegiré la vitrina que más me guste y la rentaremos por unos días. También necesitamos buscar un departamento, no nos conviene gastar el dinero en un hotel. Estuve investigando en Internet: las vitrinas de Amberes son mejores que las de Ámsterdam, están reguladas y vigiladas por policías, por códigos de orden y de limpieza. Ya verás que pronto nos acostumbraremos a vivir ahí.

Hace una pausa para tomar aire, las palabras la atragantan porque han esperado tantos años para finalmente ser pronunciadas.

—Amberes es una ciudad noble, es la casa de Rubens, la ciudad de los diamantes. La gente es amable con los turistas, incluso con los emigrantes... Todavía... Y no tienen problemas de obesidad como en México, tan lejos como están de la comida chatarra de Estados Unidos... Pero la principal ventaja es el puerto: siempre hay marineros y transportistas trasnochados.

Levent la mira con incredulidad, está encima de él, desnuda y sonriente, vestida con su collar de ámbar.

—Tendrás tiempo de acomodar las cosas en la vitrina antes de que yo llegue. Y cada mañana te haré un recuento de la noche. Tu participación es fundamental: no sé estar sola.

Susana hace una segunda pausa, baja las pestañas alargadas por el rímel, enfatiza su mirada triste, de niña huérfana: ojos grandes y negros, lustrosos; ojos que guardan el brillo de una historia que quiere reventar.

—Estoy dispuesta a asumir los gastos, eso no es problema. Y tú no puedes negar que te hacen falta unas vacaciones. Además, puedes poner tus propias reglas. Las que quieras, siempre y cuando no se contradigan con las mías... Una de mis condiciones es la participación de mis muñecas, ya las conocerás. Tú tendrás la libertad de decidir cómo usarlas, cómo incluirlas en el juego.

Inclina la cabeza hacia un lado, estira el cuello y levanta el hombro, se estremece.

—No voy a enamorarme de ti. No te asustes, soy alérgica al compromiso. Al terminar lo acordado cada uno regresará a su país. Podrás olvidarme, fingir que nunca nos conocimos, que nada pasó. Yo haré lo mismo. No tenemos que escribirnos ni llamarnos... No quiero tu amor, sólo tu deseo.

Levent recorre los muslos de Susana, llega hasta la cadera y se detiene.

—Casi no te conozco, estás loca —dice y sonríe—. ¿Cómo se te ocurre semejante cosa? ¿Por qué crees que voy a aceptar?

Para él, Susana es una turista más que compró el tour de Kusadasi a Estambul, apareció en un abrir y cerrar de ojos. Siente que detrás de aquello hay una trampa: no lo convencen su inocencia, la frescura con la que habla, la naturalidad con la que se mueve. Sus palabras le suenan a fantasía pura. ¿Pero no se dedica él a cumplir las ilusiones de otros?

Roza el vientre de Susana, sube hasta el pecho. Con el pulgar y el índice

atrapa un pezón rosado, quiere darle vuelta con los dedos, como si encendiera un botón o sintonizara una estación de radio, como si pidiera “canta, canta”.

—Entonces, ¿cuáles son tus condiciones?

—dice ella.

—No sé, no sé... No es tan sencillo como lo planteas. Tu cuerpo no es tan fuerte —y para confirmarlo, con la palma abierta Levent le pega en los muslos, que enseguida enrojecen—. ¿No te da miedo? Es demasiado riesgo. ¿Ya pensaste el tipo de gente que puede buscarte?

—Sí, tengo miedo —Susana hace un puchero, se toma la barbilla con la mano—. Te necesito.

Luego abandona la cama y camina hacia el baño. Él mira el cabello negro, las caderas amplias, las piernas largas. Ella deja la puerta entreabierta para que él la escuche orinar, abre la llave caliente de la regadera. ¿Se atreverá a seguirla? Está ansiosa: tiene hambre, suspira por un café, quiere tomar un taxi, ir a su hotel por ropa limpia. Ya está: deben empezar la excursión del día.

—¿Qué dijiste anoche? ¿Hoy nos toca Santa Sofía? —interroga.

Coge una botellita de champú, la destapa y la acerca a su nariz. Saborea su olor: en unos minutos su cabello olerá a té verde y a naranjas. Observa los artículos de aseo alrededor del lavabo que Levent ha ido juntando de sus innumerables viajes: el jabón de avena y pepino de un hotel en Madrid, el aceite de oliva de un hotel en Grecia, un peine semiovalado de Marruecos. En una taza que dice Bielorrusia hay tres pastas de dientes. Elige la verde brillante con olor a menta y la pone en el único cepillo de dientes que encuentra; las cerdas no se amoldan al tamaño de sus dientes, cosquillean sus encías.

Cuando el baño se colma de vapor, abre el cancel esmerilado y entra a la regadera. El agua caliente cae en sus hombros y en su cuello, los enrojece. Empieza por lavar su cabello, hace espuma con el champú. Escucha el crujir de la cama. Con los ojos cerrados deja que el agua caiga en su rostro. Sabe que en esos momentos Levent camina por la alfombra, se acerca.

Él entra al baño, sus ojos se llenan de un cuerpo de mujer que inclina la espalda, dobla la rodilla para enjabonar una pierna y eleva las nalgas.

Y el deseo despierta.

Levent toma el aceite de oliva y lo vacía entero en sus manos, frota su erección y abre el cancel.

—¿Estás de acuerdo? —Susana no voltea, sigue encorvada, enjabona la otra pierna.

El silencio hace su propio pacto.

—¿Estás de acuerdo? —repite con voz entrecortada cuando él abre sus nalgas.

Un hechizo malvado paralizó a las muñecas de de la habitación prohibida y sólo yo conozco las palabras mágicas que las harán moverse otra vez. Siento hormigas en las manos y unas ganas locas de oler su cabello, de abrazarlas, llenarlas de besos. Cuando juego en el patio, me voy caminando hasta el final de la huerta sin que Milena y la Abu se den cuenta, ahí están las muñecas. Si Balín me acompaña, lo amenazo con lanzarle una piedra para que no ladre. Aunque no puedo entrar a la habitación, miro a través de la cerradura e imagino sus historias: “y esta era una vez una mujer con caderas de yegua que entró a una muñeca...”, “y esta era una vez una muñeca que buscaba novio...”. Cuando me aburro o me cala el sol, regreso a la Casa Grande y me hago caireles con una vieja pinza que robé del tocador de la Abu.

—Milena, ¿has visto llorar a la Abu?

En cuanto llego de la escuela, Milena me llama. Está tan seria y pálida como cuando me regaña porque me distraigo mientras me dice cosas importantes:

—Ven, siéntate aquí.

Con dos palmadas en sus piernas me dice que suba. Y le hago caso: dejo la mochila en el piso y trepo a sus piernas. Ella me abraza y yo recargo mi cabeza en su hombro, en el colchón de su pecho. Huele a mermelada de membrillo.

—Tengo algo que decirte, pequeña —y toma mi cara entre sus manos

para que la mire—. Escúchame bien, dentro de poco voy a morir.

¿Qué? ¿Cómo va a morir si está tan bonita en su vestido de flores? Aunque pensándolo bien, desde que empezó a usar esa pañoleta que le cubre la cabeza me encuentro sus cabellos en los lugares más raros, en mi ropa o en mi mochila. ¿Qué hace un cabello de Milena ahí? Y es de ella, no tengo duda, es mucho más largo que el mío; yo, por más que cepillo mi cabello cien veces antes de dormir como dice la Abu, no logro hacerlo crecer más abajo de los hombros.

—Voy a morir.

Repite sin rodeos ni tropezones, como si hubiera abierto la llave del lavabo y las palabras salieran desde su barriga sin detenerse. Me mira a los ojos sin pestañear y yo también la miro: en cualquier momento le crecerá la nariz por mentirosa.

—Te harás cargo de tu padre... Ya lo estuve conversando con la abuela. Dice que ella está muy grande y cansada, que es el momento de que conozcas nuestra historia: el secreto que pasa a la mujer de cada generación... Todas tenemos un don, ¿sabes?, algo que la naturaleza nos regaló... Quiero que me prometas algo.

¿Hacerme cargo de Fernando? ¿Qué no se supone que él debe cuidar de mí? Milena preciosa, si estás enojada porque soy terca y el otro día quise abrir la habitación de las muñecas, está bien: no lo vuelvo a hacer (al cabo que ni pude abrir la puerta con mi varita mágica). Además, a las niñas de hoy no nos gustan las muñecas, menos esas que están tan flacas y que llevan vestidos antiguos y chongos tan pasados de moda. Nosotras nos divertimos con los videojuegos, usamos pantalones para trepar a los árboles, nos gusta traer el cabello suelto y odiamos los holanes y encajes porque nos sacan ronchas en la piel. Así que tranquila, algo tan tonto como una habitación que no podemos abrir nos huele igual de feo que un periódico mojado.

—Debes elegir a una muñeca. Ella será tu compañera cuando yo me vaya, tu mejor amiga. Ella te ayudará a descubrir cuál es tu don, el porqué estás aquí.

¿Una muñeca? ¿Para mí? Ahora sí que no entiendo nada. Volteo los ojos al revés para hacerme la despistada, para que las lágrimas regresen adonde

quieren salir. La nariz de Milena no crece ni un poquito. Respiro hasta la panza. Muy bajo, le pregunto:

—¿Y de dónde voy a elegirla?

—Abu, ¿has visto llorar a Milena?

Milena me toma de la mano. Para llegar hasta el final de la huerta, salimos bien armadas y con provisiones. Ella lleva su vestido rojo de botones blancos, pero se quita sus sandalias de tacón y se pone unas chanclas. En cuanto nos pega el sol, abre una sombrilla roja en forma de pirámide con un montón de dibujos chinos, dice la Abu que esa sombrilla la trajo de uno de sus primeros viajes en barco. Yo me puse unos tenis, aunque no combinan para nada con mi vestido.

Con la sombrilla pirámide pasamos a un lado del pirul y seguimos derecho hasta dejar atrás los dos árboles altos y flacos de los perones. Balín nos acompaña un rato (no ladra, está bien entrenado), pero a mitad del camino saca la lengua y se tira bajo la higuera. Milena chula, ¿segura de que te vas a morir? Todavía podemos volver.

Cuando llegamos a la habitación prohibida, saca de su bolsa una llave viejísima, de fierro pesado. A la tercera vuelta la puerta rechina, como el lamento de un muerto que de pura imprudencia vamos a despertar. Aguanta, ya no me importan las muñecas. ¿Qué tal que no te mueres, eh? Milena cierra la sombrilla y enciende la luz del único foco que cuelga en medio del techo de grandes vigas.

Huele a madera, a polvo removido por el aceite rojo con el que se limpian los muebles. Milena me jala de la mano y entro a un mundo de maravillas que ni siquiera en sueños hubiera podido imaginar. Siento el fresco de las paredes de adobe. Me tallo los ojos y me pellizco un cachete para saber si estoy dormida o despierta, pero pasa un buen rato antes de que el cachete me duela y se ponga colorado.

Una, dos, tres. Del techo al piso... Cuatro, cinco, seis... En toda la pared.

Siete, ocho, nueve... Más de... Diez, once, doce... ¡Ash! Me hice bolas. Empiezo de nuevo. Una, dos, tres...

Del techo al piso, en toda la pared, más de veinte muñecas largas y delgadas, de cuerpo de porcelana y vestidos esponjados, adornadas con aretes, collares, anillos, viven en una enorme casa de madera. Tienen la nariz respingada y los labios abultados, como si fueran a pronunciar una eme o tuvieran un beso atorado.

¡Uf! Respiro. Respiro. Respiro.

Me acerco tanto y tanto que me doy de frente contra el vidrio. Milena ríe con su risa de pájaro que vuela por la habitación prohibida y que me hace reír a mí también. Mientras me sobo la frente para que no se me haga un chichón, veo nuestro reflejo en el vidrio, como si estuviéramos adentro: somos dos Alicias a punto de atravesar un espejo.

—Entra tú, aquí te espero —dice Milena y se sienta cómodamente en el único sofá, justo al frente de las muñecas. Al lado hay una mesa de noche. Encima, un libro de pastas negras y gruesas, tan gordo y tan grande que casi cubre toda la superficie de la mesa. Con letras doradas, la portada dice que es *El libro de las muñecas muertas*.

¡Ah!, ya entendí: cuando estoy en la escuela y Fernando en la oficina, Milena atraviesa la huerta como yo, sólo que ella sí puede entrar a la habitación. Aquí se pone a leer y a mirar a las muñecas o a repasar sus álbumes de fotos.

—Vamos, entra. Recuerda que debes elegir una muñeca.

—¿Pero cómo voy a entrar? —alzo los hombros y digo que no con la cabeza. Seguro se le zafó un tornillo.

—Imagínalo.

Las muñecas son más altas que mi libreta tamaño profesional, yo le calculo que como unos seis renglones arriba. Aunque están flacas, tienen el cuerpo de una muchacha de prepa.

Aquí adentro soy la Susy que va en tercero de primaria, pero me volví chaparra con mis tenis y mi vestido, apenas he de medir unos siete renglones. No bebí el líquido de una botella como Alicia, mastiqué una pastilla mágica de la Abu y ahora soy una enana.

Entro al recibidor, el piso es de mosaico negro y blanco, y del techo cuelga un candelabro de vidrio. Una muñeca rubia de vestido dorado sale de no sé dónde y me hace una seña para que la siga.

—Me llamo Natasha. ¿Te gustaría conocer la casa?

Con los ojos bien abiertos digo que sí y la muñeca me empuja a una biblioteca. Las paredes están repletas de libros empastados y alineados. Con una escalera se pueden alcanzar los de arriba, como en la biblioteca de un museo o de un convento. Levanto la tapa del escritorio y tiro de una cadena para encender una lámpara verde. Miro a través del vidrio para confirmar que Milena no se haya ido.

—¿Leíste estos libros? —le grito y le señalo algunos, hago un eco entre mis manos para que alcance a escucharme. Sus labios murmuran algo: “No te detengas”, parece decir.

Una música desafinada me obliga a taparme las orejas y a girar la cabeza: una muñeca morena de vestido azul, sentada en un banquillo, toca muy ceremoniosa las teclas de un piano blanco de cola.

—¿Quién eres? ¿Quién te dejó entrar? ¿Fue la odiosa de la Natasha, verdad?... Yo soy Roxana... Te lo advierto, niña —y deja de tocar el piano para apuntarme con las dos pistolas de sus manos (pulgares arriba, índices largos)—: debes salir de aquí cuanto antes.

Y no me detengo: abro la siguiente puerta. ¡Buenísimo!, el comedor está solo. Descanso en una de las sillas, estiro las piernas. En la mesa hay migajas de pan y cuatro manteles individuales de tela floreada, en el fregadero un montón de platos sucios. Tomo un trago de agua de una copa que está en la mesa y salgo. Cuando voy a mitad de los escalones que conducen al segundo piso, escucho el eco de varias voces:

—Yo soy Julieta... Yo, Eloísa... Soy Isolda... Helena.

Giro hacia atrás, hacia adelante, pero no veo a nadie.

La recámara principal tiene un velo blanco que sale del techo y rodea la cama. Paso la mano encima de las sábanas y las almohadas para acariciar su tela brillante. Casi enseguida una muñeca pelirroja y pecosa sale del baño. En

cuanto me ve, se lleva una mano a la frente y empieza a toser.

—Cof... cof... Soy la Dama de las Camelias —y estira el cuello y baja el escote de su vestido igual de rojo que sus caireles, para mostrarme la agitada respiración de su pecho—. ¿Te engañé?... Soy Isaura, la...

No la dejo terminar, salgo corriendo a la siguiente habitación y a la otra y a la otra. Cuando subo las escaleras que llevan al desván, oigo otra vez las voces:

—Soy Roberta... Laura... Beatriz... Paloma.

Entro y me recargo en la pared, me resbalo hasta sentarme en el piso de madera. Cuando recupero el aire me doy cuenta de que no estoy sola: una muñeca tapa su cara entre las manos; solloza, como cuando después de llorar por largo rato el sentimiento se queda atorado en el corazón. Su cabello y cuerpo se esconden detrás de una caperuza negra.

—Y tú eres Alondra —hablo y yo misma me sorprendo al escuchar mi voz, siento que en mí se despierta otra.

—¿Cuál vas a elegir?

Milena me saca de mis boberas: soy Susy otra vez, la niña que mira la enorme casa de muñecas. El desván tiene cinco ventanas con cortinas de terciopelo rojo. De tan alto, casi se pega a las vigas de madera del techo.

—¿Puedo escoger a cuatro y luego me decido por una?

—Puedes.

Quiero gritar de gusto, pero me hago la inteligente y agarro mi barbilla como cuando Fernando escribe en la compu. Venga, Susy. Me doy ánimos: es ahora o nunca.

Aguanto la respiración y saco a Natasha. Descanso, aliviada, cuando la dejo sana y salva en las piernas de Milena. Vuelvo a detener el aire para no mover con mis dedos ninguna cosa de la biblioteca y levanto a Roxana del banquillo (nunca más desafinará un piano). De puntitas, remuevo las sábanas y el velo blanco para sacar a Isaura de la cama. Pero por más que me estiro no alcanzo la buhardilla. Entonces empujo la mesa de noche que está al lado del

sofá. Subo y trepo arriba del libro gordo de pastas gruesas, pero las patas tambalean. ¡Qué delicada! Cuando abro una de las ventanas, las rodillas me tiemblan, voy a caer. Y no pienso más: antes de darme un porrazo o de ponerme morada por no respirar, pesco la caperuza negra de Alondra y bajo de un brinco.

—¡Terminé! —digo alegre y dejo a Alondra en las piernas de Milena. Luego acomodo un tenis adelante y otro atrás y hago una reverencia con mi vestido.

Pero Milena remata:

—Y también debes aprenderte este libro de memoria —y me entrega *El libro de las muñecas muertas*.

Con mucho cuidado, coloco a las muñecas alrededor de la mesa que está frente a mi cama para tomar el té. De mi ropero saco un estuche blanco con una jarra y cuatro tazas nacaradas, abro una bolsa de chocolates. Antes de sentarme, les explico que voy a organizar un certamen para elegir a la favorita, cada una tendrá el mismo tiempo para exhibir sus cualidades y para convencerme de que será la muñeca adecuada.

Tomo una trufa redonda, espolvoreada de trozos de nuez, y la meto rápido en mi boca. Muevo la cara de Natasha para que empiece a hablar:

—Cuando Susy diga que yo soy la favorita, ustedes cerrarán los ojos y nunca más volverán a abrirlos.

Natasha cree que lleva ventaja porque fue la primera en salir de la casa. Es la muñeca vanidosa, le encanta mirarse en el espejo y soñar que sus piernas se estiran hasta ser igual de preciosas que las de Milena, quiere usar sus sandalias rojas de tacón. Cuando está sentada, cruza la pierna y alza el vestido dorado arriba de la rodilla para darse un aire de grandeza. Le gustaría fumar un cigarro largo y negro para formar una “o” redonda y perfecta que deje con la boca abierta a las demás.

La habitación de tres paredes mide un metro y medio de frente por tres de fondo. Una cortina de terciopelo rojo oscuro cubre la vitrina que supe por entero una pared. Adentro, en una esquina, en lugar de una cama, hay un viejo secreter de madera carcomida, encima de él un libro gordo de pastas negras y gruesas.

Hincada, con el torso girado hacia un lado y la espalda hacia atrás, se encuentra una muñeca articulada de porcelana fría. Mide alrededor de treinta centímetros. Una de sus manos se recarga en la superficie del secreter, la otra sostiene una paleta de chocolate. Las pestañas largas, los ojos color avellana, la boca rosa. Por efecto de las rótulas, las rodillas parecen quebradas, al igual que los codos. Viste una falda tableada a la cadera que alterna distintos tonos del café hasta llegar al naranja. Lleva un diminuto brasier de encaje dorado que hace resaltar la blancura del cuello y de los hombros, y que deja al descubierto el ombligo como un oasis en medio del vientre plano. El cabello, rubio y rizado, está en dos colas de caballo.

Pero lo que asombra a Susana es otra cosa: en medio de las rodillas entreabiertas de la muñeca se distinguen los finos trazos de pintura acrílica color peltre, que emulan un orificio de entrada. Alrededor, Levent diseñó una joya: una mariposa dorada. Lado a lado de donde dibujó los labios pegó siete pequeñas cuentas de oro de veinticuatro quilates y de medio centímetro de diámetro, hasta llegar al delgado pubis y redondear un par de alas unidas en el centro. La cabeza, el tórax y el abdomen de la mariposa se alinean en tres cuentas que desembocan en la simulación de un clítoris. La mariposa entera es una joya de oro hecha con precisa simetría.

Susana mira a la muñeca por largo rato, contempla embelesada el trabajo de Levent, la manera como imprime al juego su sello personal: sólo le faltó

firmar a la muñeca con su nombre.

Contempla, pero no se atreve a tocarla ni a moverla de su sitio. Casi no la reconoce. Le pertenece, sí, sabe que se llama Natasha porque ella la bautizó, pero parece otra, tan diferente a aquella muñeca de vestido dorado que viajó encerrada en su maleta desde México a Estambul y de Estambul a Amberes, tan altanera como siempre a pesar de ir apretujada entre Roxana, Isaura y Alondra.

Susana se espabila, sacude la cabeza: es su turno, le toca avanzar, dar el siguiente paso. Busca su bolsa de cosméticos en los cajones del secreter y saca un espejo redondo. Antes de colocarse los lentes de contacto color avellana parpadea varias veces para humectar los ojos. Extiende en el rostro y cuello una base blanca nacarada que le oculta las ojeras. Con un lápiz corrector engrosa los labios y afina la nariz, sombrea los párpados color capuchino y el rubor palo de rosa en las mejillas. Coloca una hilera de pestañas postizas en el contorno de cada ojo, arriba y abajo, y varias capas de rímel. Con un pincel rellena los labios de carmín, los remata con varios toques de brillo.

Encima de un banco giratorio de tela roja acojinada, Levent dejó una peluca rubia y rizada peinada con dos colas de caballo, una falda tableada talla siete y un brasier de encaje dorado treinta y dos C. Con un cepillo, Susana alisa y sujeta su cabello negro en un chongo bajo y se pone la peluca rubia. Desabotona la blusa y se quita la falda, guarda el collar de ámbar en un estuche y besa a Natasha en la frente. Enciende las luces rojas de neón y abre las cortinas de golpe.

Y todo comienza.

Como si fuera un maniquí de carne, se sienta en el banco, cruza las piernas, arquea la espalda para levantar el pecho. Lleva las sandalias rojas de Milena, las de plataforma y tacón alto. Pliegue a pliegue desenvuelve una paleta de chocolate. Sonríe con mirada de niña traviesa. Con la punta de la lengua, muy despacio, lame el chocolate. Entorna los ojos, ladea la cabeza, los pómulos se adelgazan cuando lleva la paleta a la boca.

Los hombres se detienen ante la vitrina, observan: Susana pasa lentamente la paleta por sus labios, estira más la espalda cuando marca un camino de

saliva y chocolate a lo largo del cuello, saca del brasier uno de sus senos y cubre el pezón de chocolate. En una tela colgada en la pared del fondo, Levent pintó un columpio en el aire en medio de un páramo desierto. Y ahí, al centro, está Susana y su pezón dulce.

Los hombres intercalan algunas palabras y gestos (sonrisas, saludos), miran a una mujer vestida de Lolita en un aparador. Algunos preguntan el precio al levantar dos, tres o cuatro dedos; siete dedos es igual a setecientos euros. De pronto se siente angustiada, ¿por qué no pensó antes en el dinero?, ¿por qué dejó la decisión hasta el último momento? Recuerda a la abuela Julia en la puerta principal de la Casa Grande, regateando con los vendedores ambulantes. ¿Será cierto que los europeos no regatean?

Viudos y universitarios, un puñado de hombres de traje gris transita por las calles peatonales antes de volver a casa con la esposa y la familia. La mayoría son altos y rubios, con la piel tan clara y delicada que enrojece a la menor provocación del sol o del aire frío. Altos y silenciosos, rara vez se les escucha reír. Sus movimientos son breves y contenidos, igual de delgados que su figura. Desde la calle, rondan la vitrina, un derecho de propiedad reclamarán al pasar la puerta.

Susana juega al todo o nada, vende esa ilusión. Sabe que los hombres pronto darán el primer paso, lo presiente. Cada cinco minutos cambia de postura. Cuando descruza las piernas, entreabre las rodillas como Natasha, abandona la paleta en medio de los senos, baja del banco y los descansa en el asiento como si la tela acojinada fuera una charola.

La vitrina de la izquierda la ocupa una negra preciosa, de senos grandes y pezones erizados, de caderas anchas que piden ser palmeteadas. La negra se pega a la ventana, baila, se frota con movimientos ondulados y suaves. Tiene la boca húmeda y carnosa que invita a ser besada. En la vitrina de la derecha está una italiana espigada y elegante, de nalgas blancas como la nieve. De cuando en cuando, la italiana acaricia su cabello cobrizo y lacio, pasa la mano por el vientre y se detiene en la orilla de una diminuta tanga negra. Con la mirada perdida estira el borde del elástico.

Desde el umbral de la puerta, un hombre alto y rubio pregunta el nombre y el precio de Susana, pero ella no entiende lo que el hombre dice, habla un

idioma desconocido. El hombre saca una credencial de su cartera, la señala y pregunta con el rostro, como si quisiera asegurarse de que tenga en regla los papeles de migración o las licencias sanitarias.

Confundida entre los tonos guturales y cortantes, Susana responde en español con voz temblorosa:

—Mi nombre es...

¡Qué tonta! De inmediato se da cuenta de su torpeza: no debe dudar, a ella le sobra valor. Observa de reojo a Natasha, le hace un guiño. ¿Qué haría la muñeca si estuviera en su lugar? Tranquiliza al hombre con la mirada y extiende una mano hacia el aire, lo invita a pasar. Con la voz fuerte y clara, reinicia:

—Mi nombre es Susana... Te estaba esperando... ¿Quieres sentarte? —con una sonrisa encantadora toma al hombre de la mano y lo sienta en su banco.

Cierra la cortina. Afloja la corbata, quita el saco, desabrocha la camisa.

—Tengo todo listo, preparado para ti —abre un cajón del secreter y saca una botella de líquido transparente, sirve una copa—. ¿Quieres? Es un licor de azafrán que fabrican las mujeres de mi país. Es imposible conseguirlo en otro lado. Lo traje para ti. Prueba, es delicioso.

Da un trago a la copa y la ofrece al hombre por el mismo lado de donde ella bebió, quiere que la pruebe primero a través de la huella de sus labios. Él mira y escucha, se deja hacer, no se decide a tomar la copa que la mujer le ofrece.

En un alegre impulso, Susana gira a la izquierda para hablar a través de la pared:

—Negra, llegó el primero... ¿Me escuchas?

—Déjate de fantasías aztecas, mexicana, ni siquiera sabes hablar inglés —la negra responde al instante—. Mejor tócate los pezones y meneas tu culo de reina. Atiende al caballero como una verdadera hembra.

El hombre observa extrañado a la muñeca en el secreter, con el meñique le alza la falda y descubre la mariposa dorada, palpa el oro con la yema del dedo. Quiere hablar, pero Susana alarga los brazos para tocarse, para tocarlo: lleva el índice a sus labios y luego a los labios de él; no entiende su idioma, no le hace ninguna falta.

Se arrodilla y descalza al hombre, sostiene el pie entre sus manos, comienza a frotar el arco. El hombre deja de acariciar a la muñeca, bebe el licor de un trago sin hacer ningún gesto. Está dispuesto a marcharse, no sabe por qué entró ahí, con ella. Retira los pies, busca sus zapatos. Y Susana debe hacer algo, cualquier cosa, detenerlo, nada arruinará el inicio del juego. Ella quiere bailar o pasear en el columpio que dibujó Levent. Finge que está desorientada, que tropieza por culpa de las sandalias rojas, cae en los brazos del hombre.

En un movimiento reflejo, él la sostiene por la cintura, la empuja hacia el banco, la besa en el cuello, le mordisquea la oreja. Ella abre los brazos para recibirlo e imagina que trepa al columpio. Desde ahí puede pensar, sentirse como Natasha, ser como Natasha: es la muñeca rubia de pestañas largas y mejillas rosas, la que huele a chocolate, a niña pequeña y feliz; es la muñeca que estira los brazos al cielo y las piernas al aire mientras levanta la falda a la altura del ombligo.

El hombre observa una réplica de la mariposa de la muñeca, a mayor escala, en la entrepierna de la mujer. Con los dedos temblorosos, el hombre recorre la joya de oro que poco a poco se va humedeciendo.

La Casa Grande es blanca y alargada, tiene un techo de dos aguas con teja color café y dos recuadros rojos enmarcan las ventanas. De un solo piso, si se ve de frente, asemeja una estación de tren delimitada por los truenos de las jardineras. Al entrar, un zaguán con sus macetas de helecho divide la casa en dos: a la derecha las habitaciones, a la izquierda la sala y el comedor.

Con su rostro moreno y joven, curtido por la pizca de ajo y chile bajo el sol del semidesierto, y a pesar de su baja estatura, Estela es el apoyo fiel de la abuela Julia desde que murió Milena. Encima de su viejo pantalón de mezclilla y de sus playeras desgastadas, Estela usa un repertorio de delantales como si fueran vestidos que cambia cada día, según la ocasión: cuadros blancos y verdes (o rojos o azules o naranjas) con flores bordadas a mano en cada una de las bolsas.

Ella se encarga de la limpieza y de que todo marche en orden: el café de la abuela recién tostado a las ocho y media de la mañana, el aseo de las alfombras, las sábanas y las toallas limpias y almidonadas, la comida a las dos de la tarde. Y como la abuela detesta las tortillas de maseca, de lunes a viernes Estela visita a doña Lupe: la madre y sus cinco hijas que tortean a mano alrededor de un enorme comal calentado con leña.

A Susana le gustaba acompañar a Estela hasta la casa de doña Lupe. Con sus vestidos largos y los pies descalzos sobre el piso de tierra, le parecía que las seis mujeres bailaban alrededor del comal. Sincronizadas y armónicas, veía en ellas a las últimas sacerdotisas del pueblo encargadas de los asuntos de amor: al dejar caer la tortilla en el comal caliente, caía una promesa ante los ojos de un hombre.

Con frecuencia, Estela lleva a la Casa Grande a su hija pequeña: Sara, una niña preguntona de cinco años, de ojos rasgados y de piel tan blanca que en

nada se parece a su madre. Estela no tiene quién la cuide y la niña no termina de acostumbrarse

a la escuela. La maestra Maruca, que ha enseñado a leer a tantos niños con su pizarrón verde y sus gises de colores, llama por teléfono a la abuela Julia para que pasen por la niña: Sara, cuando no está emberrinchada, llorando por tonterías, está peleando con los otros niños del salón.

La abuela recibe a Estela y a Sara a las ocho de la mañana, y no disimula su gusto de verlas. En ese tiempo, la juventud de Susana es tan sencilla que la puede resumir en tres:

1. La secundaria.
2. Besar a la abuela en la frente.
3. La comida.

“¿Cómo hace la abuela para tener dinero si siempre está aquí, en la casa, diciéndole a Estela qué cosas debe hacer? Incluso, desde que los negocios de Fernando han bajado, también a él lo mantiene”, Susana piensa y ríe cuando repite en voz alta la manera como la abuela pronuncia el nombre de su yerno sin lograr imitar su tono de desprecio: Fer-nan-do.

Por las tardes, cuando se aburre de escribir cartas a novios imaginarios, se pone los pantalones de montar, las botas largas y negras, y asegura el casco alrededor de la mandíbula. Prepara a Chihuahua, el caballo: cepilla el pelaje alazán y revisa los cascos, mientras tararea alguno de los boleros de Milena, acomoda la montura y ajusta los estribos. Primero da una vuelta completa a paso lento alrededor de la huerta, y de ahí, con un toque decidido del tacón, suelta un fustazo en la grupa y comienza a galopar.

Y su cuerpo se llena de vida.

El sol quemante y el viento fresco en la cara le arrancan una sonrisa. El azul tan intenso del cielo la lleva a entrecerrar los ojos, a conducir y dejarse llevar por la cadencia del ir y venir de su cadera. Debajo del pirul y del columpio, Balín se sacude el cansancio y corre detrás de Chihuahua con fuertes ladridos, alertando a las ardillas y a los conejos para que no se atraviesen en su camino. El gato Pilarico no participa: levanta la punta de una oreja como para enterarse de lo que pasa y entorna los párpados hasta convertirlos en dos líneas grises.

Susana suelta la rienda y extiende los brazos sin dejar de galopar, quiere llenarse de los secretos de la huerta, los secretos de las mujeres de la familia: *sigue tu camino, pronto serás igual de guapa que Milena*, cantan los gorriones; *no olvides la sabiduría del libro, no olvides las muñecas*, susurran los perales. Joven y poderosa, mezcla el sudor de sus muslos con el sudor de Chihuahua. De reojo ve el manzano al que trepaba de niña y el tronco del que se colgaba de cabeza para adivinar las formas de las nubes. Y grita:

—Nube dragón. Nube helicóptero. Nube gigante... Nube... Nube...

Rodea la higuera. Percibe los músculos fuertes del caballo coordinados con los suyos. El hocico y la vista hacia el frente, las orejas atrás, le dicen que confíe, que continúe hacia adelante, que apriete más las piernas y suelte los riñones, los huesos de sus nalgas se amoldan al lomo de Chihuahua. Cuando pasa por unos arbustos, baja la velocidad para arrancar una granada abierta y madura. Muerde los granos rojos y el jugo le corre por la boca manchándole la blusa. Contenta, lanza la granada hacia un lado, cerca del viejo pozo.

—¡Es más fácil quitar una mancha de sangre que una de granada! —grita la abuela, orgullosa de que la nieta haya salido como su madre y tan diferente a Fernando, con ese impulso que la mueve y la obliga a hacer cosas—. Estela, veamos qué milagros puedes hacer con esa blusa —y Estela asiente con la cabeza mientras junta un montón de hojas secas con un rastrillo.

Cuando Susana percibe un entumecimiento en la espalda y en las piernas, deja de galopar y desmonta. Premia a Chihuahua con una zanahoria y lo entrega a Estela para que lo lleve a la caballeriza. Bajo la sombra del laurel se quita la blusa, se la da a la abuela y corre hacia la Casa Grande con el sol en la nuca y en los hombros, con la camiseta de algodón transpirada y el eco de los ladridos de Balín.

Antes de ducharse, toma su cuaderno y enlista. El título dice “DEBERES”, con mayúsculas y comillas:

1. Cuidar a las muñecas.
2. Repasar *El libro de las muñecas muertas*.
3. Galopar con Chihuahua.

Y si en la huerta la vida es tan simple, ¿por qué Fernando no quiere quedarse?

Fernando sale del baño, atraviesa la sala con una toalla en la cintura. Susana ve su cabello negro, mojado, adivina la suavidad de sus mejillas recién afeitadas y el olor a madera de su torso moreno. Afuera, la abuela riega los alcatraces, Estela sigue juntando hojas secas con el rastrillo y Sara intenta subir al columpio. Adentro, Susana y Fernando están solos. Ella también está recién bañada, fresca y vaporosa en su vestido de algodón. Tiene demasiadas cosas que decirle, no va a dejar que se vaya nada más porque sí.

Agazapada a un lado de la puerta, mide el tiempo necesario en lo que él termina de subir el cierre del pantalón o de anudarse la corbata. Traga saliva, se restriega las manos y entra a la habitación, pero no puede hablar. Él está sentado en la orilla de la cama con la ropa puesta y la mirada fija en el piso. Al ver sus pies descalzos, firmes y fuertes, ella lee su tristeza: varias gotas de agua salpican el vello del empeine, como un prado húmedo al que le han arrancado un pedazo de vida.

—Lo he intentado, pero sin tu madre nada tiene sentido —murmura él.

Amorosa, Susana se arrodilla en la alfombra para secarle los pies con su vestido: uno a uno envuelve y apacigua los dedos para absorber el agua con la tela. Con un gruñido que sale desde el fondo de su garganta, él la detiene, no le permite avanzar. Se pone los calcetines y los zapatos frente a los ojos angustiados de Susana, quien sigue arrodillada y con el vestido mojado sin saber cómo retenerlo.

—Tú ya eres una señorita —dice al levantarse y agarrar su maleta—. Te quedarás con tu abuela.

Como último recurso, Susana lo despide con un beso, como Milena lo hubiera hecho, pero él la aparta.

—Vendré a verte todas las semanas, te traeré dinero... —y da un beso corto en la frente de su hija, un beso que la colma de coraje, de ganas de golpearlo, de insultarlo.

Un beso corto y el azote de una puerta. Y al fondo, como si los pies no pudieran con el peso de los zapatos, el lento caminar de Fernando.

Al principio cumple la promesa de visitarla cada semana. Los viernes por la tarde, como si tuviera una cita, Susana se arregla: se perfuma con el jugo de un membrillo, se pone un vestido de Milena, el de grandes flores y tela

vaporosa, y ajusta con seguros las partes que le quedan grandes. Recibe a Fernando con una sonrisa y un vaso de agua de horchata, platican sentados en las jardineras hasta que la voz de la abuela Julia dice que es suficiente, que es hora de entrar. Y justo cuando Susana piensa que, muy a su manera, ha logrado retenerlo, las visitas de Fernando comienzan a espaciarse hasta que finalmente no aparece más.

“¿Hice algo mal?”, repasa cada uno de los detalles de su última visita: el vestido rojo de Milena le quedaba bien, no era necesario hacer ningún ajuste, las sandalias rojas le calzaban perfectas. Repite cada detalle, cada gesto, cada palabra, pero no encuentra ningún motivo. Acaso le sorprendió el brillo acuoso en la mirada de él cuando sus senos se aplastaron como dos naranjas tiernas contra su torso. Acaso percibió un estremecimiento desconocido debajo de su camisa.

En adelante, Susana es una alumna de secundaria que uno a uno va leyendo todos los libros de la biblioteca, mientras espera a un padre que no volverá. Es una joven que fantasea y enlista en su libreta las cualidades que debe cumplir su primer novio:

1. Que hable otro idioma.
2. Que me dedique tiempo.
3. Que viva en un país distinto.

—Lejos de la Casa Grande —balbucea entre dientes y resalta “un país distinto” con un marcador naranja—. Para que no llegue hasta allá el luto ni el dolor de nadie.

De alguna manera se convence de que está destinada a vivir algo grandioso: sólo la delgada hoja de uno de sus libros la separa de sus sueños y ella debe escabullirse por ahí. Primero un brazo, luego el otro. Una pierna, después la otra. Y ella conocerá a su novio.

¿Y si falla? Volverá a intentarlo. ¿Y si falla otra vez?

Un día llega a casa con un globo terráqueo. Con total seriedad, consciente de que a sus veintiún años está a punto de trazar su destino, coloca el globo en la mesa del comedor, lo frota como si fuera una bola de cristal y lo gira sin

despegar la yema del índice.

Intrigada, Sara la ve cruzar el zaguán y la sigue. Lleva puesto el vestido blanco que Susana usaba de niña, el del cascabel cosido a la crinolina. Sara sube a una silla y luego a la mesa. El globo deja de girar. El dedo de Susana indica un nombre:

—¿Sabes leer? —pregunta a la niña y ella responde que sí con la cabeza, tiene las mejillas rojas, partidas por el aire y el sol—. A ver, dime, ¿qué dice aquí?

—Turrrrquíííaaa —responde Sara, quien enseguida abraza y lame el globo como si fuera una bola de helado.

Ese día, Susana se promete en silencio tres cosas:

1. Sepultar las pesadillas donde Milena me persigue como un fantasma.
2. No volver a llamar a la oficina de Fernando ni permitir que la secretaria me diga “no trabaja aquí, no sé dónde localizarlo”.
3. Viajar a Turquía.

Luego regala el globo a la niña y, como un talismán, se cuelga al cuello sus sueños predilectos: aquellos donde es capaz de consolar la congoja o el gozo de los hombres, aquellos donde arrulla sus pies.

Para cuando abra la puerta principal de la Casa Grande, sus clases de literatura terminarán de afilar el largo de sus dedos, el cabello negro alcanzará por fin la orilla de la espalda, el vientre se aplanará por completo para resaltar la redondez del ombligo y la cadera imitará la simetría de una manzana partida. Y las piernas, que si bien ya son grandes y fuertes, se volverán interminables al interior de los pantalones de mezclilla.

Piel a piel, de tanto indagar en sus sueños y de leer *El libro de las muñecas muertas*, su inteligencia estará lista para paladear un gusto exquisito y noble, construido a su medida y semejanza.

Desnuda, Susana se incorpora de la cama. Como recuerdo de la noche, un ligero temblor se acumula a lo largo de su espalda. Tieso de saliva seca, el cabello negro está revuelto y lleno de nudos. Ve a Levent de reojo. Él disimula su impaciencia entre las sábanas, aguarda las palabras: quiere que hable, que cante. Quiere que le cuente un cuento, lo arroje entre sus brazos, le dé calor.

Ella camina despacio hasta la cocina, ondea la cadera y el cabello. Él la sigue con la mirada. ¿Cuántos hombres se regodearon anoche entre el hueco de su espalda y de sus nalgas? ¿Cuántos se asombraron al descubrir la mariposa de oro en su pubis, las veinte cuentas de veinticuatro quilates que él acomodó con tanto cuidado? Levent se interroga.

Mientras, las palabras se agolpan en el cerebro de Susana, en su garganta. Palabras embusteras, tramposas. Tiene miedo de ellas, de tanta imprudencia. Acaso esto es la vida: ¿un dejar de preguntar? ¿Un simple abrir los brazos para caer? Y él, ¿qué piensa hacer con sus historias? ¿Instalará un puesto para vender la leyenda de su amante? Señoras y señores: vendo cuentos, ¿gritará en los mercados y en las plazas? Al imaginarlo en medio de la calle, como dueño absoluto de las palabras que ella le regala, una inesperada ola de ternura arrasa su corazón.

Abre el refrigerador, saca una jarra blanca con té de manzana. Toma una taza de la alacena y se sirve. La taza, toda ella, es turca: rosa, transparente, ancha y redondeada en la base hasta estrecharse en una cintura de mujer, para volver a abrirse y ensancharse en un borde de lámina dorada. El refrigerador es uno de los trueques de Levent: un sábado lo intercambió en el *vogelmarkt* por un viejo kilim que juró provenía de Anatolia.

—Siempre creí que sería más difícil —Susana empieza a hablar—. Que

una cosa eran mis sueños y otra mi realidad. Pero no. El paso es tan sólo un paso, un transcurrir. Me sorprende la naturalidad con la que he caminado de un lado a otro.

Movida por la curiosidad de Levent, se sienta en el borde de la cama. Sonriente y cristalina, lleva la taza en la mano. Él enseguida busca abrazarla, hacerla gritar su nombre como la última vez, cuando él fue el punto final de su historia. Quiere que su relato acabe de un maldito tirón.

—El hombre era alto, delgado, con el rostro estirado y la tez roja. Tenía un bigote incipiente, ridículo. Creo que su calvicie era prematura. Le calculo unos treinta y cinco años, máximo. No era desagradable mirarlo a los ojos. Por el contrario. Tampoco fue difícil adivinar su aroma cargado de hogar y de costumbre: fuego de chimenea por las noches, *waterzoi* y coles de Bruselas por las tardes, leche y cereal por las mañanas. Aroma de hombre casado, por supuesto, padre de dos niñas.

—¿Era yo? —pregunta Levent con voz ronca. Acomoda un par de almohadas en la cabecera y recarga la espalda. Estira un brazo para acariciar los pechos: hace un cuenco con la mano y los pesa, pellizca el pezón.

—Me duele —se queja ella y se echa hacia atrás a punto de tirar el té.

Él tose para aclarar la garganta que comienza a cerrarse. Apoya una mano en el buró y la otra en la pierna de ella, detiene un mareo repentino ocasionado por el exceso de raki que acostumbra como desayuno. Ella le ofrece su taza. Su mareo la conmueve. Él bebe en silencio, concentrado en la textura de la piel que su mano palpa: el muslo firme, la curva de la pantorrilla. Aparta la taza para buscar en el cajón del buró su cuaderno y sus pinceles.

Piensa: claro que era él, su pregunta es un fastidio, es su costumbre de comprobar la fidelidad del relato. Desde una esquina, detrás de un auto, la espía toda la noche. Con las palabras que ella dice, confirma su recuerdo: en la hoja pinta el cabello rubio detenido en dos coletas, la falda de colegiala, las piernas cruzadas a un lado del secreter; con el pincel más delgado abulta las mejillas, engorda y encoge las piernas, tiñe un columpio. Repite la pregunta sin levantar la mirada del cuaderno, anticipa la respuesta:

—¿Era yo?

—Para mí, todos los hombres llevan tu nombre en alguna parte de mi cuerpo —sin interrumpir el trabajo de Levent, Susana acaricia su frente, sus mejillas. Mira el dibujo y se ve a través de los ojos de él—. Todos los hombres tienen algo de tus ojos verde turco, algo del brote de castaño que emana de tu boca, algo de tu lengua. Es imposible de otra manera. ¿Lo sabes, verdad? Este hombre, por ejemplo, sonreía como tú, con la boca de lado.

—¿Qué hiciste, Susana?

Por unos segundos, Levent deja de dibujar. Duda: ¿qué diablos hace en ese departamento de paredes húmedas, cuando él tiene uno propio en Estambul? Debe regresar a su país. No ha encendido el celular en varios días: su jefe estará harto de buscar un remplazo para los turistas; ¿y su madre?, hace mucho que no le llama. Basta de juegos absurdos, de experiencias estúpidas y extravagantes. Eso le pasa por ser amable con una extraña. Sólo a él podría pasarle esto: toparse con una loca. Una mujer guapa con las caderas amplias y los pechos generosos, sí, pero loca.

Una risa alegre brota del estómago de Susana y hace eco en las paredes. Es un gruñido dulce que se derrama en el cerebro de Levent, que lo hace volver a su cuaderno con energía. Ella piensa y relame su pensamiento. La cosa es sencilla: dentro de toda mujer vive el alma caliente de una santa.

Con suavidad, Susana despoja a Levent del cuaderno y los pinceles, guarda las cosas en el cajón. Sabia, chupa su dedo índice y empapa sus pezones rosas con el sabor de su saliva, luego restriega su pecho en contra del torso velludo. Él huele el cabello negro que pasa por su rostro, percibe el cigarro y la noche, las historias atrapadas en un cuerpo de mujer.

Ella pellizca los pezones planos de él. Con ojos grandes y atentos, de niña huérfana, no aparta la mirada de los ojos verde aceituna. Mide las reacciones de Levent cuando agacha la cabeza para lamer su torso, hace círculos con la lengua, sopla un aire tibio. Este departamento es el espacio ideal donde los dos son posibles, donde el deseo se vuelve realidad, un algo cotidiano. Él debe felicitarse, estar tranquilo: ella no podría sobrevivir sin él, ni él sin ella. Si Susana no está, se borra del planeta la cara aleonada de Levent, su signo zodiacal de cabra en tierra, se perdería su afición por el baklava y el pan de pita, su costumbre de dormir de lado, doblando el cuerpo de ella como si

fuera una almohada. “Las manos las tienes heladas”, con frecuencia ella le reprocha. “Ven aquí. Tienes que cubrirte del calor que emana de la tierra”, y acomoda las manos de él en medio de sus muslos.

La vida marcha y debemos marchar con ella, piensa él cuando ella chupa el pezón plano y un nuevo estremecimiento corre por su espalda. La vida cuesta. Vaya que si lo sabe él: licenciado en letras turcas, dramaturgo, pintor, guía de turistas, negociante, vendedor, doctorado en su gente y en el estudio de diversos idiomas. “La vida cuesta” es la frase preferida de su madre, la joven viuda, la que nunca más volvió a casarse.

—Cubrí la vitrina con la cortina roja y encendí el letrero de ocupado, la luz neón. El espacio se redujo de manera sorprendente y al menor movimiento mis caderas rozaban al hombre. Busqué entre los cajones del secreter el licor de azafrán. Encendí el incienso de sándalo.

Él montó el primer escenario: reparó el secreter y colocó encima el libro. Pero al sacar la muñeca de la maleta, una Susana ansiosa aseguró que el libro no era cualquier libro ni la muñeca cualquier muñeca, así que debía tratar sus cosas con cuidado. Él no la contradijo. Desde entonces, cada noche, su vitrina se destaca de entre las mujeres que se ofrecen como simple mercancía. Rumanas, yugoslavas, africanas y españolas se paran ahí con desencanto.

Levent respira fuerte. No puede mantener los ojos abiertos por más tiempo: quiere colmar su piel y cerebro de otro cerebro y piel. Cuando por enésima ocasión ella mordisquea sus pezones, un dolor delicioso le arquea la espalda y lo obliga a enredar sus dedos en el cabello negro para empujar la cabeza hacia abajo. Y Susana ensaliva y sopla, espanta cualquier rastro de duda, lame las gotas del primer néctar que sale de las entrañas de Levent.

—Bruja —balbucea con la mandíbula y los dientes apretados.

Para no desvanecer, ambos suspiran, pero ella no lo deja descansar, continúa lamiendo.

—Hija de puta —le dice con el rostro deformado de deseo, y estira la mata de cabello negro para detenerla.

Por unos segundos ella guarda silencio, no hace nada. Pero él afloja las manos, empuja la cadera hacia arriba mientras los vellos del torso se erizan y los muslos tiemblan. Ella retoma su tarea: besa y mordisquea, empapa de

saliva. Él intenta jalar aire para inflar los pulmones y el estómago. Necesita respirar, aminorar la fiebre que le arrasa el vientre, tiene la garganta cerrada y el cuerpo tenso. Ella le roba el aire, le roba todo.

Por instinto, Susana suelta, palpa su corazón con las manos, habla:

—Lo demás formó parte de una iluminación o de un callado rito que en ese momento advertí. Como un chispazo. En un instante. No sé cómo explicarlo. Tomé al hombre de la mano y leí su mano. Tomé la pierna y leí su pierna. Leí su estómago, su espalda. Al tocarlo me era posible leer su cuerpo: adivinar su nombre, su edad. Estaba como inspirada, nutrida de algo tibio y delicioso que burbujeaba en mí. Senté al hombre en mi banco y abrí las páginas del libro.

Sí, él la vio abrir el libro, pero eso ahora no le importa: adora su entrepierna. De un movimiento preciso, con su entraña tibia y acolchada, ella lo cubre. Él quiere penetrarla hasta el ombligo, llegar hasta su boca y hacerla hablar a su gusto, a su ritmo. Ella suelta la cintura y la cadera, se deja llevar, lo acompaña. Cabalga, pero no se abandona a la deriva: una es la que jala y atrapa con las piernas, otra es la que habla.

—No abrí el libro en cualquier página: elegí para él la 53. No sé cómo lo supe. Apareció en mi memoria ese número y ya. No fue el azar sino un extraño presentimiento, como si Milena me hablara. O fue el azar convertido en eso. Una lectura rápida del hombre: los hombros caídos, los brazos apuntando al suelo. Muy despacio, en silencio, como si yo no estuviera ahí, le quité los zapatos y los lancé debajo del secreter. Lo despojé del par de calcetines. Me deshice de un estorbo o de un mal hechizo que lo mantenía tan confinado, tan triste. Al observar sus dedos huesudos, las uñas disparejas y mal cortadas, me sentí psicóloga o adivina y llegué al fondo de su alma. Porque seguro que su alma estaba enferma, era cuestión de mirarle los pies, la piel quebradiza y seca, llena de memoria y obligaciones: la colegiatura de las niñas, la comida de la semana, los gastos de la oficina. Así que antes de besarlo humedecí mi garganta con un trago de licor, y no hizo falta nada más.

Susana se deja guiar por la impaciencia de Levent. De un giro rápido, él invierte los papeles: la pone en cuatro puntos encima de la cama. Ella recarga los codos en una almohada, curva la espalda. Él entra en su carne como si

explorara el interior de un palacio que no tuviera fin. Palmetea varias veces las nalgas, las piernas. Por última vez, estira el cabello para obligarla a levantar la cara. Necesita escucharla:

—Después sumergí sus pies en un balde de agua tibia, empapado de aceites. Ahí los dejé reposar por un largo rato. Luego masajee los pies con mis manos. Luego con mi cabello. Luego con mis senos. La piel se fue ablandando, aunque él continuó perdido quién sabe dónde, hasta que poco a poco mi cadera hizo a un lado el balde de agua. Y de inmediato abrí las piernas: transformé mi vagina en un refugio de terciopelo y seda, donde metí los dedos del hombre.

—Hija de puta —grita él, hecho una ruina, cuando se derrama en la espalda de Susana, quien también grita:

—Levent.

2

Soy la pequeña marioneta
de la buena suerte.

ALEJANDRA PIZARNIK

Una noche antes de iniciar el recorrido por el Palacio de Topkapi, Levent ensaya ante un espejo: cejas arqueadas, mirada penetrante, mano describiendo un círculo, puño cerca del corazón. Al día siguiente, cuando habla al grupo de turistas españoles, acentúa la *a* de Estambul, siente que eso es parte de su estilo, una nota cosmopolita.

—Señoras y señores, me satisface ser el encargado de conducirlos por los misterios de Estambul... Hoy hace un día estupendo, ¿se dan cuenta?

Recargado en el tronco de un árbol de plátano, con su camisa blanca y pantalón de lino, recuerda a Susana: la dejó sola, en Amberes. Alza la vista al cielo para adivinar la hora: el sol de mediodía le dice que ella ahora está dormida, que la madrugada la venció, cansada de esperarlo. Quiere ponerla a prueba, ver lo que hace: o entra en pánico, abandona su estúpido juego y regresa a México, o persevera.

—Este sol, esta luz, me empujan a iniciar el recorrido con una leyenda especial, casi desconocida: el sultán, la favorita y sus amores... Lo que voy a relatar no es la dulce historia que se cuenta a los chicos en la escuela. Mis palabras no podrán encontrarlas en ningún libro o enciclopedia, en ninguna página de Internet.

Confiado en su habilidad para el teatro y con el antojo de burlarse de los turistas, altera la leyenda original con una multitud de mentiras que espolvorea como granos de sal. Reconoce cuando los turistas están a su merced: un par de cejas que interrogan, unos ojos más abiertos. Baja el tono de voz para evitar que algún otro guía lo escuche. Observa la vieja fuente donde dos hombres de ojos rasgados intentan lavarse los pies sin mojar las cámaras fotográficas. Ninguno de los guías lo escucha. Además, cada quien se las arregla como puede para obtener dinero.

—Algunos pocos hombres afortunados de este país, menos de los que puedo contar con los dedos de una mano —y alza la mano, mueve los dedos hacia atrás o hacia adelante como si estuviera enumerando—, hemos escuchado esta leyenda de boca de nuestros padres y de nuestros abuelos, entre los ecos de las paredes del húmedo *hammam*, entre la neblina de los vapores y el correr del agua.

Con repentina impaciencia junta las manos y las frota, como si de ellas fuera a nacer la leyenda, sólo hace falta soplar en sus manos para que las cosas fluyan: el sultán y la favorita toman cuerpo, caminan.

—Durante el antiguo Imperio otomano, como las flores silvestres que brotan con tan poca agua o tan excesivo sol, crecía una niña muy bella. Su madre había muerto de una extraña enfermedad, contagiada por el veneno de un mosquito flechador que uno a uno le entumeció los músculos hasta paralizarle también el corazón. Muerta la madre surgió la profunda desolación del padre, quien tiempo después dejó a la niña con la abuela para perderse en el bosque. Del padre nunca más se tuvo noticia. De la niña, ¿qué puedo decir yo de esa niña sin hablar de sus muñecas?

Interroga de frente al grupo, nadie contesta. Una serie de ligeras arrugas se han ido acumulando alrededor de su frente y de sus ojos. Cambia el rumbo de su narración como si marcara a fuego la posibilidad de un futuro con Susana. Busca hechizar con sus palabras y gestos. Imagina que es un nigromante de sombrero dorado dispuesto a mostrar las maravillas de su ciudad a unos desconocidos, una especie de Hermes o de Caronte que, por un par de monedas, puede eliminar la aspereza del día y conducir a cualquiera a otro tiempo y a otro espacio.

—Piénsenlo conmigo —se lleva una mano a la frente y baja la mirada hacia las raíces del árbol, niega con la cabeza para enfatizar el asombro de su pregunta—. ¿Cómo puede crecer una niña así? Con las muñecas platicaba, con ellas comía y se iba a la cama.

Hace una pausa repentina, como si alguien lo interrumpiera. Camina bajo la sombra de los plátanos, se rasca la cabeza o tira de su barba recortada en triángulo. Una joven pareja tomada de la mano da un paso hacia atrás para dejarlo pasar. Los dos son rubios, con el rostro quemado por el sol. Él carga

en la espalda una abultada mochila, ella usa unos shorts a la cadera y una camiseta corta de tirantes, lleva un piercing de brillante blanco en el ombligo.

De reojo, Levent evalúa el brillante: pura bisutería.

—Dejemos a la niña por unos segundos...

Gira los talones, regresa. Consciente de su actuación, se deleita con sus palabras, las respira hasta el fondo, como si en lugar de aire inhalara y exhalara su propia historia: inhala a la niña y exhala a la favorita. Es un dios que maneja las cosas a su antojo, un titiritero. Así que puede colocar al sultán un sombrero en lugar de un turbante.

Con sus grandes ojos verdes examina detenidamente a los integrantes del grupo: cinco abuelas de Sevilla, de alrededor de setenta años, viudas o divorciadas han ahorrado desde hace años para el viaje de sus sueños; este, su primer viaje, planeado desde la universidad, cuando ninguna tenía hijos; una cariñosa pareja de homosexuales vestidos igual, como si fueran gemelos: lentes oscuros y barba de candado, pantalones de mezclilla ajustados y desteñidos, playeras negras de algodón; cuatro jóvenes madrileños que se dan codazos entre sí cada vez que miran las nalgas de la chica del piercing.

Levent abre una mano a la altura de la oreja y pasa su palma extendida frente a los ojos por demás abiertos de los turistas. Cierra la imaginaria cortina de un teatro mientras, con la otra mano, inicia el mismo gesto para cambiar la escena.

—Vayamos a conocer el tesoro, entremos al palacio.

Da unos cuantos pasos al interior de La Sala de las Perlas. El grupo lo sigue. Adentro, la oscuridad enceguece a los turistas por unos segundos, los homosexuales se despojan de los lentes de sol y los detienen en la cabeza. Entre divertidos y curiosos, todos persiguen los pasos del guía tratando de imitar su rapidez o lentitud. Él, con los hombros impulsados hacia adelante, dirige al grupo a través de innumerables patios y salas. Ellos ven árboles y fuentes, armaduras y escudos, manuscritos y vajillas. Como siempre, el palacio está repleto de visitantes.

Después de observar brevemente la colección de armas y de relojes, llegan a La Sala del Tesoro. Levent sigue caminando hasta toparse con una pequeña columna donde se exhibe el anillo del harén: una hilera de zafiros,

rubíes, esmeraldas y diamantes en una base de oro, trenzados entre sí.

—El sultán estaba harto de la gloria de su imperio, de pasar tantos meses montado a caballo, llevando a sus hombres hacia una infinidad de batallas. Su único deseo era recluirse en el harén. Y así lo hizo durante largo tiempo. Pero después de gozar a esposas y a concubinas apareció de nuevo la desgana. Nada lo satisfacía, nada lo llenaba.

Como si pudiera transmitir el fastidio del sultán a partir del suyo, incrementa el tono de las mentiras, se engolosina con ellas y pierde el hilo de lo que narra. Si bien logra relacionar a la niña con el sultán y al sultán con su desesperación, sucumbe al júbilo de las palabras que lo hacen cambiar los hechos y las circunstancias originales sin permitirse descanso o respiro:

—Fue entonces cuando llegó a los oídos del sultán la historia de la niña huérfana, y ordenó a su ministro de mayor confianza traerla al palacio... Pero no era piedad lo que lo movía, era la necesidad de poseer un cuerpo puro, una mujer que no fuera el regalo de algún emperador o la prisionera de un pueblo conquistado.

Observa el anillo, quiere encontrar algún indicio entre tanta luz que se refleja y multiplica, alguna pista alrededor de la joya. Deslumbrado, se talla los ojos:

—Para no despertar las sospechas de su madre, el sultán ordenó que la niña fuera educada como cualquier esclava, y ancianas y eunucos la introdujeron en las artes amatorias. Cuando sus pezones comenzaron a marcarse por debajo del vestido, como el botón abierto de una linda flor, el sultán la volvió su mujer y la ascendió a favorita.

La leyenda original dice que el sultán regaló un anillo a la favorita, compuesto por cuatro hileras de piedras preciosas engarzadas. Pero astuto como era y para prevenir cualquier traición, ideó un mecanismo secreto: si ella se despojaba por su cuenta y riesgo del anillo, el engarce se desbarataba, dejándole en las manos cuatro churumbelas distintas.

—Hábil y seductor, al sultán le gustaba confeccionar las joyas que luego obsequiaba. Brazaletes, gargantillas y zarcillos adornaban los cuellos y los brazos de sus mujeres... Mas yo no puedo explicarles en qué lugar de su cerebro o corazón concibió engalanar a la favorita de otro modo: para retener

su alma y marcarle el día de su entrega, en lugar de regalarle un anillo engarzado, embelleció su entrepierna con una mariposa hecha de piedras preciosas... La favorita quedó encantada. Se dice que pasaba horas frente a un espejo, recostada en la cama bajo la mirada del sultán, sin que ninguno de los dos se atreviera a moverse o a tocar las joyas.

Levent enlaza los pulgares y extiende los demás dedos, proyecta en el aire el aleteo de una mariposa que vuela alrededor de la columna donde se encuentra el anillo del harén. La mariposa vuela alto, hacia el techo de la sala. Desciende, se pierde cerca del ombligo, alrededor del piercing de la chica rubia, y ella se sobresalta. El joven de la mochila sonrío cuando su novia se refugia en sus brazos.

—Cuando la favorita recorría las calles empedradas del centro de la ciudad, cubierta de la cabeza a los pies por una infinidad de telas y escoltada por dos eunucos y una anciana, cualquiera podía reconocerla por el brillo y esplendor de las joyas que se traslucían a cada paso y en medio de tanta tela.

Probando el atrevimiento de lo que narra, lanza de frente su aliento a la que parece ser la más joven de las abuelas. Ella de inmediato se sonroja y da un paso hacia atrás. Sus compañeras se ríen maliciosas, se murmuran cosas al oído.

—En la siguiente temporada de caza, el sultán tuvo que partir por unas semanas. Durante ese tiempo, estuviera con un pesado rifle o rodeado por los ladridos de los perros, no pudo arrebatarle la imagen de la mariposa y concluyó la temporada antes de lo previsto. Pero al volver con la favorita y levantar las telas del vestido, cuál no sería su estupor al descubrir que las joyas se habían transformado en un montón de incoloros cristales: prueba de infidelidad, mas no se atrevió a matarla; sí, a decapitar a los eunucos y a la anciana celestina. Y comenzó a urdir su venganza.

Levent mira hacia el techo como si llamara a algún dios: el sultán necesita ayuda.

—Durante el equinoccio de primavera y el solsticio de verano, el sultán festejaba el triunfo de los negocios con una gran recepción. La comida y la bebida se derrochaban como un río por cada uno de los salones del palacio. Las sirvientas lavaban de rodillas las alfombras, distribuían mullidos y suaves

cojines, colmaban las largas mesas de aceitunas, asados, queso de cabra y leche fresca, pan de trigo y de cebada.

Como si extendiera los arabescos y laberintos de una tela ante los ojos de los turistas, Levent alza un brazo por encima de la cabeza, con el otro apunta al suelo. Cierra las manos hasta tocar una palma con la otra. Con los dedos delinea en el aire una forma ovalada para acompañar al pan del que habla o dibuja la silueta de una jarra llena de leche que, suave y tintineante, se derrama en una copa.

—Esclavas y sirvientas perfumaban la sala con un aceite que enturbiaba los sentidos, hecho a base de canela, pimienta, oro y cantáridas. Todo era dispuesto y ordenado hasta que las puertas eran abiertas de par en par para recibir a los invitados. Un grupo de odaliscas daba la bienvenida con su música y su baile. Semejante fiesta y derroche tenía una única finalidad: calmar la ira del sultán cuando obligaba a la favorita a besar los pies de los invitados.

Mide las exclamaciones de asombro del grupo. Se deleita en el rubor de las abuelas, ha pintado sus mejillas de rojo.

—Recostado encima de cojines y de sedas, el sultán se complacía ante la escena que provocaba: la favorita besando unos pies mientras él recibía la caricia de alguna de sus esposas o concubinas.

Cruza los brazos por detrás de la nuca como si estuviera apoyado en un cojín o una almohada. Pasa una de las manos por la frente, como si quisiera borrar algo de la memoria. Con un rostro falsamente triste asiente varias veces:

—Y una vez más todo resultó contraproducente: la favorita ardía en deseo al cumplir las órdenes del sultán y los cristales recuperaron su antiguo brillo. ¿O acaso los sentidos le habían jugado una pesada broma y las piedras preciosas nunca se volvieron cristales? Lo cierto es que ella embelleció de manera inimaginable. La fiesta terminaba cuando el sultán lo decidía, pudiendo pasar semanas durante las cuales la favorita era puesta a prueba por los invitados. O por el contrario, la fiesta duraba unos minutos, tiempo necesario para exhibir el cuerpo de la favorita a ojos codiciosos, antes de ocultarla en medio de telas y de cortinas.

Uno a uno Levent trueno sus dedos, busca cómo terminar. Hace un hueco con las manos como si invocara de regreso a los amantes de la leyenda. En señal de despedida, da un beso corto en la mano de la chica del piercing, como besó a Susana cuando estaba dormida y él salió de su abrazo sin despedirse. El novio aleja a la chica. Levent alza los hombros.

—Por último, si la favorita así lo decidía y por sí sola, o con ayuda de alguien más, se despojaba de la joya, la mariposa enseguida se desbarataba: las piedras preciosas se transformaban en simples cristales y el sexo quedaba lleno de cicatrices.

Como punto final, Levent envía un beso en el aire hasta Amberes y, con una reverencia, agradece los aplausos y las propinas.

A las cinco de la mañana suena el teléfono, no se escuchan ruidos en la calle y todo sigue muy oscuro. Oigo cuando la Abu regaña al teléfono:

—Voy para allá. Que nadie se atreva a moverla.

Y repite “nadie” muy enojada. Pilarico araña la puerta para que lo dejemos pasar y Balín bosteza. Claro que la Abu y yo no les hacemos caso: no hay tiempo para eso, tenemos que cambiarnos.

Mojo mi cabello para deshacer los nudos con un cepillo, lo separo en tres partes, lo tejo y entrelazo un listón. ¡Me creció el cabello! La Abu se pone un vestido negro, de prendedor de flor aplastada; yo, el vestido blanco que me llega a la rodilla y tiene un cascabel cosido en la crinolina. El cascabel suena y se calla, suena y se calla cuando camino por los pasillos del hospital.

Antes de salir de la Casa Grande, le pregunto a la Abu si puedo llevar a Roxana y responde que sí sin voltear a verme, entretenida en contar los billetes que guarda en el corpiño. La Abu guarda ahí las cosas importantes: el dinero, las llaves, los pañuelos, el libro de rezos. Un día, cuando yo diga que tengo hambre, sacará de su corpiño una pierna de pollo para darme de comer. Y es que en realidad la Abu es una maga y el corpiño un sombrero de donde saltará un conejo o volará una paloma.

Las muñecas están alrededor de la mesa, tal y como las dejé anoche en la recámara. Ninguna se mueve, ninguna toma té, ni siquiera la comelona de Roxana ha probado los chocolates. ¿Están enojadas? El pizarrón colgado en la pared dice que es tarde, que tengo un primer retardo. ¡Mentirosas! Quiero reclamar mis derechos, pero mejor me quedo callada. Además, las conozco: son tontas y caprichosas, hablan cuando les da la gana. Con su cara hipócrita

parece que están de acuerdo, pero si me descuido, pelean y tiran mis juguetes, desarreglan mi cama y revuelven mi ropa.

Natasha y Roxana lanzan las almohadas contra la pared, Isaura escribe versos en el pizarrón y Alondra desarma mi rompecabezas de Mafalda.

El hospital se divide en dos: los doctores de bata blanca y las enfermeras de bata azul. Si eres doctor te toca arrugar la frente y dictar palabras elegantes a la enfermera: “infección generalizada”, “fluidos contagiosos”, “septicemia”, como el doctor que visita a Milena y la enfermera que escribe con su pluma Bic en unas hojas encima de una tablilla.

La Abu, Roxana y yo somos del grupo de visitas distinguidas. Antes de entrar, una señorita con tacones y falda corta nos cuelga un gafete que dice VISITAS.

De pronto, el silencio se interrumpe por un grito de Roxana que despierta a las muñecas.

—Susy, dale un beso a tu mamá.

Apoyada en su bastón, la Abu quiere que obedezca, que pase y bese a Milena. Usa su voz de maestra regañona, como cuando dice apaga la luz o duérmete que mañana vas a la escuela. Detrás de los lentes veo sus ojos reseco y tristes. ¿Por qué no llora? Vamos, que si llorara un poco, una lágrima, las cosas serían más fáciles y yo no se lo contaría a nadie. Yo no sé por qué desde que Milena se quedó pelona a mí me ha dado por llorar todos los días. Claro, sin que la Abu se entere.

La Abu reparte su peso entre el bastón y la perilla de la puerta, como si jugara a las estatuas de marfil en una posición incómoda. Tiene la boca entreabierto, como si fuera a decirme algo. Pero le pasa lo que a Milena: se come las palabras, ahora mismo le resbalan por la garganta y le caen en la barriga, y no sabe cómo sacarlas. Por eso se queda como estatua, mirando el piso. Y es que cuando alguien se come tantas palabras termina por enfermarse. No es como comer un pastel de chocolate, es como tragarse las velas.

Está bien, Abu, si no puede hablar, no hable, pero no me deje pasar.

Quiero que me diga como las otras veces: Susy, no seas terca, los niños no pueden entrar a un hospital; deténgame, como cuando estira su mano fuerte para frenar el columpio.

—¡Muévanse, perezosas! —de varios saltos, Roxana llega hasta la vieja consola. Saca un disco y sopla para quitarle el polvo.

—¡Ay, no! ¿A esta hora? —interrogan las muñecas, afligidas, al escuchar el coro de “Pretty woman”. Sólo a Roxana se le puede ocurrir hacer ejercicio a esta hora y con esa música. Pero ella no se acobarda ante los reclamos. Al contrario, habla más fuerte para que la escuchemos por encima de la guitarra y la batería:

—¡Levántense!... ¡Puf!... ¡Veinte sentadillas!

Remilgosas, empujándose entre sí, las muñecas intentan imitarla: brazos detrás de la nuca, abdomen firme, rodillas dobladas, vestidos estorbosos. Roxana es la única que puede hacer una sentadilla completa, las demás llegan a la mitad y enchuecan la espalda.

Yo las acompaño. Doblo las rodillas y mantengo la espalda recta, como Roxana. Quiero ir por mi cuaderno para anotar las ventajas y desventajas de cada una. Mejor no, si me equivoco se darán cuenta. ¿De verdad vas a elegir a una?, preguntarán con su cara burlona.

Malditas muñecas.

A mí también me gusta competir: siempre soy la primera en levantar la mano cuando la maestra pregunta en clase, la primera en terminar la lectura y en entregar los exámenes resueltos. Aunque a veces soy imprudente, como dice la Abu, como cuando me metí a la cama de Milena y Fernando porque había tenido una pesadilla.

La Abu ve mis zapatos de charol o el encaje de mis calcetas Periquita. Son lindas, ¿verdad? Respira con miedo de tragarse los bichos que hay en el aire. Porque todos los hospitales están llenos de bichos y de ratas. La Abu respira tan largo y tan hondo como si quisiera tocar su alma con el aire que jala. El alma es esa agüita que tenemos adentro de las costillas y que hace latir el corazón.

Con las muñecas es otra cosa. Roxana, por ejemplo, no tiene costillas ni corazón, pero sí tiene alma, está justo debajo de la bolita de su ombligo y yo

le puse *yúrex* a su ombligo para que no se le vaya a escapar el alma.

—Dale un beso a tu mamá.

¡Ash! La Abu me gana: es más terca que yo.

Aunque la ventana es enorme y deja entrar el sol, la habitación de Milena está fría y fea. Un fuerte olor a cloro me pica la nariz y el sándwich de jamón y queso que comí en el desayuno se me viene a la boca. Quiero vomitar, pero me aguanto. Abrazo fuerte a Roxana, la aprieto tanto que casi le quiebro un brazo. Con una mano tapo mi boca y con la otra aprieto la nariz de Roxana, no vaya a ser que tenga ganas de vomitar. Milena está recostada en la cama. Con la cabeza apoyada en la almohada, se ve guapa en su bata de dormir color violeta.

—Abu, ¿Milena puede escucharme o leer mi mente? ¿Cree que su alma se escapó de las costillas, desenchufó su corazón y todavía anda volando por aquí?

—¡Tres!

¡Shazam!

Milena muerde una manzana y se transforma en Blanca Nieves. El asesino es Fernando. Él envenena la manzana cuando se va con otra mujer, dice la Abu y separa cada sílaba de su nombre con el peor tono de desprecio que le he escuchado: Fer-nan-do.

¡Shazam!

Roxana y yo somos los siete enanitos, acomodamos flores amarillas alrededor de Milena. Abu, compremos una caja de cristal y ella dice qué cosas se te ocurren.

¡Shazam!

Soy el príncipe que besaré a la princesa. La princesa murió de tanto guardarse las palabras hasta que el corazón no pudo más y reventó. Viste una bata de dormir color violeta, tiene las manos entrelazadas en el pecho y lleva todavía su anillo de matrimonio.

Carajo, Abu, yo no quiero ser el príncipe, me quedo con los enanos. Sí, Milena está preciosa. ¿Verdad que me parezco a ella? Está relinda en su bata

de dormir, igual de pálida que una hoja en blanco, tan dormida y perdida que no me atrevo a despertarla. Helada, como si hubiera pasado muchas horas dentro de un refrigerador... Carajo no es una mala palabra, Abu, no me regañe... ¿Ve los moretones y las costras que tiene en los brazos y en las piernas?

Milena, hagamos un trato: yo te voy a dar un beso y cuando diga “tres” tú tienes que levantarte. ¿Va?

Uno... Dos... Dos y medio... Dos y tres cuartos... y...

Roxana es la muñeca impulsiva: a veces se empacha de tanto tomar refresco y comer chocolates y luego se pone a dieta. No es como Natasha: ni delicada ni rubia. Tampoco es lista como Isaura y es incapaz de guardar el silencio de Alondra. Roxana es la muñeca loca: la morena vestida de azul.

Y me quedo de pie, a un lado de la cama, esperando que Milena abra los ojos.

—¿Por qué besaste a tu mamá en la boca? —me pregunta la Abu bien enojada.

—...

—Yo no te dije que la besaras ahí —me sacude por los hombros como si quisiera despertarme de una pesadilla.

—...

—Límpiate —dice y saca un pañuelo de su corpiño.

Desde que besé a Milena tengo los labios pintados de amarillo, como si hubiera besado un ramo de flores frescas. No, como si hubiera pegado mi boca en el hielo del congelador y ya no tuviera el agüita del alma.

El secreter es de encino viejo, diminutos cajones se empalman uno encima de otro. Recargado en una esquina, ocupa poco espacio. “Lo hallé en la calle Kloosterstraat. Una verdadera ganga”, dice Levent, y sin despojarlo de la descarapelada pintura de base, pasa varias capas de barniz transparente antes de instalarlo. Desde entonces, el secreter luce deslumbrante, aunque no por ello oculta el tiempo: la madera carcomida, las patas debilitadas. En cuanto llega a la vitrina, el espacio brilla distinto: el aire se concentra a su alrededor como si lo envolviera una densidad nubosa. Es un mero ornato, pero en ocasiones, como hoy, Susana no puede tocarlo: sus delgadas patas curvadas, los cajones desaliñados, fuera de marco, le provocan un extraño respeto.

En ellos, bajo llave, guarda su colección de hierbas e infusiones: granos de pimienta o de mostaza, pétalos de azahar o de jazmín, semillas de manzano, fruta de la pasión. En los cajones restantes esconde el maquillaje (que los polvos de colores no se salgan del estuche), algunos collares de piedras curativas (que la amatista no se mezcle con el ámbar), y las cartas que aún escribe a Levent (que las letras no se escurran de las hojas).

Ahí también está Roxana. Levent le quitó el vestido esponjado, la revistió con una túnica transparente y la dejó sentada en el secreter con los ojos cerrados y en posición de flor de loto, a un lado del libro. El cabello suelto de la muñeca, largo y negro, cubre sus pechos morenos.

Susana mira el trabajo de Levent, esa búsqueda de perfección que lo lleva a repetir: en medio de las piernas de Roxana dibujó la entrada de una vagina, pero en lugar de confeccionar una mariposa de oro como a Natasha, pegó dos hileras de siete pequeños zafiros y rellenó el cuerpo de la mariposa con otros tantos. En la pared del fondo colgó un lienzo con el dibujo de una

pecera gigante color añil. En el banco dejó una túnica transparente y larga, y unas sandalias de plástico de tacón también transparente; adentro del tacón, un líquido claro ondula una diamantina azul.

No es necesaria una peluca: Susana y Roxana tienen el mismo color de cabello, el mismo largo. Mientras se disfraza, recuerda cómo llegó hasta ahí.

En Amberes, donde la basura se recicla en bolsas de colores (verde para frutas y verduras, amarilla para papel y cartón, azul para envases de plástico), existe otra ciudad cerca del puerto, hecha a su imagen y semejanza, habitada por mujeres de diversas texturas y tamaños detrás de una vitrina a lo largo de las calles peatonales. Algunas de las casas conservan los originales techos de teja, las paredes blancas, las bugambilias, aunque la mayoría se han adaptado como bares con su luz neón en verde o en azul. Los dueños, preocupados por la contaminación visual, han buscado respetar el antiguo estilo: un sitio de paso, de alojamiento grato.

Son las once de la mañana y ella camina en medio de la calle. Piensa que a esa hora las vitrinas estarán cerradas, pero algunas muestran ya los encantos y promesas de mujeres semidesnudas. Le llama la atención la voz ahogada y fuerte de una rubia que habla en alemán. Con minifalda de lentejuelas y sandalias altas, la rubia entra y sale de una casa cargando bolsas y cajas de cartón para subirlas a la cajuela de un taxi. Sus facciones son delicadas y armoniosas, a pesar del rímel corrido y los labios apagados.

Cuando el taxi dobla la esquina y se pierde, Susana se acerca a la casa. Observa un buen rato las tres vitrinas de la fachada sin decidirse a nada: la de en medio tiene la cortina abierta, pero está vacía; las de los lados están cerradas. Aunque la puerta está abierta, Susana toca el timbre. Nadie responde.

—Buenos días —dice en español, anunciando su entrada. Sus ojos poco a poco se acostumbran a la oscuridad del pasillo y camina de frente hasta llegar a una barra. A través de un espejo y de las botellas de vino, descubre a una pareja en un sillón: una mujer blanca de vestido corto, sentada en las piernas de un hombre. La mujer hace un guiño cómplice a Susana sin despegar al hombre que lame su escote.

De una cortinilla negra, a un costado de la barra, sale un belga alto y flaco

frotándose las manos pálidas. La frente, la nariz y las mejillas rojas delatan su frío a pesar del suéter de lana que lleva puesto. De inmediato, Susana pone en práctica su inglés y acuerda el precio de la renta de una vitrina: durante diez días pagará el doble y por adelantado de lo que el belga pide, siempre y cuando nadie más que ella la ocupe.

“El belga está enfermo”, asegura a Levent tiempo después. “Pronto va a morir”, y él responde que está loca.

Loca o no, ella regala al belga uno de sus morralitos de seda negra y listón rojo (hierbas para curar el frío de los órganos internos), y con gestos que acompañan a sus palabras explica cómo debe preparar la infusión. A la vez, aprovecha para aclarar que unos minutos antes de que ocupe la vitrina pasará su ayudante a instalar las cosas necesarias para la noche.

El belga asiente cuando ella deja en la barra un fajo de dólares, detenidos con una liga de cabello. El trato lo cierran con un apretón de manos.

Desde entonces, Susana pasa el pulgar por la máquina de registro y marca el código que le dio el belga. En su vitrina, anticipa el desvelo con tazas de té de verbena y tragos de licor de azafrán. Y aunque es una precaución innecesaria, ya que fumar en espacios cerrados está prohibido, coloca un letrero de NO FUMAR encima del secreter. El letrero es ridículo, no le importa: el olor de cualquier cigarro estropearía el aroma de sus flores y sus hierbas.

Una vez más se unta una crema color café que palmo a palmo le iguala la piel a la de Roxana, una vez más enciende la luz. Cuenta cinco noches desde que Levent la dejó en una pausa indefinida, se fue. No se llevó su ropa ni sus cosas del departamento, pero tampoco dejó un mensaje. Ella no sabe cómo localizarlo: nunca le dio su número de celular, no recuerda el domicilio de su departamento en Estambul, ni siquiera está segura de sus apellidos: ¿Celebí? Su única aliada es la mañana: algún día, desandando los pasos, él volverá.

El juego sigue con él o sin él, no es momento de claudicar. Un destello neón baña la vitrina. Cerca del vidrio, Susana está de pie, entera: los brazos extendidos, las piernas abiertas. Aunque nadie ha retocado el pegamento, los veinte zafiros que ahora forman la mariposa de su entrepierna se mantienen en su lugar.

—Llegó la mexicana. ¿La oyen? —la voz de la negra la regresa al

presente—. ¿Vieron cómo le mamaba los pies al caballero de anoche? Madre mía, cuánto esmero: los chupaba como si la vida se le fuera en ello. Tan mustia que se veía la semana pasada con su falda de colegiala, enseñando las tetas como una diosa azteca o una bruja india.

Las mujeres se comunican en distintos idiomas de una vitrina a otra: algunas hablan en italiano, discuten la ropa de moda para la temporada de invierno; otras hablan de artistas famosos en francés o del nuevo ciclo de cine alemán; las latinas mezclan el español con el inglés y hablan de recetas de cocina o de remedios naturales para aclarar las ojeras y limpiar el aura. Susana aún es la novedad.

—¿Qué haces aquí, mexicana? ¿Por qué vienes de tan lejos? ¿En tu tierra no tuviste suerte? ¿Sabes que la verdadera competencia son los homosexuales y las mujeres que vienen del Este? ¿Cuántas veces cada noche? ¿Eh? ¿Cuántas? ¿Dejarás también que te enculen?

La voz de la negra es tibia, tan tibia como Susana imagina el contacto de su piel. Sus preguntas se pierden con facilidad entre el aire (*warten*), entre la risa y los devaneos de las otras mujeres en sus vitrinas (*un peu plus*), como un solo eco de distintos idiomas (*baciame, il mio amore*). Los hombres comienzan a transitar por la banqueta. Se toman la barbilla o se rascan la cabeza, se detienen, se van. Algunos entran, preguntan el precio, desearían llevarla a casa.

Ella se sienta en lo alto de su banco y cruza las piernas. Ve sus muslos fuertes, su piel morena: hija de Fernando. Con la lengua humedece los labios carmín. Saluda a un hombre de traje gris con un breve movimiento de la mano, se regodea en la sonrisa de un marinero. Seis noches aquí, alumbrada y protegida por una aureola neón, un letrero de NO FUMAR y otro de LATINA A BUEN PRECIO escritos en neerlandés, francés e inglés. Seis noches aquí y su fama de adoradora de pies corre por las calles de Schipperskwartier.

Tres marineros la contemplan desde afuera. La negra gime, habla:

—¿Cuándo nos presumirás un vestido nuevo, mexicana? ¿Dónde está tu turco? No se ha visto por aquí. No me digas que se largó con tu dinero... ¡Vamos, cuéntame tus secretos! ¿Chuparás de nuevo unos pies? ¿Viniste hasta acá sólo a eso? O dinos: ¿de qué bondades goza tu lengua, brujita?

La voz de la negra es deliciosa, como un trago de un buen vino. Susana abre las páginas del libro. El papel parece latir en medio de sus dedos húmedos. El libro espera una mano pequeña y femenina (ésta, su mano), aguarda una voz especial (ésta, su voz), que sepa darle nueva vida. Cada vez que pasa una página, la ondea con gracia. La sacude y la agita como si anhelara esparcir las letras en cientos de fragmentos sobre el secreter.

Cruza y descruza las piernas, gira el banco. Lleva a Levent adentro del ombligo y del vientre. Recoge el cabello con las manos. Carga a Levent como si trajera cosido a contra cuerpo un escapulario de él. Sigue girando. La admiración de los hombres es el espejo o la ventana, el pretexto o el credo que le permitirá volver a abrazarlo. Y ella se posará nuevamente en su regazo, respirando en el hueco de su cuello el aroma de la noche y los recuerdos; y traerá a su boca las palabras de los hombres: “¿qué tan buena eres?”, “voy a usarte varias veces durante una hora”, “grita, grita”; de cómo se sintió, de cómo todos los hombres se parecen a él, no tiene por qué dudar.

La negra se deshace en gritos: dice que sí, que sí, que ella aguanta, que ella es fuerte, que le den más. Susana da vuelta a otra página del libro, es feliz. ¿Por qué otra razón permanece aquí, encerrada? Por casi nada. Por nada. ¿Qué sería de ella sin el peso de Levent en su espalda? ¿Cómo vivirían sus senos, recién abiertos, sin el curso de su saliva?... ¿Y si no regresa?

El azar trae a un viejo gordo y calvo a la vitrina. Susana lo invita a pasar. El río Escalda, el agua potable que sale del grifo y hace círculos en la coladera, la lluvia sucia de las tardes en el puerto, el letrero de NO FUMAR, someten cualquiera de sus impulsos: está sola, Levent se fue.

Con movimientos suaves conduce al viejo de la mano, lo sienta en su banco y cierra la pesada cortina. Con calma, sirve el licor de azafrán y le ofrece la copa. El viejo bebe sin preguntar, tiene la mirada perdida. Sus manos arrugadas, llenas de lunares, tiemblan al sostener la copa. Desde que murió su mujer vive desamparado: compra tartas de manzana en la panadería de la esquina y come hasta quedar hastiado. Sólo come tartas de manzana, nada más: el olor de la masa recién horneada, espolvoreada de azúcar y canela, le recuerda el olor de su mujer. Entra a la vitrina porque después de

años olisquea un cuerpo joven, porque imagina que esas piernas morenas serán capaces de sostenerlo.

Y cuando el viejo gordo empapa de saliva agria la túnica y el vientre de Susana, cuando sus labios partidos y su lengua torpe humedecen también la mariposa azul, el viejo mira de reojo el secreter y cree ver que la muñeca abre los ojos.

Susy aprende a leer en *El libro de las muñecas muertas*.

Sentada en el borde de la cama y abrazada al libro, espera que Milena desabroche la correa de los zapatos y baje las calcetas, que meta sus pequeños pies en un balde de agua tibia. Aguarda con paciencia mientras huele el cuero de las pastas y roza apenas la fina textura de las hojas color sepia. De rato en rato, de tan pesado que es, recarga el libro en sus muslos y tienta con el dedo índice el bajorrelieve de las letras doradas: sigue cada una de las líneas, cada uno de los ganchos y los remates como si reescribiera el título, como si por primera vez le diera nombre en un cerrar los ojos y un volver a comenzar.

Para dar inicio al masaje, Milena separa los dedos de los pies de Susy y rocía agua en el empeine. Repasa con vigor a lo largo de la planta y dibuja una línea imaginaria que parte el cerebro de la niña en dos. Luego, la apura a pronunciar las palabras del libro: sin descanso, hasta modular la voz de la manera adecuada y acomodar la garganta a los sonidos, sin tropiezos.

—De cómo rezar al oído de los muertos...

¿Por qué es necesario rezar al oído de un muerto?, Susy se pregunta en silencio. En la Casa Grande no hay crucifijos ni veladoras ni cuadros de santos, sólo una estampa desgastada de la virgen de Guadalupe en el neceser de la abuela y un cuadro de dos niños perdidos en el bosque con un ángel grande a sus espaldas. La única vez que pidió permiso para ir a misa de los niños, el domingo por la mañana, Milena respondió que no, que no había nada que pudiera aprender ahí y que mejor se pusiera a repasar el libro.

—¡Oh, noblemente nacido! —lee Susy—. ¿Cómo va a aprender a rezar si

nunca ha ido a misa?

—Decir te quiero es otra forma de oración —responde Milena, con una sonrisa hermosa que ilumina la recámara, como si pudiera adivinar los pensamientos de su hija.

Desde la cama matrimonial que comparten sólo cuando Fernando está en la oficina, Susy interpreta las exigencias de Milena como un canto de unión entre las dos y sus cosas y de ahí hacia afuera: ellas con la lectura, ellas con el mundo. Está por demás detenerse en su empeño: la madre lava unos pies, la hija lee en voz alta.

—Esta era una vez una muñeca que se fingía perdida en medio de un bosque.

Como un eco lejano que cree vibrar en su garganta, Susy imagina que el libro gordo también es leído por sus cuatro muñecas. Una tibia conciencia empieza a correr en su cerebro infantil, vanidoso de tanta sabiduría.

Desde entonces siente las ansias de aprender algo que ignora cómo llamar. Ese algo, un día la lleva a espiar a Fernando en el baño. Pegada a la puerta de madera, ve a través de las ranuras el cuerpo desnudo de su padre, como si ahí se escondieran las respuestas que no sabe preguntar. Él camina, acerca una toalla y se afeita antes de entrar a la regadera. A Susy le gustaría sentir que sus brazos la levantan del piso y la acurrucan en su pecho. ¿Por qué nunca la abraza?

Fernando cierra la cortina de baño. Susy adivina cuando él talla su cabello con el champú de miel de abeja o cuando restriega el jabón y el estropajo de ixtle. Espera el deslumbramiento final: cuando el cuerpo moreno sale de la ducha con un animal tieso en medio de las piernas que le apunta directo al corazón.

—Sí, doña Julia, dicen que Fernando se casa hoy en misa de las doce, pero que le dijo al señor cura que a la hora de las peticiones sólo quiere que se diga el nombre de la Milena. Pagó toda la misa para su nueva esposa y su difunta.

—Con quién va a ser, doña, se casa con la Socorro, la maestra de la

secundaria Emiliano Zapata, ya ve usted, desde que murió la Milena no dejaba de visitarlo o de hacerse la aparecida. Aquí, con usted, en su casa, que dizque venía a hablar del rendimiento escolar de la Susana. Puros engaños, doña, la chamaca no ha necesitado ninguna asistencia especial, tan buena que le salió, tan chula que se ve con su uniforme cargando la bandera en los desfiles.

—Dicen que por las noches Fernando dejaba la ventana abierta para que Socorro pasara a visitarlo. ¿Cómo se iba usted a dar cuenta, doña, si la recámara de don Fernando queda justo del otro lado de la Casa Grande? No, doña, eso ni lo piense, ¿cómo se iba usted a dar cuenta?

—Dicen que Socorro se vestirá de blanco para su boda. Aunque está grande, su único hombre ha sido don Fernando. Yo creo que sí se vale vestirse de blanco si una se casa con el único hombre que ha tenido, ¿no cree? Lo que sí es que ya todos la veíamos vistiendo santos.

La abuela y Susana están sentadas en la mesa del comedor. Estela sirve el desayuno: huevos revueltos con frijoles, quesadillas envueltas en un cotense dentro de un tortillero. La abuela ocupa la cabecera, Susana está a su derecha. Sara juega en el patio: empuja una carriola llena de piedras, fichas de refresco y tablas de madera. De vez en cuando se detiene, recoge del piso un rodón muerto, verde metálico.

Desde el comedor, las tres mujeres escuchan las campanadas de la iglesia, el claxon de los carros que rompe la pasividad del mediodía, el “viva los novios” que grita la gente desde las banquetas.

—Come —ordena la abuela enojada—. No te distraigas, come.

Susana toma la cuchara, mastica el huevo hasta hacer una pasta blanda, por más que intenta no puede tragarla.

—Estela, siéntate a desayunar. Dale una quesadilla a Sara. ¿Qué hace en el patio?

Sara sacude las manos en su pequeño delantal. Estela abre una lata de chiles en vinagre. El olor pica los ojos de Susana, le afloja la nariz. Sin poder evitarlo, comienza a llorar.

—¿Por qué no quiso quedarse?

—Déjate de pendejadas, a ver si con tus lágrimas regresas a tus padres — la abuela levanta a Susana del codo—. Ve a la recámara y no salgas hasta que tengas una sonrisa y la cara limpia.

Susana se marcha, pero no a la recámara, siente un odio desconocido por la abuela. Sale a la calle y camina las cuatro cuerdas que separan la Casa Grande de la plaza principal, como si adentro de ella hubiera otra Susana en busca de algo. Con los dientes apretados y las mejillas rojas se sienta en la banca de los enamorados (la banca semiescondida entre los truenos que bordean las jardineras y los rosales), ahí donde la Conchi y la Aidé recibieron su primer beso. Con un dolor que le oprime el corazón, se detiene a observar a los muchachos que pasan alrededor de la plaza.

—¿Quieres ir a mi casa en la noche? —sin pensarlo, le dice a uno de ellos, al más descuidado, al de mirada inocente.

—¿A tu casa?... Sí, este, ¿cómo te llamas? Yo soy Marco Antonio.

—Te espero a las doce de la noche en la huerta. Entrás por atrás. Saltas la barda y te vas derecho hasta el pirul. Ahí me esperas... Tenemos un perro, pero no te preocupes, es manso.

—¿Eres la nieta de doña Julia?

—No te vayas a quedar dormido. A las doce en punto.

—Oye, ¿quieres ser mi novia?

—Claro que no... Sólo llega.

A las doce de la noche, Susana abre la puerta trasera de la Casa Grande. Iluminada por la luz de la luna se despoja de la bata y de las pantuflas, atraviesa el patio. Pilarico la acompaña haciendo ochos entre sus pantorrillas. Ella percibe el sereno en la cara y en el cuello, los vellos del vientre se le erizan y los pezones se encienden, abriéndose camino entre las sombras. Saborea el olor del laurel y del arbusto hueledenoché, aspira el perfume de las granadas abiertas y los duraznos maduros. Escucha los débiles ladridos de Balín cuando Marco Antonio salta la barda. Del arbusto ramo de novia arranca varias flores blancas y adorna con ellas su cabello.

La boca de Marco Antonio se hace agua cuando descubre el cuerpo joven y desnudo entre las ramas del pirul, que parece un fantasma o un ángel. Da un

paso hacia atrás cuando ella le roza la cara con la mano, cuando acerca su rostro para besar sus labios.

Susana apoya su cuerpo tibio contra la camisa y el pantalón, resbala con lentitud por encima de Marco Antonio hasta quedar acostada, boca arriba, encima del pasto fresco. Unos segundos después guía el deseo de él hacia su propio deseo. Piensa en Socorro y su vestido blanco, en la felicidad que recibe de Fernando. Piensa y abre las piernas hasta que Marco Antonio le arranca un dolor agudo y un rastro de sangre queda encima del pasto verde.

Al día siguiente, Susana escribe en su cuaderno: “LA IMPORTANCIA DEL DOMINGO”.

1. Milena muere un domingo.
2. Fernando se casa un domingo.
3. Marco Antonio me desvirga un domingo.

Cinco días con sus cinco noches: ciento veinte horas, siete mil doscientos minutos, cuatrocientos treinta y dos mil segundos. Una eternidad sin Levent.

Susana repite los mismos gestos, las mismas acciones. Hoy también lo espera en la cama, con la espalda recargada en la cabecera y el rostro recién lavado, limpio de maquillaje. Cabecea, muere de sueño, no puede sostener la cabeza en el cuello, pero sigue atenta a los ruidos de la calle, a las puertas de los negocios que se cierran, a las botellas de cerveza que resbalan de unas manos y se estrellan en el piso. Acecha las últimas risas de la noche. Aguarda el sonido y la prisa de los pasos de Levent, su aliento entrecortado, el sonido de la puerta que se abre.

Aunque él es turco, la costumbre de quitarse los zapatos al entrar a una casa sólo la conserva en Estambul. Ahí, en una de las puertas de su departamento, un cartel exhibe a Atatürk montado a caballo. “¿Quién es ese hombre de ojos verdes como los tuyos?”, ella interroga. “Aquí no puedes pasar con los zapatos puestos”, él la detiene con el brazo y ella se descalza las sandalias rojas y las acomoda en la entrada, a un lado de los mocasines. Al observar los zapatos juntos comprende que llegó el momento de compartir su vida con alguien.

Escucha una serie de arañazos en la puerta. La cerradura gira. Un Levent trasnochado aparece, carga el desvelo de cinco noches y cinco días. Mal afeitado y con la camisa desfajada, trastabilla al caminar. Está enojado consigo mismo, algo más fuerte que su voluntad lo hizo regresar antes de tiempo.

—¡Volviste! —grita ella sin poder ocultar su emoción—. ¿De dónde vienes? ¿Por qué tardaste tanto? —pregunta, aunque no existe rastro de culpa ni reproche. Sus palabras son una invitación de brazos abiertos para que él se

hunda en la cama y la nostalgia, para que se sumerja nuevamente en el recuento de sus noches y ella le entibie el cuerpo con su voz.

Tratando de disimular su enfado, Levent no responde, no dice nada, no quiere decir nada. Se la ha pasado tomando raki y comiendo pan de pita. La desea, está aquí porque la desea. ¿A cuento de qué viene tanta pregunta? Debería bastarle con su regreso. No ha dejado de pensar en ella: ¿cómo está?, ¿con quién?, ¿le faltará algo? No debe abrumarlo, ni siquiera insinuar que algo sucedió. Su partida fue una pausa para ponerla a prueba. Él ganó o ella, ¿de verdad importa? Están juntos otra vez. ¿Qué puede decirle? Fui y vine de Estambul, pensé que podía volver a trabajar, llamar a mi madre, olvidarte.

Levent se sienta en la orilla de la cama. Inclina la espalda y recarga los codos en las rodillas, hunde la cabeza en el cuello. No la abraza. Cuando ella se acerca, él no se deja tocar.

—Huelo a ti, siempre huelo a ti. Desde que te fuiste repetí el disfraz: la túnica, mi cabello natural, como el de Roxana, que todavía sigue ahí en el secreter, como tú la dejaste.

Levent se incorpora, revuelve los cajones del buró: ¿dónde están su cuaderno y sus pinceles?, ¿sus acuarelas? Ella no tenía permiso de mover sus cosas. La ve de reojo, amenazante, una vena le salta en la frente.

Susana sigue:

—El hombre de anoche era viejo y gordo, con un par de canas en la coronilla. Una papada prominente y floja le colgaba del cuello, como un bulto que ni siquiera una bufanda podía disimular. Cada vez que intentaba sonreír, la boca se le endurecía de tal manera que el rostro se le quebraba en cientos de arrugas. Viudo desde varios años atrás. Al igual que tu madre, tuvo que hacerse cargo de su hijo desde muy joven. Sus zapatos eran casi unas pantuflas: lanosos por dentro, piel de cabra por fuera. Cojeaba de la pierna derecha, arrastraba los pies al caminar. ¿Qué iba a saber él de las mujeres? No recordaba cómo funcionaba aquello: ¿registrar su nombre en la libreta de entrada?, ¿pagar antes o después?

Levent siente que una fuerza extraña le revienta el corazón: la odia. Por fin encuentra su cuaderno y sus pinceles, azota el cajón al cerrarlo. Con trazos largos y fuertes que rasgan partes del papel, continúa el dibujo que

había dejado abandonado: ella en una pecera con una túnica transparente y azul, el cabello largo y sinuoso. Las paredes, el piso y el techo de la vitrina, los transforma en el exacto contenedor donde acomoda el cuerpo de Susana, mientras a su alrededor flota el secreter, el libro.

La pinta boca arriba, rompe otra hoja de cuaderno, la pinta boca abajo. Los cajones del secreter los saca del marco, parecen burbujear en la pecera. Desata los morralitos de seda, las hierbas flotan. Diversas criaturas de mar admiran a la muñeca de agua. Con ellas, el viejo aproxima su chata nariz al cristal de la pecera. Corales, tortugas, cangrejos se adhieren a la piel de Susana y, de ahí, a las manos del viejo. Ella besa los gordos y apagados pies, las venas azules, la carne flácida.

Levent hace que de la boca de Susana salgan largos y delgados tentáculos que aprisionan los blandos y fofos pies.

—No quise asustar al viejo, adiviné el dolor en su mirada. Era fácil advertir su desconsuelo: su cuerpo era como una galleta que en cualquier momento podría desmoronarse. La mínima palabra o detalle que yo hiciera de más o de menos, era evidente que rompería su alma. No quise marcarlo con un después, con una noche que recordar por el resto de su vida. En la tranquilidad de su casa, ¿cómo iba a subirse los pantalones y abrocharse el cinturón como si nada hubiera pasado?, ¿cómo besar la foto de su mujer muerta y recobrar la mirada y el cuerpo casto, los años de colonia de lavanda?

Levent deja de pintar, camina por el departamento. Susana busca tranquilizarlo: lo detiene. Botón a botón, como pidiendo permiso, desabrocha su camisa, aspira su aliento a raki, la acidez. Con habilidad suelta la hebilla, estira y deja correr el cinto por las presillas del pantalón, baja el cierre. De un empujón que lo toma desprevenido, lanza a Levent a la cama. De pie, frente a él, chasquea el cinto en el aire como si fuera una fusta:

—No volverás a irte —le dice con su voz más dulce mientras le azota los muslos con el cinto.

Él gruñe, intenta levantarse, pero ella enseguida trepa a la cama, lo cubre con su cuerpo. Y él recibe una humedad apacible y tibia que de inmediato le afloja la tirantez de los músculos.

—Me colmé de ternura y compasión —habla ella, cerca del oído de él—. Abracé al viejo contra de mi pecho y por varios minutos lo dejé ahí, hasta que se calmó. Al principio quiso escapar, respirar, como un bebé a punto del ahogo, pero no lo permití... Tuve miedo de quebrarlo, de desbaratar sus huesos aquejados por la osteoporosis, de impregnarme del rancio olor de su boca o de la colonia de lavanda. Cuando dejó de sollozar, le preparé un té de álamo temblón, clemátide, impaciencia, y dejé el libro abierto en el secreter... ¿Crees que hice bien?

El rostro de uno está tan cerca del rostro del otro, respiran un solo aire. Por primera vez hacen el amor con los ojos abiertos. Ella descubre el reflejo de su rostro en los ojos verdes turco, él reconoce el reflejo de sus pómulos en los ojos negros.

—¿Crees que hice bien? —repite, entrecortada.

Levent suda, tiene el rostro empapado, busca con los ojos una toalla que le absorba el sudor. No sabe que ella bebe su humedad, que cuando lo toca, saborea los destilados de su lengua. ¿Que si hizo bien? Le sorprende la frescura con que disfraza su falsa angustia. El éxito depende de la entereza con la que ella juega, del abandono de él para respirar en Estámbul cada vez que el ahogo se aproxima.

Acalorado, pregunta a la pregunta:

—¿En haber dejado el libro abierto?

—No —responde ella, moviendo la cabeza de uno a otro lado para reafirmar sus palabras, sin dejar de mirarlo, sin dejar de sentirlo, sin dejar de apretarlo—. El libro siempre funciona. Ignoro si hice bien en no regresarlo a la seguridad de su casa y retenerlo ahí, entre mis brazos y mi pecho. No quiero que sufra, no quiero que el viejo llore.

Aprisionado entre la cama y el cuerpo de Susana, Levent no encuentra ninguna toalla, cómo quisiera ahora otro trago de raki. Estira el brazo para alcanzar la túnica que está en el buró. Con el disfraz de medusa o de aguamala enjuga el sudor de la frente. Entre murmullos, escucha la voz como una canción adolorida:

—Por eso me esforcé tanto y tanto en borrarle cada uno de mis actos de su memoria. Si su mano llena de lunares y de arrugas alcanzaba mi cuello o mi

vientre, yo repetía el movimiento a la inversa para desaparecer el recuerdo. Lo mismo hice si sujetaba mi cadera o deslizaba sus dedos por mi espalda: desandaba el camino de las manos. En varias tazas doradas y pequeñas le di a beber las aguas del Leteo. Cuando se movía como culebra perezosa al baile de mi saliva y de mis dientes, de mi boca que succionaba cada uno de sus cansados y venosos pies, cuando tocaba mis nalgas o babeaba mis senos, trago a trago fue enterrando mi piel, mi olor y mis besos. Me convertí en un sueño mal soñado. Un sueño caprichoso que se olvida.

Levent imagina el final de su dibujo: Susana clava sus tentáculos en los pies descoloridos. El viejo deja de respirar cuando una descarga eléctrica brota de la boca de ella y ataca sus pies, corre por sus nalgas marchitas, traspasa la columna vertebral y alcanza los huesos de la cerviz. El viejo se sacude, testerea, comienza a olvidar. Del sexo de Susana se descarga el rocío de cientos de burbujas que desprenden los zafiros.

Ella acerca sus labios a los de Levent, quiere que el aliento del viejo entre en su paladar. Repite, falsamente preocupada:

—¿Crees que hice bien? No intentaba lastimarlo.

3

Tengo, vagamente,
ganas de morir en ti.

MARGUERITE DURAS

Un sábado del mes de junio, a las cinco de la tarde, Susana y Levent se encuentran por primera vez. Ella tiene veintiún años, él treinta y dos. Se miran y, como un terremoto, nace el deseo que lo derriba todo: el piso del restaurante está a punto de tragarlos. Es un deseo que destroza, que con su pie gigante aplasta techo y paredes, mesas y sillas, manteles y tazas de café, meseros que sirven aceitunas y queso de cabra, turistas que hablan en turco o en inglés.

Susana y Levent parece que caen en una grieta que echa a andar una furia silenciosa, se deslizan por un oscuro declive que a su paso arranca flores y destroza cualquier raíz. Es una fuerza que escapa de su voluntad, que contamina y deshace mezquitas y mercados, arrasa la biblioteca de Éfeso, mueve árboles y nubes en una danza ancestral, arranca olas de tremenda altura del mar Egeo, edificios y casas se desploman como fichas de un inestable dominó.

Y sólo se miran.

Un corazón palpitante se instala en medio de sus piernas, glorioso, implacable. Con ese corazón empieza todo: es el primer deseo de Susana. Con ese corazón también acaba todo: es el final en la historia de Levent.

Con una breve inclinación de la espalda, él se presenta al grupo de turistas recién desembarcado del crucero de Atenas: chilenos, argentinos, peruanos, más de quince latinos ansiosos de conocer Turquía a pesar del cansancio de haber recorrido a pie la isla de Rodas y la de Patmos. Susana es la única mexicana, eso la alegra: no le gustaría tener una compañera de viaje como testigo de su vida.

En el aire, Levent dibuja un círculo con las manos y explica en español que develará los misterios de la región de Capadocia hasta llegar a Estambul.

Con una falsa timidez, como si temiera importunar con lo práctico de la información, agrega que el bufet termina en una hora, que se apresuren si es que desean cenar, que los baños están a la izquierda y que el grupo completo saldrá al día siguiente a las ocho de la mañana. Para cualquier otro tipo de consulta pueden localizarlo en la habitación, y señala con el índice hacia el fondo.

Susana se maravilla ante el color de ojos de Levent: no conocía ese tono de verde, un verde aceituna que cubre el iris y enmarca la pupila negra como un punto flotante en medio de un lago brillante. Él da un paso adelante y suelta el aliento muy cerca del oído de ella. Con el rostro despejado y abierto, ella respira un aire añejo, un olor a pimienta y a mostaza, un rastro de vino tinto. Contempla la nariz afilada, los pómulos hundidos, la barba en triángulo.

Antes de despedirse, Levent une las palmas de las manos hasta tocar con ellas los labios. El

borde de la camisa corre hacia el codo y muestra un par de tatuajes entre el vello dorado del antebrazo: una serpiente partida a la mitad por una espada, una fecha. De reojo, Susana observa cuando las tres mujeres colombianas (la mamá y las dos hijas adolescentes) estiran el cuello al mismo tiempo para seguir el movimiento de la espalda masculina. Susana, además, avista el cabello recortado a la altura del cuello en línea horizontal, desliza los ojos por los músculos de la espalda que se marcan debajo de la camisa, que corren y se adelgazan hasta la cintura; luego, redondea las nalgas detrás de la delgada tela del pantalón, explora las piernas.

La menor de las colombianas da un codazo a la hermana mayor, dice algo a su oído. La mayor enrojece y suelta una risa nerviosa, estira un mechón de su cabello rizado. Con una vaga sonrisa la madre y las hijas se despiden, pero Susana se queda ahí, como si una lluvia de plomo le cayera en los hombros y le impidiera moverse. A lo lejos ve los zapatos de Levent: marrón oscuro, nuevos, limpios. ¿Cómo serán sus pies?

En Atenas, Susana no siguió las recomendaciones del guía, un viejo de ojos grandes y tristes de perro San Bernardo. Tampoco le importó gastar el dinero de la abuela en taxis cuando tenía derecho a un asiento en el autobús del tour. Sola aprendió a decir *kalimera* y *efgaristó*, sola comió cordero en el

barrio de Kolonaki mientras sus compañeros fueron a la Plaka, sola subió corriendo los escalones de la Acrópolis sin leer ningún letrero donde se explicara la historia del lugar.

Al taxista griego que la llevó de regreso al hotel, que no dejó de mirarla a través del retrovisor y que le preguntó su nombre en un dudoso español, le respondió que se llamaba Isaura, que estaba casada y tenía un hijo de cinco años. Al mesero armenio que le habló en inglés y que esculpió una rosa en un jitomate como adorno para su platillo, le contestó en un falso italiano que se llamaba Alondra y que era alérgica a los jitomates.

A pesar de los kilómetros que separan a México de Grecia, Susana percibe una cierta familiaridad: la leche en cajas tetrapak, los helados de vainilla marca Ágora, la Coca Cola Light; o quizá es el hecho de visitar alguna de las siete maravillas del mundo antiguo que tantas veces vio en los libros. No sucede lo mismo en Turquía. Ahí, nada le recuerda a nada.

Cuando baja los escalones del barco, el aire fresco de Kusadasi le levanta la falda y le da de lleno en la cara, eliminando el mareo que no la dejó en paz durante los tres días del crucero. Desciende con la plena conciencia de que todo es diferente y extraño: el lenguaje de los hombres, tan desconocido y cadencioso, el burka negro intenso al lado de velos y pashminas de colores llamativos y pantalones de mezclilla, los niños que la rodean y caminan con ella para venderle playeras rojas con una media luna y una estrella.

Es libre, igual que cuando galopa en la huerta: suelta el barandal de la escalera y abre los brazos, respira la brisa salada del mar Egeo, la humedad le pega la falda a las piernas, varias gotas de agua refrescan sus hombros descubiertos.

—Estamos en Turquía, muchacha, ¿no te das cuenta?

Una enfermera peruana, mulata de cincuenta y cinco años, de cabello corto entrecano, aficionada a las telenovelas mexicanas, apura a Susana a bajar. Pero ella no hace caso, desciende a su propio ritmo. Advierte el vuelo de las gaviotas y admira el azul del cielo. Tararea un bolero: *¿Dónde estás, corazón?* Adelante, la joven pareja de argentinos recién casados, de rostro colorado bajo la crema blanca del bloqueador, voltea hacia atrás con una mueca de disgusto... *Y no tengo más llanto.* Nadie puede detenerla, que los

argentinos se tapen las orejas.

En el bufet del hotel sirve en su plato varias hojas de lechuga, zanahoria y elotes bebé, elige aceitunas verdes y negras, una buena porción de queso de cabra y algunos trozos de pan de pita; vacía dos cucharadas de aderezo blanco y busca la mesa más alejada. Nadie la conoce. Si le da la gana puede gritar, no pasaría de ser una turista alegre o una mujer loca. Unta el queso en un trozo de pan. A través de la ventana avista un jardín: una cascada resbala entre rocas que simulan una pared, el agua que cae forma un estanque. Recostada de lado, encima de una roca plana, rodeada de helechos y nenúfares blancos, una joven ucraniana de bikini azul, cabello rubio adornado por una flor roja, posa sonriente para la cámara de cuatro hombres que llevan el uniforme con el logo del hotel.

—¿Será cierto que los turcos se depilan la entrepierna?

La enfermera peruana estira una silla y se acomoda frente a Susana, tiene la voz y la sonrisa pícara rodeada de arrugas. Susana tartamudea, no sabe qué responder. Mueve la cabeza para concentrarse en la lechuga y en las aceitunas, en el color de ojos: aceituna verde turco.

Los siguientes días que dura el trayecto en autobús, Levent la ignora, ni siquiera le presta atención cuando finge un desmayo en el templo de Artemisa, disfrazado de un ataque de insolación. En cambio, responde las preguntas de las colombianas sobre la vestimenta de las mujeres turcas mientras la hermana mayor no desaprovecha para tocarle el antebrazo o rozarle descuidadamente la espalda con el pecho. Ocho horas camino a Estambul. Aunque no lo admita, Susana es sólo una turista.

Con más baches o con menos, las carreteras de todo el mundo se parecen: el color grafito, las rayas blancas. Aburrida de mirar olivo tras olivo, cierra la cortinilla para tapar el sol, recarga la cabeza en la almohada de viaje. A su derecha viaja la hermana mayor, quien mueve los hombros al ritmo de una música que escucha a través de sus audífonos. Levent va adelante, de pie, a un lado del chofer. De rato en rato voltea hacia atrás, revisa que el grupo se encuentre bien. La mayoría duerme.

Susana cierra los ojos, le parece increíble estar tan lejos de la Casa Grande. Si ahora tuvieran un accidente, la abuela no tendría manera de

enterarse. Imagina su cuerpo muerto, rígido, amoratado. Después de pasar varios días sin ser reconocido ni reclamado, terminaría en una fosa común de Turquía, apilada entre la insoportable peruana y la estúpida colombiana coqueta. ¡Qué fastidio!

A esa hora, al otro lado del mundo, debería estar vigilando la respiración de la abuela para escapar de la cama o debería estar escribiendo alguna de sus cartas. Algo como:

Comienzo por besarte. Me doy el tiempo de iniciar. Apaga la luz, voy a besarte en la penumbra, quiero jugar a que no te conozco. Busco tu boca. Mi labio contra tu labio. Digo “sólo quiero besarte” y abandono tu boca para lamer tu oreja. Bajo un poco más, trazo con mi lengua los cuatro puntos cardinales de tu torso. Mi boca, mi boca sola, viaja hacia el sur. Sientes un calor de canciones desconocidas y extrañas, más antiguas que el sonido de las olas.

Susana entra a la Casa Grande de la mano de Sara. Las habitaciones están vacías: los sillones no están, la consola tampoco, alguien robó el refrigerador y el comedor; en el ropero de Milena no hay ropa, no huele a membrillos. Susana abre la puerta trasera y Sara corre hacia la huerta. Con el hocico agachado, Chihuahua mastica el pasto seco, las costillas se le marcan en el lomo, las patas se le doblan. Sara lanza una pelota a Balín, pero él no se levanta. El columpio está en el piso, alguien convirtió el pirul en un montón de troncos apilados. Pilarico maúlla, atrapado en algún lado.

Entonces decide remodelar la Casa Grande: cambiará los mosaicos por tablonés de roble, reemplazará los vidrios quebrados y las rejas de fierro por vidrios nuevos y sensores de movimiento; instalará una cocina minimalista, roja y gris, con estufa eléctrica, como las de las revistas de decoración europea.

—¡Llegamos a Estambul! —Levent aplaude y alza la voz.

Susana despierta. Adormilada, baja del autobús y se aparta del grupo: que Levent se vaya al diablo. Se deja abrazar por las calles olorosas a clavo y a canela, por los niños que le ofrecen llaveros rojos con una media luna y una estrella, o que le venden pulseras con el ojo blanco y azul, el de la buena suerte.

Una mujer joven de cabello blanco, con el dedo índice en los labios, la jala del brazo y le muestra el interior de su abrigo: varios resplandores dorados entre piedras azules, rojas y verdes, la enceguecen, la inmovilizan; colgados en el forro gris, cuenta más de veinte anillos del harén sostenidos entre alfileres y seguros. ¿Qué desea la mujer de cabello blanco? ¿Vender una copia del anillo a bajo precio?

—*Evet* —murmura somnolienta y tímida, temerosa de confundir el sí con el no, el *evet* con el *hayir*. Calcula que el dinero que lleva en la bolsa es suficiente para obtener el anillo. Y está a punto de comprarlo cuando Levent, por primera vez, la llama por su nombre:

—Susana, no te desvíes —habla y la toma por el codo—. El camino es por otro lado.

La Abu me mira con ojos de pistola: tiene muchas cosas que hacer y yo debo portarme a la altura. Así dijo: “A la altura de las circunstancias”.

—Si te portas bien, te voy a regalar un trozo del caramelo que tanto te gusta.

Y claro que le hago caso: el caramelo es delicioso, rojo con rayas blancas, relleno de chocolate. La Abu lo guarda bajo llave en su ropero, a un lado de los membrillos que perfuman su ropa y la de Milena, y sólo me lo da a probar cuando festejamos algo, como cuando me dan otro diploma en la escuela o cuando guardo silencio durante toda una película.

El olor del café se mezcla con el de las flores y con el humo de los cigarros. Milena está adentro de una caja gris plateada en medio de la sala. Hoy la celebramos a ella, es el primer día que no está, deberíamos darle un trozo de caramelo. En cada esquina de la caja unos señores flacos acomodan cuatro velas grandotas, como si Milena fuera un pastel.

En la entrada de la casa, la Abu recibe abrazos de la gente que va pasando a la sala. Algunas señoras le dan besos en los cachetes, otras nada más agachan la cabeza, como si buscaran algo en el piso o hubieran olvidado abrocharse los zapatos. Todos respetan la fila. Cuando le dan la mano a la Abu ponen cara triste, como si les doliera la panza. Luego se sirven café y se sientan a comer galletas.

—La pobre de su hija sufrió mucho. Esa maldita enfermedad tan rara y a ella tenía que darle. Ya ve usted que ni siquiera podía levantarse de la cama.

—Cuarenta y dos años y enamorada de su Fernando como el día de la boda. Sí, cómo no acordarme de la Milena, tan llena de vida y mire cómo se

le fue acabando.

—Y dejó a la niña tan chiquita. Es una pena.

—¿Qué noticias tiene del papá?... ¿Ninguna?

—Fíjese que dice mi primo que a su tío le dijeron que anoche vieron a don Fernando borracho con una vieja chichona en las piernas. Pero que él ni caso que le hacía, tan atormentado como estaba, cante y cante las canciones que más le gustaban a la Milena.

—Sí, doña, dicen que cantaba con tanta dolencia y sentimiento que la gente comenzó a llorar nomás de oírlo.

—¿Cuál cantaba? No me acuerdo. Lo que pasa es que yo no estaba ahí.

—Allá en el cerro de las antenas, mero arriba. Usted sabe, en La Lluvia de Estrellas, el nuevo restorán de las viejas esas. ¡Ah, qué mi doña! ¿No sabía nada?

—¿Y qué va a hacer con la huerfanita?

Quince minutos antes de la hora del té acomodo a las muñecas alrededor de la mesa. Eso me da tiempo de ir a la cocina, calentar el agua en la tetera y llevarla hasta mi recámara. Abro mi ropero y saco una caja de chocolates, lleno la azucarera de terrones. Nadie puede reprocharme impuntualidad. “¿Pueden borrarle el retardo de la semana pasada?”, quiero pedir, pero las muñecas están más serias que de costumbre. ¿Y ahora qué? No hay lágrimas, ningún cabello alborotado, ningún vestido desaliñado. Parecen cuatro muñecas bien portadas: vestidos primorosos y abombados, olorosas a jabón.

Isaura tose dos veces para llamar nuestra atención y habla:

—Voy a aplicarles un examen. Traje hojas y colores para que hagan apuntes... Prepárense, voy a dictar.

Las muñecas giran la cabeza. ¿Qué pretende la muy idiota? Roxana quiere irse de inmediato: no permitirá que Isaura la rete. Natasha la detiene, recuerda la única regla: es el turno de Isaura y puede hacer lo que le venga en gana.

A medio velorio, la tonta de Roxana se queda dormida. Y yo la dejo descansar, pero no quiero quedarme sola. La Abu todavía está ocupada y así como van las cosas, no creo que Milena vaya a levantarse de la caja. Corro a

mi habitación. Intercambio a Roxana por Isaura y regreso rápido a la sala. Me dan celos de ver a la Abu, es muy noche y sigue saludando a la gente y a mí nadie me hace caso, sólo una muchacha que olía a crema de rosas puso su mano en mi cabeza y revolvió mi cabello como si fuera Balín.

Isaura y yo bostezamos. Para no quedarnos dormidas, recogemos las tazas sucias y juntamos en un vaso la ceniza de los ceniceros.

—¿Y la pequeña, cómo lo ha tomado?

Un señor me mira de reojo, habla de mí y pregunta a la Abu como si yo no pudiera escucharlo. Quizá soy invisible y no me he dado cuenta. Soy una lámina transparente que no tiene oídos ni boca. ¿Entendiste, Isaura? Las dos somos invisibles.

Isaura saca de mi mochila una libreta y arranca un montón de hojas blancas. Dice que estudiarán las oraciones que dicte de *El libro de las muñecas muertas*, como cualquier otra lección de la escuela que deben memorizar aunque no la entiendan.

—Escriban con mayúscula el título: De cómo rezar al oído de los muertos. Metal (dos puntos) oro. Hacia el norte se encuentra el elemento de la tierra (punto) Órganos afectados (dos puntos) cerebro y garganta.

Recoge las cuatro hojas y entrega una limpia. Para no confundirse usarán una hoja nueva para cada apartado.

—De cómo rezar al oído de los muertos.

—¿El mismo título que el anterior? —cuestiona Roxana sin ocultar su disgusto—. Te equivocaste.

—El título se repetirá cinco veces, cada uno corresponde a una parte del pie —Isaura da vuelta a una de las páginas—. Piedra (dos puntos) zafiro. Hacia el sur se localiza el elemento del agua (punto) Órganos torturados (dos puntos) garganta y corazón.

Y como si fuera un espíritu de la medianoche que nos roba el aire y nos asusta, aparece Fer-nan-do. Creo que en su ropa guarda un imán, porque en

cuanto entra volteamos a verlo. Tiene el cabello despeinado y tambalea cuando camina. Pasa frente a mí y no me mira porque sigo siendo invisible. Huele feo, a caño con desinfectante. De los ojos rojos color demonio le brotan unas lagrimotas que le escurren por el cuello y le caen en la camisa sucia. Llega hasta el centro de la sala y se recarga en la caja. Encima del vidrio que protege la cara de Milena hace un charquito con sus lágrimas. De pronto suelta un grito, como si alguien le hubiera dado una patada en la panza, y empieza a cantar:

—*¿Dónde estás, corazón? No oigo tu palpar... Es tan grande el dolor...*

... y en unos segundos, la voz entonada por el dolor tan grande llena la casa y se escucha hasta la calle y toca otras casas y alcanza otros barrios. La gente deja de comer galletas y de tomar café, olvida rezar el rosario, llora o lanza suspiros.

—Lo que faltaba —dice la Abu, molesta.

No llores, Isaura, aguanta. A nosotras nos tocó estar en el equipo de la Abu y no podemos llorar. De cualquier modo, Milena linda no puede besar a su Fernando: se fue al cielo de las muñecas.

Si Natasha es viajera y Roxana deportista, Isaura es la muñeca poeta: la que sueña con los ojos abiertos. Un día, por casualidad, descubrió que las paredes de mi habitación funcionaban como un pizarrón gigante donde podía escribir. Pero más que escribir, a ella le gusta borrar. Escribir para tener luego algo que borrar. La emoción ruborizó su rostro cuando metí a la habitación una caja de tizas y un pizarrón verde, igual de grande que uno de los pizarrones de la escuela. Desde entonces está alucinada: borra y escribe, escribe y borra.

Mientras Natasha presume su viaje a la selva brasileña o menciona los raros platillos que se pueden probar en los mercados de Perú; mientras Alondra esconde varios chocolates en las bolsas de su caperuza negra o Roxana habla de un nuevo curso de paracaidismo, Isaura escribe palabras en el pizarrón. Pronto, siente que le falta espacio y escribe en las paredes. En un par de ocasiones ha estado cerca de concluir un poema, pero antes de la última letra, agita las manos y la cabeza, limpia las palabras con un trapo húmedo y vuelve a iniciar.

—¿A qué vienes? —le pregunto a la Muerte que está del otro lado de la caja de Milena y que mastica un chicle de cempasúchil.

Muchos ya se fueron, los pocos que quedan están dormidos en las sillas, cobijados con las chamarras.

—Vine a regalarte la última foto de tu madre, guárdala bien en tu memoria. La dejé sin cabello para que pudieras ver muy bien su rostro, le pinté los párpados y los labios. ¿Te gusta?

—Me gusta.

Y entonces yo no sé de dónde aparece la Abu. Con su cara roja de que está bien enojada me tira del brazo y me manda a dormir.

En los días nublados, Isaura escribe en los pisos. En los días con sol escribe en su cuerpo. Con hilo y aguja cose palabras en su vestido rojo. Luego lee en voz alta, con tono claro. Por las noches pide ayuda a las demás muñecas: quiere que lean también, que suenen las palabras en la boca, pero ellas a veces colaboran y a veces no. ¿Qué tanto puede hacer un par de palabras al derecho o al revés? ¿Para qué desperdiciar el tiempo de esa manera?

Las muñecas saben de los delirios de poetisa de Isaura, saben de su eterna confusión entre la física y un verso.

—Abu, prométame que usted no se va a morir.

—Esas cosas no pueden prometerse.

—Sí se puede, usted lo puede todo.

—No depende de mí.

—¿De quién depende? ¿De la Muerte?

—¿De qué hablas, Susy? Duerme, por favor.

—Ándele, Abu, prométame que primero me muero yo y que usted va a bailar de puro gusto encima de mi tumba.

Isaura da un manotazo en la mesa cuando Roxana cuchichea en el oído de Natasha. Las muñecas brincan en su asiento, extienden la mano para entregar la hoja dos y recibir la hoja tres.

—De cómo rezar al oído de los muertos.

—¡Ash! —protesta Roxana—. ¿Otra vez?

—Escribe sin hacer ruido, no tienes derecho a interrumpirme... Piedra (dos puntos) rubí. Hacia el oriente se ubica el elemento del fuego (punto) Órganos estimulados (dos puntos) corazón y ombligo.

Más que poetisa, Isaura es una maestra a la que no le importa si sus alumnas aprenden o no.

—Piedra (dos puntos) esmeralda. Hacia el poniente se encuentra el elemento del viento (punto) Órganos destacados (dos puntos) ombligo y genitales... Piedra (dos puntos) diamante.

Roxana rompe en dos pedazos la hoja en la que escribe: no puede más, prefiere hacer abdominales.

Abu, no puedo dormir, no me diga que deje a Milena y que me vaya a dormir. A ver, duérmase usted conmigo. ¿Verdad que no se puede? ¿Cómo vamos a dejarla sola? Hace tanto frío que seguro adentro de la caja está helado. ¿La cobijamos? ¿Qué tal si usted abre la tapa y yo le meto rápido una cobija? Abu, ¿por qué no llora? A veces, si lloramos, es como si le diéramos una pastilla de alivio a nuestra alma. Entonces, ¿me deja llorar a mí? Mírela, es la última foto que vamos a tener de ella, eso dijo la Muerte. Mírela bien. Isaura y yo nos estamos grabando su cara para que cuando seamos grandes no se nos olvide. Oiga, Abu, se me hace que más bien tiene calor, ¿ve el sudor de su frente? ¿Tú qué crees, Isaura, tiene calor o frío? No me voy a mover de aquí, Abu, no quiero soñar lo mismo otra vez. ¿Usted sabe lo que se siente cuando se entra a un sótano lleno de telarañas y no se puede salir? Pues así me sentí yo hace rato.

“Soy la pequeña marioneta de la buena suerte”, Isaura coge uno de los

libros de Milena y recita muy fuerte y claro, aunque ninguna muñeca le hace caso.

Y es que Natasha tiene razón: Isaura se repite.

Isaura también tiene razón: que las alumnas se vayan al infierno, como dice Estela.

Embriagada por el olor a chocolate puro, Susana compra manos del gigante Antigoon, Leónidas y Godiva. Nunca ha sorprendido a una pareja de enamorados besándose en la calle, tampoco ha escuchado que alguna madre le grite a su hijo para llamarle la atención. “Son pocos los niños en Amberes”, piensa, a no ser por algunos cuantos que puede ver en un parque de arena. ¿Cómo sería un hijo de ella y de Levent?

Después de comer dos trozos de chocolate y de guardar los restos en la bolsa de celofán, se sienta en una banca, cerca de donde juegan varios niños. Se descalza las sandalias rojas de Milena, entierra los pies en la arena e imagina el cabello rubio o el cabello negro de su hijo. ¿A qué jugarían? ¿A serpientes y escaleras o a Korebe, la cabra ciega? ¿Le contaría historias por las noches como Milena lo hizo con ella?

Una vez, Levent comentó que si él tuviera un hijo, le enseñaría a andar en patines y a jugar ajedrez. “Con tablero y piezas. Nada de computadora. Cada vez es más raro encontrar a chicos jugando ajedrez en las plazas. Recuerdo que mi padre me llevaba a ver las partidas de los viejos, decía que aprendería de tan sólo verlos.”

En la banqueta, Susana se sacude con las manos la arena de los pies y calza nuevamente las sandalias. Camina con la seguridad de las mujeres que se saben hermosas: a las que no les importa llamar por teléfono a un hombre o pagar la cuenta de un restaurante; a cambio, obtienen un poder silencioso. Convencida, dobla la última cuadra que separa su mundo en dos: lo que sucede afuera de la vitrina, lo que sucede adentro.

Por varios minutos observa su vitrina vacía. A la izquierda, la cortina de la italiana está cerrada.

A la derecha, con su cadencia de muñeca negra y cabello crespo, la negra

baila, entorna los ojos, se mueve muy despacio. Sola todavía, disfruta para sí sus movimientos, se lleva las manos a la cintura mientras su cuerpo resplandece como un trozo de chocolate. Un poco más y quiebra la cadera, un poco más y aprieta las piernas, otro poco y muerde los labios.

Susana imagina que la negra baila en un escenario enorme: el teatro más famoso de su isla. La negra escucha los aplausos, los gritos. A través de los ojos entrecerrados, fantasea que la gente se arremolina a su alrededor. Los hombres se empujan hasta llegar a la primera fila para admirarla, para perderse en su baile. La negra percibe el aroma de las flores. Cientos de flores riegan el piso donde ella se menea con placer.

La negra baila en su vitrina, suave. Una estola de plumas color fiusha de cuando en cuando acaricia su entrepierna. Con las manos recorre las plumas y muestra sus senos redondos a un público exclusivo; los oprime, los pellizca, como si de ellos fuera a manar una leche venenosa.

Susana mira, ella también ha caído en el hechizo de querer tocar a la negra, quiere aplaudir al terminar la función. Cuando la negra masajea los senos, cuando los estira y los aplasta intentando alcanzar con la lengua la punta del pezón oscuro, Susana recuerda los senos blancos de Milena, igual de redondos y grandes, pero con el pezón delineado por tintes rosas.

—Mexicana, pero cuánta ropa, qué calor que me das —Susana entra a la vitrina de la negra—. Hoy se te hizo tarde. ¿Tu turco no te dejaba salir de la cama? Ven, déjame quitarte la ropa, quiero tocarte... Pero qué cosa, madre mía... ¿Son rubíes de verdad?... ¿Sí?... Aún estás mojada, india preciosa, eres un pan remojado en leche. Déjame probar a tu macho. ¿Me das permiso?... Mira nuestro público, a los caballeros les gusta lo que hacemos. Te volteo. Les muestro tus tetas blancas. Te volteo. Recargo en la ventana tus nalgas de yegua fina, recién montada... Menéate, menea tu culo con el mío... Míralos cómo se arremolinan, parecen niños... No seas estúpida, cierra la llave del agua. No te limpies, a los caballeros les gusta chapotear en lo que dejaron otros. Quédate así, mojada, guarda muy bien tu tesoro.

Mientras se deja hacer, Susana recuerda la dedicatoria a Fernando de una de las fotos de Milena: *Tengo, vagamente, ganas de morir en ti*. Milena tan linda y perdida en su vestido de flores y holanes, con una peineta deteniendo

una mantilla española y un abanico cubriendo parte de la cara. El brazo extendido, como si quisiera alcanzar la cámara o a quien le toma la foto.

Susana toca los senos de la negra. El contacto la quema. Con un ligero brinco retira la mano, pero

la mano regresa, autónoma, busca calor. La mano fría se calienta entre los senos chocolate. Por instinto, persigue la boca de la negra, quiere besarla, es una huérfana que quiere amar. Con un jadeo, la negra la rechaza: no recibe besos. Pero Susana insiste: frota su cuerpo blanco en contra de la negra, recarga sus senos en los de ella. Luce pequeña, es una niña dispuesta a aprender de su madre. Pausada, como si también empezara a bailar, acaricia los senos de la negra por lo bajo. Casi pegados a las costillas, palpa los pliegues de varias cicatrices. “¿Qué te pasó?, ¿qué te hicieron?”

—Mexicana deliciosa, anoche te conté cinco caballeros. ¿Cuántos esperas hoy? ¡Hiciste de todo! El primero te cogió por el frente. Sus nalgas escurridas y vellosas se movían lento, lentísimo, hacia tu interior. Ese caballero es de los que no terminan nunca. ¿Eh? El segundo te singó parada. Te agarró el cabello para darte nalgadas y lanzarte hacia el techo en cada arremetida. Aunque querías escapar, escuché cómo gozabas, cómo pedías ayuda a no sé qué dioses. El tercero te acomodó de lado, en el piso. Él terminó rápido, no te costó ningún trabajo, se derramó en tu espalda y se lanzó a penetrarte con las manos para hacerte culebrear en el piso. El cuarto hombre te puso a rezar: metió su sexo largo y flaco en tu boca abierta. Y tú rezaste, mexicana, rezaste hasta que te salieron lágrimas de los ojos... Ah, pero lo mejor fue el quinto caballero que tocó a tu puerta. Él te abrió tus nalgas de pan blanco y te encoló toda la hora. Tú ni siquiera tuviste tiempo de gritar.

—Ganas de morir en ti —con los ojos perdidos, como si mirara hacia adentro, Susana susurra las palabras de Milena. La negra sabe que no le habla a ella: esas palabras no son para nadie.

Con libertad, la negra dirige la mano blanca hacia su vulva. Es la primera vez que Susana toca el sexo de otra mujer. Con desconfianza, roza los labios abultados, más grandes que los suyos. ¿Qué debe hacer? Recuerda cuando de niña se masturbaba encima de la alfombra, a un lado de la cama, acompañada por los ronquidos de la abuela. Agasaja a la negra: estira y afloja, lenta y

lánguida, hasta que la traición del cuerpo contradice la voluntad del cerebro y los labios emiten un chasquido sordo: el beso que la negra se negó a entregar.

Un nuevo recuerdo asalta a Susana. Es una mañana de domingo, la humedad del departamento dificulta la respiración. Una escasa luz se perfila a través del marco de la puerta cerrada. Como siempre, ella y Levent se refugian en la cama. Él le acaricia el cabello y la acerca a su torso para distraerla: “¿Recuerdas que los mejores paseos del mundo en globo aerostático son los de Turquía?”, interroga sin dejar de acariciarla, no espera que ella diga algo. “Desde ahí...”, alza las cejas, levanta los ojos color aceituna para examinar el techo, como si a través del ventilador descompuesto contemplara el brillante cielo de su país: las nubes blancas, las montañas talladas por el aire, el vestido de Susana alrededor de la cintura. “Desde ahí, aprendiste a volar, a tocar el cielo.”

Susana sale de la vitrina con la sensación de llevar el cielo en la yema de los dedos. Saluda al belga con frío detrás de la barra, marca su código. Un hombre ancho y encorvado escupe un palillo de dientes, viste una playera blanca de algodón, olorosa al mar del Norte, bebe el líquido color roble de una copa que el belga no tarda en rellenar. A Susana no le importa que los hombres la vean salir de con la negra, no le importa que la vean caminar desnuda ni que fijen su mirada en los rubíes. Tampoco le importa que admiren sus nalgas cuando va rumbo a su vitrina.

El escenario está listo: de fondo, un panel japonés escarlata sin dibujos; en el banco, una peluca pelirroja de cabello corto y lacio con fleco cuadrado a la altura de las cejas, y un vestido estraples de licra color granate, largo y abierto a los costados. En el secreter está Isaura. Sostenida en un atril que sujeta su cintura encima del vestido, parece que sus piernas flotan a través de la tela roja. Tiene el cuello alargado, el rostro hacia arriba.

“Lo primero que hizo fue cortarle el cabello”, piensa Susana cuando pasa uno de sus dedos por la melena lacia de la muñeca, reviviendo con ese gesto las ondas de los antiguos caireles. “Luego cortó las mangas del vestido, arrancó los holanes. Preciso y exacto, saboreó la piel de porcelana fría como antes saboreó mi carne tibia. Dilatando el placer, entre pinceles y pegamento, adornó nuestra entrepierna con los rubíes de una nueva joya.”

El deseo la sofoca. Sentada en el banco, alarga el cuello, abre y levanta las piernas para no tocar el piso. La luz neón cae de lleno encima de la peluca, como si un fuego manso consumiera su cabello negro, su cráneo, cualquier pensamiento. Una gota de sudor escurre por debajo del fleco cuadrado, corre por un costado de la frente y resbala entre las diminutas pecas terracota que dibujó con un lápiz.

Cinco minutos más tarde, un joven alto y flaco, con una multitud de espinillas en la frente, entra a la vitrina. Lleva una chamarra de cuero negra, un pantalón de mezclilla y unos Converse negros, desgastados. Con una sonrisa firme y burlona se quita la chamarra y la lanza encima del secreter, se acerca a Susana mientras Isaura tambalea a punto de estrellarse contra el piso.

Milena solía quejarse de Susy: de cómo recibió la primera nalgada, la segunda, la tercera y hasta una cuarta con indiferencia. Decía que gracias al extractor de flemas el llanto se le volvió deleite que escapaba de su pequeño cuerpo y que el deleite se le convirtió en asfixia que desde entonces le tiñó de morado las ojeras y de blanco pálido la piel.

—Asma —diagnosticó el doctor.

—Herencia —auguró la abuela Julia.

Pero el verdadero placer, Susy lo conoce a los nueve años. A la muerte de Milena, Fernando muda sus cosas a la habitación del fondo, a un costado de unas bodegas donde alguna vez se almacenó maíz. Es una parte abandonada de la Casa Grande; acaso Estela, de vez en cuando, entra a sacudir el polvo y a cambiar las sábanas. La abuela decide que Susy y ella dormirán en la habitación principal: a la niña le toca dormir del lado izquierdo, en el lugar donde dormía su madre, a la abuela del lado derecho.

Una noche, ya instalada en su nueva habitación con sus muñecas, Susy siente por primera vez un ardor extraño en el estómago que Estela no puede calmar ni con jitomates tostados ni con tortillas calientes. Sin despertar a la abuela, ese ardor la obliga a bajar una pierna de la cama, luego la cadera, un brazo y la cabeza hasta quedar bocarriba encima de la alfombra. Atenta a los ruidos y a los muebles, como si el tocador o el buró pudieran delatarla, sube despacio su bata hasta el ombligo y dobla las rodillas. Sin deshacerse de las pantaletas de algodón, estira los labios de la entrepierna hasta producir el chasquido de un beso que la llena de cosquillas y la obliga a cubrirse la boca con una mano para no echarse a reír.

Es su primer beso: de ella, para ella.

¿Cuántas veces se enamoró antes de conocer a Levent?

La pregunta es el título que escribe en su cuaderno.

Enumera: Uno (sesenta minutos), Dos (siete días), Tres (dos meses), Cuatro, Cinco, Seis...

La historia de Uno

Es lunes, Susy entra a la escuela. Con los hombros hacia atrás y la cara en lo alto, avista el techo de los salones. Tiene la sensación de que la escuela ha cambiado en un fin de semana: el pastor alemán del velador, encadenado a un árbol, que antes le parecía un lobo de colmillos afilados, ahora le provoca lástima; la cancha de basquet que siempre cruzaba temerosa, esquivando balonazos, ya no le da miedo.

Pegado a las ventanas, su salón de cuarto grado tiene varios mapas de México (los treinta y un estados y un distrito federal, los ríos, las montañas). La vieja y solterona maestra Ana, con su interminable falda negra, anota sumas y letras en el pizarrón. Ante el menor cuchicheo de los alumnos gira enfurecida y, con sus manos huesudas y sus uñas pintadas de rojo, lanza el borrador a la cabeza de los niños.

Susy se acomoda en la primera fila, a la derecha de Gloria, su compañera de mesabanco. Sin que la maestra se dé cuenta, Gloria le regala una hoja de máquina con un dibujo: un corazón rosa, grande y chueco, con dos muñequitas de alambre tomadas de la mano, vestidas con faldas en forma de triángulo. La niña de trenzas del mesabanco de junto también entrega una hoja a Susy: Uno, el niño más burro del salón (como lo llama la maestra Ana), el tartamudo (como le gritan en el patio), arrancó una de las hojas de su libreta y, sin quitar el papel sobrante del espiral, escribió: “¿Quieres ser mi novia? Tacha la respuesta correcta: sí o no”, y para cada letra estrenó un color diferente que sacó de su lapicera nueva.

Susy tacha el “sí” con un lápiz y regresa el papel. A la hora del recreo, sudoroso y empolvado por jugar futbol en la cancha de atrás y como si fuera

de paso, como si en realidad no pretendiera detenerse, Uno besa a Susy y regresa corriendo a la cancha para recibir el pase a tiempo. Es un beso corto, un beso rápido, pero el olor de la torta de jamón con mayonesa que Uno acaba de morder, mezclado con el sudor y el polvo, y con un sabor amargo como de jarabe para la tos, llena a Susy de asco.

La historia de Dos

En primero de secundaria, una Susana distinta a la niña que era en la primaria se enamora siete días de Dos: el hijo larguirucho de la maestra de ciencias sociales. De pestañas largas y chinas, Dos tiene una verruga a un lado de la nariz que lo hace parecer más guapo e inteligente que el resto de los muchachos con uniforme color piloncillo; o al menos, a esa conclusión llegan la Conchi y la Aidé, las inseparables amigas de Susana.

—Afloja los labios, abre la boca. Tú de lado y yo del otro. Deja que mi lengua se enrede en la tuya. Después viene lo demás. Mi hermano dice que si las mujeres abren la boca las lenguas rápido se acomodan y los dientes no chocan ni falta el aire... ¿Qué te pasa? ¿Por qué no te aflojas? —reclama Dos.

Cuando en clase de educación física el maestro gordo y calvo al que llaman el Capi los pone a trotar alrededor de la escuela, Dos y Susana aminoran el trote para quedarse atrás y entran al laboratorio de química sin que nadie los vea.

Entre tubos de ensayo, matraces de bola y de Erlenmeyer, Dos intenta meter su lengua en la boca de Susana. Como ella no coopera, él le muerde los labios y hurga debajo de la playera deportiva, le estira el corpiño para manosearle los pechos y baja, desesperado y brusco, a toquetear los muslos. Aunque ella siente un poco de dolor, Dos no la suelta hasta que escucha el timbre.

La historia de Tres

Recién cumplidos los doce años y estrenado el jumper azul, Susana se enamora dos meses de Tres. Él es rubio y chaparro, con los músculos marcados porque practica fisicoculturismo en el gimnasio de su casa. Seis años más grande que ella, Tres usa lentes de sol, chamarra de cuero, camiseta blanca de cuello redondo y pantalón de mezclilla, y como es el hijo consentido del médico del pueblo, tiene una moto negra.

A la hora de la salida de la secundaria, Tres pasa por Susana para llevarla de regreso a la Casa Grande. Mientras espera que la prefecta Carolina abra la reja (la joven recién graduada de la escuela normal, de fleco tieso por el crepé), Tres acelera el motor de la moto sin moverse de su sitio.

—¡Llegó tu raid! —gritan a coro la Conchi y la Aidé entre divertidas y envidiosas, dándose codazos y sin soltar la tela y la aguja con la que practican el dobladillo en la clase de corte y confección.

—Uy, sí, qué fácil es presumir el dinero de papi —dicen los chicos en el taller de estructuras metálicas.

Susana sale *tomada del guante* de la Conchi y de la Aidé. Antes de subir a la moto en la parte de atrás, con un beso tronado en el aire se despide de ellas, luego saluda a Tres y trepa, consciente de que todos, incluida la prefecta Carolina, están pendientes de sus movimientos. El uniforme se desliza y muestra sus muslos, y lo inclinado de la moto la obliga a sacar las nalgas. De inmediato, su entrepierna se humedece contra el calor del pantalón.

—No eres virgen —afirma Tres una tarde, cuando están desnudos en su habitación. El padre de Tres atiende el consultorio que está en la entrada de la casa, hace mucho tiempo ya que murió su madre.

—¿Por qué dices eso? —responde Susana, absorta en examinar los posters que decoran el techo: la exuberante belleza de Jessica Rabbit a un lado de la serena Natasha Kinski, quien posa desnuda con una serpiente pitón enredada en el cuerpo.

—No eres virgen —repite Tres como un zancudo fastidioso que revolotea alrededor de la cama.

Aunque Susana quiere aplastarlo de un manotazo, no responde. Se acomoda de lado para imitar a la Kinski: recarga la cabeza en las manos, dobla una rodilla encima de la otra. “¿Qué se sentirá tener una serpiente pitón sobre el cuerpo?” Y entonces Tres le atrapa los tobillos, la estira a la orilla de la cama y le abre las piernas:

—¡Mira hasta dónde entra mi dedo! —dice, contemplando cómo su índice se hunde en la carne como si fuera la cosa más fascinante del mundo.

Susana grita, manotea para alejarlo. No está enojada, sólo quiere irse. Se levanta y busca su ropa entre la chamarra y el pantalón de mezclilla, con el pie aleja los boxers de su jumper, se viste deprisa. Ve el techo y dedica un guiño a la Rabbit, otro a la Kinski y uno más a la serpiente, no volverá. En esos momentos abandona a Tres, pero él no se da cuenta. Lo deja ahí, sentado en la cama, chupando su dedo índice con la mirada perdida.

Cuando llega a la Casa Grande se encierra en el baño. La abuela está en el patio, sentada en el piso de cemento, jugando al pinaco con Sara.

—No debes dejar que un hombre te bese y te ensalive —dicen la Conchi y la Aidé—. No seas mensa, ¿no te han dicho que la cara se te llenará de granos?

Susana examina largo rato su cara en el espejo. Está limpia, no tiene granos ni manchas, ni siquiera pecas por el sol. Acaso, una diminuta cacariza de viruela en la mejilla izquierda y unas cuantas espinillas en la frente. Nada que ver con el acné de la Conchi.

Se quita el jumper, desabrocha el corpiño y baja las pantaletas. Sube a la lavadora que está a un lado de la tina de baño para alcanzar a verse entera en el espejo. Se toca los pechos, los pesa con las manos.

—No debes dejar que te toque —dicen la Conchi y la Aidé—, ¿nadie te ha dicho que si un hombre te manosea sólo un pecho, el otro te va a crecer disparejo?

En adelante, Susana no contesta las llamadas de Tres y hace una rifa entre sus amigas para deshacerse de las flores y los osos de peluche que le envía cada semana. Hasta que una noche, a esa hora pesada que envuelve al pueblo en un sueño profundo, Tres despierta a los vecinos con el ruido de la moto:

de esquina a esquina recorre los cuarenta números de la calle Porfirio Díaz hasta detenerse en el número dos, frente a la Casa Grande.

—¡Susanaaaa, te amooooo! —grita, desesperado y borracho, da la vuelta a la moto y arranca otra vez. Corre a lo largo de la calle hasta detenerse nuevamente en el número dos—. ¡Te amooooo! —grita más fuerte.

El espectáculo termina cuando don Juan (padre de seis hijos y dueño de una carpintería), sale con una pistola. Al escuchar los tres balazos al aire y el ruido de la moto alejándose, Susana se tapa hasta la cabeza con las cobijas, anticipando el regaño de la abuela; pero ella suelta una risita cómplice, gira en la cama y le da la espalda, enseguida vuelve a roncar.

—El origen de las vitrinas en Amberes es mucho más antiguo que en Ámsterdam. Sólo que allá, con el surgimiento de las coffee shops y la venta de hachís, el asunto se volvió mundialmente famoso —asegura Susana.

Levent se incorpora, tiene el cuerpo adolorido de tanto estar en la cama. Susana también deja la cama, abraza a Levent sin parar de hablar:

—De que antes existían las vitrinas en Amberes, sí, ya existían.

Empuja a Levent al baño y alza la tapa del sanitario para dirigir hacia el fondo el chorro fuerte y constante de la orina. Luego, lo lleva a la cocina y le ofrece probar el quiché de verduras con champiñones que compró en el *vogelmarkt*. Él se deja conducir por sus ocurrencias, por sus palabras. Pero apenas la ve de frente, descubre a una Susana irreconocible: lastimada del rostro, con mordidas en el cuerpo. Quiere saber qué pasó, preguntarle, pero ella sigue ensimismada en sus historias:

—Entre los callejones y los puentes de Ámsterdam, todos los caminos conducen a la zona roja y a la casa de Ana Frank. Antes dejaban a los turistas tomar fotos, pero luego Derechos Humanos lo sancionó: nada de fotos a las mujeres en las vitrinas, nada de fotos a la casa de Ana Frank. Por supuesto, nunca falta el ingenioso que se las arregla para sacar una foto a escondidas... Pero aquí, las vitrinas no forman parte de los atractivos turísticos. No es como visitar la casa de Rubens.

Regresan a la cama. Ella prepara los pinceles y el cuaderno, él besa cariñosamente una de sus piernas antes de comenzar a dibujar.

—El tipo de anoche parecía un niño, aunque aseguró que era mayor de edad. Le pedí una credencial, algo que lo identificara, pero dijo que los papeles, el cinto y las agujetas los había retenido el belga en la barra. Un

montón de espinillas enrojecía su frente. Sus ojos irritados y su voz pastosa acompañaban el olor a hachís. Alto y flaco, escurrido. Me veía con descaro, con una mirada de acero, con desprecio. Hablaba un inglés confuso. Dijo que si yo estaba ahí, era por él, que había pagado por adelantado varias horas seguidas y mi obligación era cumplir sus órdenes. Sin más, me soltó el primer golpe.

Susana interrumpe el relato, presenta a Levent las huellas rojas de su rostro que mal cubría con el cabello.

—Pensé en llamar al policía, en oprimir el botón de seguridad que está a un lado del secreter, en gritarle al belga con frío... No hice nada.

—¿Por qué?

Levent indaga con sobreactuada sorpresa. Pregunta, pero es afectación lo que mueve a su pregunta, parte del papel que ambos deben interpretar. En el cuaderno bosqueja la espalda de una mujer, esboza un vestido largo y entallado, abierto de ambos costados de las piernas, los hombros descubiertos. Nada de botones ni de estorbosos cierres. El cabello rojo alrededor de las orejas deja expuesta la nuca. Cualquiera se embelesaría con la curva de esa nuca, con lo redondo de los hombros y el refinado trazo de los omóplatos; cualquiera querría sujetarla entre las manos. Con la boca hecha agua, combina tonos para pintar el vestido color borgoña.

Como cada noche, dispuso el escenario en la vitrina. Acomodó el vestido en el banco acolchado y, con avidez, paladeando el deleite de la próxima entrega, alisó la tela para evitar los pliegues innecesarios. ¿Quién sería el afortunado? ¿Quién palparía la firme promesa de las piernas y el escándalo de las caderas? Sin adornos, uno tras otro, al estilo de un panel japonés, colgó lienzos escarlatas, encarnados, carmesí.

—¿Por qué?

Levent insiste, deja de pintar. Revuelve los cajones del buró, saca una botella de alcohol y un frasco de toques de violeta. Recuesta a Susana, pone alcohol en las heridas, sopla encima de los rasguños. Como si cambiara de lienzo, tiñe de violeta cada uno de los moretones, respeta su forma original: retoca primero las irregularidades del contorno, rellena hacia el centro. El violeta oscuro contrasta con la blanca piel.

Con ardores y escalofríos, ella recibe los cuidados, el deseo de aliviarla, de recuperarse. Niña mimada y consentida, cuánto bien le haría tomar alguna de sus infusiones, una cobija con que arroparse. Así pasaría la mañana viendo películas, empalagándose con un paquete de trufas. Sí, para envidia de la muñeca negra, ella tiene a un hombre entre sus piernas.

Pero no es el momento, detiene el deseo que empieza a traicionarlos. Aún no es el momento. Contiene las manos, aprieta las piernas. Que Levent no entorpezca el relato con acciones apresuradas, con llamaradas que se extinguen en un parpadeo. “¿De qué pueden servir tus curaciones? Me agrada exhibirme ante tus ojos aceituna.”

—¿Por qué no hiciste nada?

—Pensé que te gustaría verme vestida con mi propia sangre —responde, con una débil sonrisa, fingiendo naturalidad—. El joven usaba unos Converse negros, un par de calcetines percutidos. Sus pies flacos y anémicos olían a vino añejo. Estaba harto de su familia, de vivir bajo el mismo techo de su madre, de contarle los distintos novios, según el clima o la época del año; estaba abrumado de escuchar sus gemidos, a pesar de la música y los audífonos puestos. En el secreter dejó los goteros de agrimonia y centáurea, y unas ramas de achicoria.

Levent cierra la botella de alcohol, guarda los toques de violeta. Cubre a Susana con la sábana y regresa a su cuaderno: alrededor del vestido borgoña sombrea una vitrina llena de humo, enfila un pincel hacia el trasero de ella y provoca un corte de energía, una primera chispa emana un calor que se convierte en fuego. Con el corazón que le bombea demasiada sangre, con la sangre que le inyecta nueva vida hacia el estómago, dibuja al joven de perfil, a un costado de Susana, ambos en medio de las llamas. Casi puede inhalar la hierba quemada, el hachís que mana del aliento del joven, las gotas de ginebra que escaldan la lengua de ella.

—Quise elegir una página del libro, pero el muy tonto lo lanzó furioso a la pared. Le ofrecí infusiones de té: unas gotas de haya removidas con acebo. ¿O las cambié por agrinomia y centáurea? Daba igual, el resultado hubiera sido el mismo.

Por unos segundos, Susana zozobra, la fuerza del recuerdo le empalma

una imagen tras otra: ella preparando tazas de té. Una ausencia se instaura en sus ojos: ella con el rostro golpeado. Mientras, el incendio que Levent dibuja devora el vestido, el libro, el secreter; tuesta el cabello de Isaura, derrite su rostro de porcelana.

—El joven manoseó tanto mis pechos que pensé que se me caerían, que se desprenderían de mí como un trofeo para su coraje. Chupó con tanta fuerza mis nalgas que creí perder la conciencia... Pero nada de eso pasó.

Susana bebió del vino añejo de los pies del joven, dio vuelta con la lengua para lamer la acidez de la planta, subió para debilitar la tensión entre el arco y el tobillo. A pesar de su soberbia, el joven estaba indefenso: se dejaba conducir por el hervor de una lengua y el maltrato de una saliva.

¿Qué otra cosa merece ella entonces? Hay que celebrar al joven, piensa Levent. Él también hubiera marcado el cuerpo con sus dientes. Ante su insolencia, una mayor insolencia. Que no venga ahora con estúpidas quejas de muñeca rota. No piensa salvarla. Por el contrario, quiere prender un cerillo cerca de los rubíes, que el ardor la obligue a brincar de un lado a otro sin saber qué hacer. Venera sus tobillos blancos, su pantorrilla abultada por el fuego.

—De un movimiento brusco, el joven me acostó sobre sus rodillas y comenzó a nalguearme. Pero yo no te desobedecí, créeme. Hice lo acordado.

Susana corre la sábana, abre los brazos y las piernas. Augura el próximo dolor: el peso de Levent.

—Creí que me pedías resistencia, y resistí. Creí que me pedías sabiduría y recité de memoria algunos fragmentos del libro: *¡oh, noblemente nacido!*, decía sin cesar. Al principio, mi boca temblaba, *nuestro cuerpo es una flama*, mi voz era tan baja que ni yo me escuchaba, *nuestro cuerpo arde*. Llena de palabras que brotaban de mí sin que pudiera detenerlas, poco a poco me sobrepuse. Mi voz aumentó de tono y una corriente cálida y reconfortante empezó a correr por mis venas. El coraje del joven fue cediendo hasta que derramó su semen en mi espalda.

Como bien labrado y firme cuerpo, ella resiste. Resiste mucho más de los castigos que Levent puede dibujar. Con cuánta dicha clamaría por unas cadenas, por una pipa alargada llena de brasas. Por debajo del vestido pinta

un rastro de luz ensangrentada, se abriga en esa luz: mitiga las ansias, aprieta los puños, estira el cuello. Respira.

Ceniza y polvo, restos.

—Entonces empecé a amarlo de verdad, con pasión y aturdimiento, como si fueras tú. Besé sus pies delgados y dolidos, conmovida por su alma dislocada. Desde el fondo, mi corazón seguía pronunciando las palabras del libro, y no permití que se marchara hasta que su llanto, en remolino, lavó mi sangre fresca.

4

Es por esto que aquel cuya alma sale por el beso se adhiere a otro espíritu, a un espíritu del que no se separa jamás; esta unión se llama beso.

JEAN CHEVALIER Y ALAIN GHEERBRANT

Levent encuentra la primera carta adentro de sus mocasines. Es apenas un trozo de papel doblado en cuatro partes, sellado con la silueta de unos labios rojos. La letra redonda, infantil, exageradamente grande. Los trazos débiles, sin fuerza para detener la pluma con los dedos o el papel en la mesa. Como todas las noches desde que dejó la casa de su madre para irse a vivir a su departamento (un sexto piso desde donde observa la Mezquita Azul), busca sus botas para dejarlas listas a un lado de la ropa que usará al día siguiente: la camisa blanca, el pantalón de lino.

Tira de su barba recortada en triángulo, observa el papel como a un bicho extraño que emerge de en medio de la nada. Tarda varios minutos antes de tocarlo. Con desconfianza, pasa los dedos por encima del beso rojo como si temiera contagiarse de alguna enfermedad. ¡Oh, noblemente nacido, es el momento de que vengas a nosotras! Somos una tierra sin labrar donde bien puedes sembrarnos.

¿Qué broma estúpida es esta? ¿Por qué a él? Desde hace mucho tiempo nadie escribe una carta a mano, menos un recado o un mensaje como este: sin firma, sin dirección, simple hoja de cuaderno, el rasguño de unas letras. Enojado, lanza el papel al bote de basura y se va a dormir.

Durante el día, en medio del tráfico y del ruido, se siente mareado, con la impresión de que alguien lo sigue. De puro sobresalto gira la cabeza hacia atrás para comprobar que las cosas continúan como antes: el trajín de siempre en la ciudad, los autobuses, las risas de los niños, el escaso tiempo para llegar a la oficina. Entonces comienza a desconfiar de las mujeres. De todas, sin excepción: de las muñecas, de las enanas, de las niñas, de las muchachas, de las gigantas, de su madre. Cuando cuenta alguna de sus leyendas, ellas se demoran de manera sospechosa, cuando camina por la calle voltean a verlo

con insistencia. ¿Qué quieren? Por precaución, mantiene su celular apagado por varios días.

¡Oh, noblemente nacido, es el momento de que vengas a nosotras! Nuestro cuerpo fluye ahora como una fuente de agua viva. La segunda carta la encuentra en sus mocasines. Negándose a tocarla, intenta convencerse de que no pasa nada. Se ducha rápido, sale a la calle sin afeitarse y sin desayunar y, en un impulso, regresa por la carta. Con ella en la mano, abre y cierra la puerta del auto antes de decidirse a entrar, como si temiera accionar un mecanismo que pusiera en peligro su vida. Durante el trayecto observa por el espejo retrovisor, cerciorándose de que ningún auto lo siga, se adentra en una calle y en otra y llega tarde al trabajo.

En la oficina, la chica de lentes detrás de la computadora lo apura a pasar por el grupo de latinos deseoso de conocer Estambul. Enciende el celular: no tiene llamadas perdidas ni mensajes, ni siquiera de su madre. Receloso, enciende y apaga el celular varias veces.

—Estás de suerte, otra vez no tendrás problema con el idioma —dice la chica de lentes en español, mientras registra en la computadora el horario de entrada de Levent, tal y como lo hace con cada uno de los guías.

Durante el recorrido intenta refugiarse en la rutina: explica el estilo arquitectónico de algunas mezquitas a las colombianas, prohíbe a la enfermera peruana tomar fotos a las mujeres turcas, e inventa algunos datos históricos para apaciguar las preguntas de los argentinos. Hacia el final de la tarde recupera la calma, se siente ridículo. ¿Qué daño pueden hacerle un par de cartas?

Cansado de caminar, termina el recorrido en una plaza cercana al obelisco egipcio, rodeado por más de quince rostros igual de agotados que él, pero aún atentos, esperanzados. Entonces cuenta un par de leyendas de sultanes que tanto gustan a los turistas. Con las palabras que empiezan a brotar desde el fondo de su estómago, olvida el cansancio y acelera la narración, el tono de voz:

—Señoras y señores, Estambul es un surtidor de magia, un fabricante de recuerdos... Ninguno de ustedes regresará a casa como antes. Cuando yo los conduzca por el embrujo de nuestras leyendas, ninguno volverá a ser el

mismo.

Con las cejas levantadas y las manos apuntando al cielo, actúa la furia del sultán. Y como un padre amoroso, dirige a los latinos por el sendero correcto: la joyería de un amigo, donde se vende el anillo del harén a un excelente precio.

—Es una joya singular, irresistible, ¿quién de ustedes puede negarlo?... No desperdicien la oportunidad de llevarse una réplica del anillo hasta su casa. Eventos como este no suceden todos los días.

Despliega los brazos a la altura del pecho, a lo largo, como si quisiera volar por arriba de los aplausos y las propinas. Permanece así durante varios segundos hasta que una sorpresiva punzada paraliza su corazón: unos ojos de muñeca lo observan. Enmarcados por las ojeras, por las cejas gruesas y arqueadas y las pestañas cargadas de rímel, esos ojos grandes y negros contienen las mil noches profundas de un secreto destinado para él... Y le sonrían. Y lo invitan. ¿Por qué no los vio antes?

Los brazos de Levent caen a los costados, busca detener al grupo que camina rumbo a la joyería, quiere retener a la ojos de muñeca, pero una fuerza que no corresponde a su propio cuerpo se lo impide: ya despidió al grupo y guardó las propinas en la cartera, ya deseó las buenas noches. Ni un gesto más, ni un movimiento. Aturdido, se sienta en una banca. Sin poder pensar, continúa ahí hasta que el tráfico y la gente no circulan por las calles.

¡Oh, noblemente nacido, es el momento de que vengas a nosotras! Nuestro cuerpo es una flama que arde llena de esperanza. Otra hoja de papel doblada en cuatro partes dentro de sus botas. Una vez más el sobresalto, la certeza: el impulso ardoroso de dibujar una muñeca. Si por algo llegó hasta ahí, con un espasmo de inquietud atorado en el estómago, todo adquiere sentido porque tiene ahora una oportunidad: retomar la pintura.

Trastornado por su idea, dibuja como siempre ha querido, como nunca más volverá a hacerlo. Rodeado de pinceles y de lienzos, inicia los primeros bocetos con débiles curvas y líneas. De ahí nacen multitud de piernas gordas que se agrandan, se estilizan, hasta que una sola ocupa la totalidad del lienzo. Luego redondea la curva de un hombro para obtener un brazo y la flexión de un codo que corre y termina en una mano. *¡Oh, noblemente nacido, es el*

momento de que vengas a nosotras! Somos el viento que remolnea en tus oídos, que acaricia tu nuca y se cuele por tu nariz.

Antes de salir del departamento revisa la correspondencia: recibos de luz y de agua, mensajes de agradecimiento, estados de cuenta. Sobre tras sobre, no encuentra ninguna otra carta. Llama por teléfono a la chica de lentes: no tiene tiempo de pasar a la oficina, se va directo al hotel. Un grupo de españoles, ansiosos de conocer Santa Sofía, lo espera en recepción. ¡Maldición! La chica de lentes no le advirtió del cambio de grupo. ¿Encontrará ahí a la ojos de muñeca?

Adelantado y confundido, con una cortesía innecesaria, permanece de pie en la entrada del autobús. Da la bienvenida a los turistas sin advertir que mezcla el inglés con el español:

—*Tomorrow, you will see* las joyas del sultán —sonríe a la chica del piercing y a su novio; inclina la espalda, respetuoso, mientras suben las cinco abuelas de Sevilla—. *Tomorrow, you will see* el esplendor y el brillo de esas joyas.

Durante la noche deja abiertas las cortinas de la ventana para observar las luces de la Mezquita Azul. Da vueltas y vueltas en la cama hasta que se levanta y en un cuaderno dibuja una frente estrecha, una amplia, unas cejas tupidas, unas ralas.

¡*Oh, noblemente nacido! Tenemos, vagamente, ganas de morir en ti.* Más que una última carta, las letras forman un mensaje que Levent traduce como una súplica: el epígrafe para una de sus leyendas. Por eso, cuando al día siguiente presenta el anillo del harén al grupo de españoles, apenas frota las manos y brotan de su boca una multitud de mentiras.

—El sultán no debía centrar su arrojo y voluntad en una única mujer, tal situación arriesgaría la sobrevivencia de su imperio. Pero, piénsenlo ustedes por unos segundos, ¿qué puede hacer un hombre ante el desarreglo de los sentidos? Cuando el sultán adornó la entropierna de la favorita con el diseño exclusivo de una mariposa, ideó una manera diferente de amar. Ni las odaliscas ni las concubinas ni las esposas, ni siquiera el ejercicio de la caza o el peligro de la guerra apaciguaban el hormigueo en sus pies. Ese hormigueo que la favorita le transmitía, que continuaba horas después y que le impedía

estar de pie por mucho tiempo, obligándolo a descalzarse en los lugares más inapropiados.

Levent se quita los mocasines, talla los pies en las baldosas del piso como si se rascara. Entre risas, los cuatro jóvenes madrileños lo imitan: se deshacen de los tenis o de las botas y se rascan los pies. Desvelado de tanto imaginar bocetos, Levent lleva varios días sin dormir. Duerme, sí, pero despierta con el cuerpo agotado, como si no hubiera dormido nada. Suspira fuerte: ¿a quién le importan sus leyendas? De mal humor, indica al grupo el camino de salida mientras se calza los zapatos.

Afuera del palacio, antes de cruzar la calle, detiene al grupo por unos segundos para permitir el paso de un carruaje negro. Con las riendas en una mano, el rubio conductor, vestido de frac y sombrero de copa, rasga el aire con una fusta larga. Y en un parpadeo, Levent encuentra a la ojos de muñeca. No lo piensa, no lo duda: al pasar a su lado, le susurra despacio al oído:

—Esta noche a las nueve en mi departamento —y apunta su dirección con un bolígrafo en la palma de ella.

—¡Uyyy! —exclaman los jóvenes entre sí, celebrando con una risa alegre.

Para asegurarse de que no está soñando, Levent sigue con la mirada a la ojos de muñeca hasta que se pierde entre la gente.

—¿Abu?... ¿Le cuento mi sueño?

Escondida entre su caperuza negra y el vestido blanco, Alondra se pierde con facilidad entre los muebles y la plática de las demás. El silencio le regala una cualidad especial: la hace presente. Y no es que sea tímida, si de algo Susy está segura es de eso. Hoy, por ejemplo, las muñecas se quedan mudas y heladas, temblando de miedo ante una lluvia repentina y tormentosa, y Alondra es la única en iniciar una plática improvisada: enumera las ventajas y desventajas del signo zodiacal del hombre cabra, y calma el miedo con una multitud de detalles.

Dice que no existe novio más caprichoso y egoísta que la cabra: le gusta ser el centro de atención, hablar de sus cosas por encima de los demás. Por eso hay que celebrarlo como un niño que necesita un premio para ser feliz. Se aburre con facilidad y siempre está ansioso, improvisa los más fabulosos sueños que luego destruye. Es fácil sorprenderlo con libros y pinturas, nada de chistes bobos. Para conservar su atención hay que fingirse la interesante, mentirle un poco. Eso lo hará sentirse bien y controlará sus cambios de humor: sus alegres y repentinas carcajadas, sus brotes de ira y de violencia.

Con la lluvia y el trueno como fondo musical, al escuchar las cualidades y la manera de pensar del hombre cabra, las muñecas se tranquilizan y empiezan a hablar ellas también. Al poco tiempo, la conversación se tuerce a otros temas.

Fernando es alto y guapo, huele a cigarro y a colonia de madera, tiene las

manos grandes y la mirada triste. Trabaja en una gran oficina llena de secretarias de falda corta y cabello planchado, mujeres maquilladas y perfumadas. Su escritorio es enorme: papeles y clips; en medio, una computadora de pantalla plana; a los lados, un teléfono para los clientes, otro para las llamadas de Milena.

Hoy vinimos a visitarlo.

Sin importarle la cara de *fuchi* de la secretaria, Milena abre la puerta que dice privado y se lanza sobre él, que enseguida se levanta y la recibe con los brazos abiertos y luego luego se dan muchos besos en la boca y en el cuello. A mí se me ponen colorados los cachetes nomás de verlos; así, tan pegados, como cuando el huevo se pega a la sartén y nadie, ni la Abu, puede despegarlo. Como no me hacen caso, aprovecho para sentarme en la silla ejecutiva y giro hacia la ventana. Total, los angelitos no tenemos espalda y ellos siguen con sus besos. Veo a la gente abajo, en la calle, como en una película muda.

—Pronto voy a poner también una foto tuya —dice Fernando sin soltar el abrazo.

Y giro otra vez. Entre la computadora y el teléfono hay una foto de Milena. Como siempre, está preciosa en su vestido de colores. Veo la foto y no sé cuál de las dos mujeres es más bonita: la de la foto o la que besa a Fernando.

Milena enseña a las muñecas a cantar boleros, a preparar brebajes para enamorar a un hombre, a escribir y a enviar cartas a través de sueños o de conjuros mágicos. Aunque Alondra afirma que aquello viene desde antes, desde los juegos de la abuela Julia.

—Después de desenredar el cabello de Milena y de bañarla en aceite de almendras, Julia jugaba con nosotras —Alondra trata de explicar cómo sucedieron las cosas—. Cuando Susy nació, Julia de inmediato adivinó cuál sería su don.

—¡Por favor! —exclama Isaura, incrédula.

—¿Cómo vamos a creer semejante tontería?

—Roxana se une a Isaura, sabe intimidar a Alondra con erguir bien el cuerpo o mover la falda de su vestido, lo ha hecho otras veces.

Pero Alondra está decidida a defenderse: aunque llore y le falte aire, aunque las palabras le corten la garganta, dirá lo que piensa. Envuelta en un par de pucheros ignora las muecas y los aspavientos de Natasha, el ruido excesivo con el que Roxana arrastra la silla para sentarse, ignora también las groserías que Isaura escribe en el pizarrón.

—La abuela Julia fue la primera en enseñarnos a preparar filtros amorosos y ella eligió nuestro oficio. Algunas nacieron para besar la espalda de un hombre, como Natasha. Otras para besar la nariz o las rodillas, como Roxana o Isaura. Y sólo yo nací para besar los pies.

Milena mueve las cacerolas y abre el refrigerador para preparar la comida: arroz y chiles rellenos, el platillo favorito de Fernando.

—La comida estará lista en veinte minutos. Tu papá no tarda en llegar. Ayúdame a poner la mesa, por favor —y digo que sí, pero la verdad es que no quiero acomodar los platos.

Antes de encerrarme en mi habitación, paso por la cocina por una jarra de agua. Milena platica con Fernando, tiene el teléfono entre el cuello y el hombro, rebana el queso. Encantadora y delicada, aunque él no pueda verla.

Susy se pregunta qué hace Alondra a un lado de la pedante Natasha, la loca de Roxana o la Isaura-falsa-poetisa; no es como ellas, no pelea ni discute con nadie, no fue hecha para eso. El silencio la protege como una gran cobija que nadie puede perforar, ni siquiera las estúpidas lágrimas.

Después de que en la reunión pasada fue la única en aplaudir el poema de Isaura y en estudiar los apuntes que dictó del libro, ahora Isaura la traiciona para unirse a Roxana y a Natasha. Justo para ayudarla un poco, Susy la invita a hablar:

—Alondra, ¿te gustaría compartírnos uno de tus cuentos?

Y entonces, érase una vez un sueño donde todo es un revoltijo.

O un cuento.

O un cuento que es un sueño.

O viceversa.

—Alondra linda, ¡pero qué labios tan grandes tienes! —insiste Susy.

Todo aquello es una pesadilla para...

—... para chuparlos mejor —responde Alondra.

Susy sale corriendo de la habitación para buscar a Milena.

—¿Dónde estás? Ya sé cuál muñeca será mi favorita... ¿Dónde estás?

Encuentra a Milena en la sala, sentada en las piernas de un hombre.

—¿Y Fernando? —con el rostro enrojecido, se detiene a mitad de la sala sin saber qué hacer. Con la voz empalagosa, sin inmutarse, Milena termina de cantar al oído del hombre, mientras sus caderas suben y bajan, lentas y rítmicas sobre su regazo. Con lentitud, se reacomoda la falda y abrocha los botones de la blusa.

—¿Qué dijiste, preciosa? —Milena se dirige a Susy, pero con la mirada le ordena que de una vez se calle la boca.

—Una muñeca se encuentra perdida en medio del bosque. Sentada en un tronco de árbol caído, envuelta en una dulce capa negra y un vestido blanco, se sabe vigilada por el hombre cabra: hasta su nariz llega el aroma a naranja de su cabeza. Mientras, se finge indefensa y se queja al viento: “¿Quién podrá venir por mí, aliviar mi pena, en este desolado bosque?”, gime la muñeca para provocar la curiosidad de la cabra. “¿Quién podrá aliviar mi sed?” El hombre cabra se acerca hasta ella y, bajando los cuernos, ofrece el aroma a naranja de su cabeza y lanza al aire las patas delanteras para invitarla a beber. Pero mientras la cabra cree que calma la sed de la muñeca... —y Alondra alarga las palabras para colocar un punto final—, ella planea cómo devorarlo.

Como los vientres de las mujeres embarazadas, Amberes es una promesa. Y en esa posibilidad, a través de la ondulada voz de la negra, Susana se encuentra plena: es una mujer afortunada, elegida para vivir el deseo de un hombre. “Porque aquí”, dice Levent al terminar de acomodar las cosas necesarias en la vitrina, “la única voluntad es la de los cuerpos”.

Con la piel tan clara, en continuo contacto con el aire y con la tierra, una resonante caja de emociones (un cascabel, una campana) se mueve dentro de Susana. Tintineando, de su cuerpo brota algo parecido al amor: unas mejillas más rosas, un brillo más intenso en la mirada. “O el egoísmo implícito en el deseo”, corrige Levent. Generoso, el cuerpo de Susana se transforma en un amasijo de manos que quieren tocar y ser tocadas.

—Mexicana, ¿estás ahí? Hoy llegó tu macho más temprano que de costumbre. ¿Qué se traen entre manos, eh? Cuando vi su barba en triángulo y sus ojos verdes me entraron unas ganas locas de probarlo, comerlo despacio, derretirlo entre mis piernas... Mmmm, delicioso sabor a tamarindo... ¿Me lo prestas?

Una sacudida invade a Susana, un azote de celos acalambra su corazón: Levent con otra. ¿Cómo se tragarían las piernas negras los movimientos de él, lo destinado a ella? “Hermosa, cada quien es responsable de su propio placer”, asegura Levent cada mañana.

De un impulso, Susana se levanta del banco acojinado. Increpa:

—¿Qué diablos te pasa? —cierra el libro de Milena de un golpe—. ¿Qué te traes, estúpida?

Camina de uno a otro lado, dispuesta a romper la pared de tabla roca para enfrentar a la negra habladora. Se muerde los labios, empuña las manos, agacha y alza la cabeza sin dejar de dar vueltas.

—¡Idiota! —grita.

Trata de calmarse, de amortiguar sus impulsos. Regresa al libro, pasa las páginas con coraje. Maltrata las hojas, lee en voz alta como cuando era niña. Repite el libro de manera innecesaria: lo sabe de memoria. Aun ahora, cuando prepara las infusiones, cuando mezcla las hierbas con las flores o filtra los granos y las ramas secas, escucha las voces y las eternas discusiones de las muñecas.

¿Y Levent?, ¿dónde está?, ¿por qué no dejó una muñeca? Sin instrucciones, sólo encuentra una caperuza negra y un antifaz de lechuza de plumas negras y grises. De manera involuntaria, lleva una mano a la entrepierna. No puede evitar un escalofrío hondo al tocar la nueva joya: una mariposa de esmeraldas.

—¿En qué estás pensando? —vocifera, aunque Levent no pueda oírla y la negra no entienda de qué habla.

Comienza a desvestirse: tira de los botones del suéter, se lastima un dedo cuando baja el cierre de la falda, desata el cabello del chongo.

—Tamarindo entre mis piernas.

Escucha la risa caliente de la negra, la burla, la provocación. Se encamina furiosa a la otra vitrina, pero una profunda carcajada de la negra la detiene:

—Calma, mexicana. Aquí las cosas funcionan de otra manera: lo tuyo es mío y lo mío es nuestro. Aquí las hembras sabemos compartir, yo te puedo prestar alguno de mis hombres si tú quieres. Mala hoja, ninguno, ¿eh?... ¿O te da miedo que tu turco después no quiera estar contigo? ¿Tan poco confías en ti?... Tan pimpolla y tan burra... Tan engalanada para esta noche: ¿liguero y medias?, ¿joyas de qué color?... Me singo a tu madre, mexicana, ¿se te olvidó cómo gozaste anoche? Y tu turco no andaba por aquí.

La culpa la tiene Milena. Orgullosa, presumía que cuando Fernando no estaba, Susana dormía con ella. Su mayor temor era morir en medio de un sueño, sin que nadie acudiera a auxiliarla. ¿Por qué no la dejó morir entonces?

—*Animal print*, mexicana, ponte el sostén *animal print* con encaje negro —gime la negra desde el otro lado, llena del calor de su isla.

La culpa la tiene Levent. Por eso, cuando duerme, cuando cree que ha

terminado el recuento de la noche, se desliza entre sus pestañas y pupilas, se encaja en su cerebro y habla de la hermosura de las muñecas: de las piernas de arena de Natasha, de la lengua de agua de Roxana, del cabello de fuego de Isaura.

—Al principio duele, ¿verdad? Pero cuando te aflojas viene la recompensa... ¡Uf! De recordar mi última vez se me vuelve la piel de gallina, se me enchina el alma... Tú, mexicana, trabajando tus dos agujeros a un mismo tiempo... Qué rico... Y no parabas de quejarte, loca... En un momento creí que los caballeros te estaban matando de tanto placer que te embetunaban. Pero tú no tocaste la alarma y yo respeté tu silencio como buena compañera y vecina. Aunque la italiana se espantó y fue a buscarme, a preguntarme si debíamos hacer algo. Las descoloridas no aguantan nada... Nos preocupamos por ti, mexicana bruta, estás tan nueva, tan recién llegada, que cualquier cosa puede pasarte. Pero tú aguantaste como una reina... Ah, qué gusto que te diste. La italiana y yo no podíamos más que envidiarte. Aguantaste toda la hora como una reina gritona y desgajada. Estoy segura de que no sabías dónde estaba el techo ni dónde quedaba el piso.

Susana rumia, olisquea las palabras de la negra. Sí, la culpa es de Levent: su manía de pintarla, de volverla diferente. Una mañana la dibuja como Natasha encima de un columpio o de tanto ejercicio le tiñe las mejillas para ser como Roxana. “Siempre eres la misma”, él trata de reconfortarla cuando ella mira su rostro en el espejo por demasiado tiempo. “No conozco mi rostro cuando estoy dormida”, ella responde, y él le regala una acuarela de su rostro que pinta cuando está dormida. “¿Quién es?”, pregunta asombrada, sin poder reconocerse. “Eres mía, mi Susana”, responde él.

—Mexicana deliciosa, porque me caes bien, voy a recordártelo: antes tienes que dilatarte, tú sabrás con qué. Después será más fácil: dolerá menos, disfrutarás más. Luego ajustarás tus movimientos a los movimientos de los caballeros: uno entra, otro sale. Con algo de práctica aprenderás a soportar el ritmo: los dos adentro, los dos afuera.

Ya no puede controlarse: Susana sale de su vitrina, empuja la puerta de lado y entra en la vitrina de la negra. Como si sostuviera el universo con las rodillas y las palmas de las manos en el piso, un hombre gordo y velludo,

acalorado, arremete a la negra por atrás. El gordo mira, hipnotizado, el avanzar de una mariposa verde engarzada en la entrepierna de un cuerpo blanco, igual de desnudo que el cuerpo negro que tortura.

Susana estira un mechón de cabello crespo. Alza el rostro de la negra, abatido por el gozo. La besa en la boca, sincroniza sus labios con los movimientos del gordo. Succiona y mordisquea los labios de la negra hasta que el gordo termina y una repentina arcada de asco la obliga a correr al baño.

—*Come stai?* —con discretos toques en la puerta, la italiana interroga.

Susana no puede controlar el movimiento del espejo ni del lavabo, el sanitario le da vueltas.

—*Bene, bene.*

No hay de qué preocuparse, algo de lo que comió le cayó pesado. O quizá fue la ginebra. Tira de la cadena del baño: deja que el agua se lleve los restos de chocolate y de ginebra.

De la Casa Grande número dos a la casa número diez hay una distancia de tres cuadras, una escuela primaria, una papelería y seis casas. Para Susana, esa distancia mide la diferencia entre un “sí, te quiero” y un “no”.

Historia de Cuatro, Cinco, Seis, Siete y Ocho

Como si fuera el color ámbar de un semáforo, en tercero de secundaria Susana se enamora y desenamora de Cuatro de manera intermitente: tres veces por semana y durante una hora, cada vez que el sorcho que envían del cuartel militar entrena a los de la escolta del pentatlón, donde ella es la abanderada. Cinco es guapo hasta la monotonía: pasan horas besándose en la calle, en cualquier esquina, en cualquier banqueteta, con el sol en la cara y la gente alrededor.

De Seis (el beisbolista de los Sultanes de Monterrey que está de paso en el pueblo) no se enamora, tampoco de Siete ni de Ocho. Y unos meses después no escucha campanas, sino el estallido de un gong; no siente mariposas en el estómago, sino el zumbido de mil abejas picoteando su boca: es el primer beso de Marco Antonio debajo del pirul.

De la Casa Grande número dos a la casa número diez, Susana camina tres cuadras de lunes a viernes a las siete y media de la mañana. Después de tomar uno de los energéticos licuados de la abuela (plátano, Cerelac, huevo, chocomilk y leche), sale de la Casa Grande, Porfirio Díaz número 2, y saluda

a las señoras que riegan las plantas o barren la banquetta hasta la mitad de la calle.

—Buenos días, doña Chole.

—Buenos días, ¿cómo amaneció doña Julia?

—Buenos días, doña Lupe.

—¿Cuándo vas a dejar de crecer, muchacha? Eres el vivo retrato de tu madre.

Ocho cuadras más adelante, la Porfirio Díaz cambia de nombre. La calle es la misma, pero un gobernante quiso modernizar al pueblo. Así que al final de la casa número veinte, la Porfirio Díaz reinicia su numeración con el nombre de Lázaro Cárdenas.

Para entonces, Susana está acostumbrada a decir que no tiene padres, que ambos murieron en un accidente, y en cualquier papel donde tiene que escribir su nombre sólo deja la inicial y el punto de su primer apellido.

Historia de Nueve

¡Canasta! Tecate light, diez. Marcador: diez a favor de Susana, cero Milena y Fernando.

Desde la cama, Susana frunce el ceño, centra su mejor tiro de basquetbolista a la derecha y lanza la siguiente lata de cerveza al bote de basura; el bote se mueve de un lado a otro y regresa a su sitio, punto limpio y certero. Con los brazos levantados, agradece los aplausos a un público imaginario y abre otra Tecate light. Toma el salero del buró y uno de los limones que están partidos a la mitad, regados encima de la colcha. La Aidé y la Conchi se fueron a pasear con sus novios, y Estela convenció a la abuela Julia de ir a visitar a doña Chole.

Susana recuerda aquella tarde, cuando Milena llevaba puesto un suéter verde laurel en forma de vestido que le llegaba a mitad de los muslos. Esa vez, Fernando ni siquiera tomó la cerveza que Milena le ofrecía y se fue empujándola con besos en la boca hasta encerrarse en la recámara.

¡Tecate light once! Canasta con rebote en la pared. Marca por enésima vez al celular de Nueve. Por enésima vez el celular la manda a buzón. Nueve es el hijo de don Jorge, el dueño de Confecciones Victoria, la tienda que vende y repara artículos de cuero. Hace una semana, Nueve le preguntó si quería ser su novia y ella, siguiendo las recomendaciones de la Conchi y de la Aidé, volteando hacia otro lado para hacerse la interesante, respondió que tenía que pensarlo.

“Las mujeres no debemos decir que sí a las primeras de cambio. Debes darte a desear, hacerlo esperar unos días para que tenga más ganas.” Pero Nueve no volvió a llamar y la que moría de ganas era Susana.

Tecate light... Buscará a Nueve... Canasta con efecto de fantasía que mancha la pared. Es buenísima, ¿por qué no se ha inscrito al equipo de basquet? Carga los botes de cerveza como si llevara un bebé. Tambaleando, agarra las llaves del Dart de la abuela. Después de sofocar dos veces el motor, maneja hasta la casa de Nueve. Antes de tocar el timbre da un último trago a la cerveza y baja, mareada y sonriente, llena de vida. “Y él saldrá y yo le plantaré un beso que lo dejará temblando.” Pasa las manos por su cabello y se reacomoda el suéter vestido verde laurel. Toca el timbre tres veces y nadie responde. Intenta marcar nuevamente al celular de Nueve, pero sus dedos se vuelven gordos y torpes, entumidos, no encuentra el número.

Por unos segundos se sienta en la cajuela del Dart y mira con detenimiento la casa de Nueve: es una casa vieja, de dos pisos, los balcones dan a un jardín lleno de rosas, un pasillo al centro une la oxidada reja de fierro con la puerta de entrada, una puerta antigua, de madera. Con facilidad podría usar la herrería como escalera y saltar hacia el jardín.

Gira a la derecha y a la izquierda: es de noche, la calle está sola. Y como si practicara rapel sin soga y sin arnés, de un decidido impulso, trepa por el barandal como una experta. Para esquivar las flechas de fierro que están en lo alto de la reja, pasa con cuidado una pierna y después la otra. Todo va bien hasta que decide ahorrar tiempo y bajar al jardín con su mejor salto de basquetbolista. Y brinca, sí, pero el suéter se atora en las puntas de la flecha y la deja colgada por los hombros, suspendida en lo alto, como muñeca de trapo, con las piernas y los brazos balanceando. Su risa rompe la serenidad de

la noche.

“¿Y cómo voy a bajar de aquí?... Bonito barandal, ¿quieres soltarme?”, y su petición se transforma en una orden: las flechas comienzan a chirriar y a ceder ante su peso. El hierro se dobla y desgarrar el suéter por la espalda. Susana se desliza por el barandal hasta que, a mitad del descenso, el suéter se rompe y una fuerza la empuja hacia el jardín, cae en medio de los rosales y las aves del paraíso.

Ríe más fuerte, lo absurdo de la situación le saca lágrimas. Cuando por fin se levanta, se soba la cadera para aliviar el dolor del golpe y se quita un par de espinas enterradas en las palmas de las manos. Entre risas y quejidos, cojea por el pasillo que conduce a la puerta de madera, toca con los nudillos.

“¡Que no hay nadie! ¿Qué parte de ‘no hay nadie’ no entiendes?”, un Pepe Grillo borracho, como una luz blanca muy en el fondo de su conciencia, le avisa que le urge ir al baño, tiene que orinar. “No quiero, no quiero hacer en el jardín. Pepe Grillo, ¿por qué llegas tan tarde?” Apurando su cojera regresa por el pasillo y, sin detenerse, jala la manija de seguridad de la reja: ¡todo ese tiempo la puerta estuvo abierta!, suelta otra animada carcajada y, apretando las piernas para no orinarse, toca el timbre de la casa de junto.

—¿Me dejas pasar a tu baño? —pregunta alegre al joven de cabello negro que abre la puerta. Él mira con curiosidad a una chica con el suéter roto y el cabello revuelto, lleno de tierra y de hojas secas, tiene el rostro rasguñado y un brillo extraño en los ojos. Entre trozo y trozo del tejido, se asoma el encaje blanco del brasier.

Cuando ella se tuerce y se lleva las manos al estómago, como si fueran la presa que contiene el fluir de un río, él la deja pasar.

—El baño está debajo de la escalera.

Y esa noche Susana bautiza a Diez: el joven de cabello negro.

Con los años, Susana ha inventado multitud de respuestas para entender la ausencia de Fernando: el amor de sus padres vive aún atrapado en un cuento de hadas, ¿cómo iba a hacerse cargo de una niña? Él dejó el trabajo en la oficina, se cambió el nombre a Alberto y se fue a vivir a otro país, ¿cómo iba

a llevarla?

Lo cierto es que Fernando es un bruto, un animal salvaje o una piedra sin pulir, como dice la abuela, y nadie le puede reclamar a una piedra su ignorancia, o acaso la abuela. Una calurosa noche de junio, ella recibe las patadas y el puño cerrado del borracho de Fernando sin poder defenderse. Con los ojos rojos y la camisa manchada de sudor en las axilas, él reclama: “No estás cuidando bien a Susana, la hermana de Socorro la vio manoseándose en el jardín con un muchacho”.

Una Susana culpable se estira el cabello, enfrenta a Fernando, le grita que se largue, que las deje en paz, que por primera vez haga una cosa buena en su vida, pero él la aparta de un empujón. Angustiada, Susana se arrodilla para suplicar a Dios que se lleve a Fernando, que deje de golpear a la abuela, pero un nudo espantoso en la garganta le arroja un hervidero de lágrimas: no sabe rezar, nunca ha ido a misa.

Chillando de dolor al ver a la abuela ovillada en el piso, con el rostro oculto entre las rodillas y los brazos, toma aire y comienza a cantar un bolero de Milena: *¿Dónde estás, corazón? No oigo tu palpitar*. Desentonada y con la voz temblorosa, acaricia a Fernando con sus palabras, pretende amansarlo, envolverlo en su sentir más cálido. *Es tan grande el dolor que no puedo llorar*.

Y sí, Fernando deja de golpear. Con los ojos irritados, mira a Susana sin poder reconocerla, mira luego a la abuela como cuando un niño descubre por primera vez su propia mierda en el excusado. *Yo quisiera llorar y no tengo más llanto*. Como si un fuego lo quemara desde adentro, Fernando se arranca las botas de un tirón, estira los calcetines. Siente que sus pies no son suyos, no le pertenecen, le estorban, no son la prolongación natural de su cuerpo. De alguna manera, tiene que arrancarse los pies, los besos de Milena, huir. *La quería yo tanto y se fue*. Se golpea el pecho con los puños, brama los seis años de ausencia de su amor y abre la puerta *para nunca volver*, como un animal herido que se pierde en la noche, en los serenos y callados eucaliptos.

De lunes a viernes, a las siete y media de la mañana, Fernando espera

afuera de la casa Porfirio Díaz número 10. Adentro está su nueva familia: su mujer y sus dos hijos. De lunes a viernes, desde que inicia la banqueta de la escuela primaria, Susana controla su respiración: inhala hondo, retiene el aire, infla el estómago, exhala despacio. Al pasar la papelería levanta la cabeza, despliega la espalda y la nuca muy a lo alto, apuntando al cielo. Cruza la esquina, y aunque su cuerpo se desmorona como un mazapán recién desenvuelto, pasa a un lado de Fernando sin voltear a verlo.

Sería tan fácil caminar por otras calles, doblar en la primera esquina de la Porfirio Díaz y pasar por la Conchi directo de la Esteban S. Castorena. Sería tan fácil cambiar de banqueta, no respirar el aliento de Fernando, no mirarlo de reojo. Sería tan fácil, por lo menos, enfrentarlo con una pregunta:

—Papá, ¿por qué no me quieres?

Es una mañana más en el departamento. Levent tiene los ojos cerrados, respira en pausas. Parece que duerme, que no escucha. Pero no duerme, no todavía. Es imposible dormir cuando Susana se acerca tanto que sus piernas tiemblan contra las de él. Ella está encima, lo arrulla. Él se embriaga en el aire que escapa de la boca al final de las palabras, se deja oprimir por la asfixia de los pechos en contra de su torso.

Ante su silencio, Susana siente que él no entiende las cosas que ella cuenta: iba caminando en la noche y la luna la besó. Quiere reprocharle, ¿por qué no estaba ahí? Pero él siempre está con ella. Besada por la luna, en tan poco y sorprendente tiempo, besa ahora los labios de Levent, los labios que no se mueven, y habla sin interrupciones:

—Amanecí con los senos duros, como si estuvieran llenos de leche. Anoche parí la conclusión de nuestra historia: ni un hombre más, ningún otro hace falta. Sí, fue así, tal y como te lo digo: algo en mi cuerpo cambió para siempre. Te digo que no lo sé. Al principio no lo identifiqué con exactitud, sólo me dejé arrastrar por las sensaciones. ¿Qué otra cosa podía hacer? Cuando cayó la tarde, al salir del departamento y cerrar la puerta con llave, noté que algo iba a desencadenarse. Algo en el aire, algo en el ambiente era distinto. Como una tibia bofetada en mi mejilla o una suave llamada de atención, recibí de frente un aliento entrecortado. El viento aparecía y desaparecía, envolviendo mis tobillos y rodillas para esfumarse y volver, levantaba mi falda por arriba de los muslos o despeinaba mi cabello. El cielo abiertamente despejado era un desafiante mapa de constelaciones y estrellas. Era necesario abrazar ese cielo. Alguien tenía que hacerlo. Ni una sola nube enturbiaba el titilar de las estrellas. ¿Te das cuenta? No podrás contradecirme, eso no era normal. Me detuve a contemplar lo redondo y luminoso de la luna.

Ahí me quedé por varios minutos sin saber qué hacer ni a dónde ir. No sé cómo ni por qué sentí que me unía a esa luna, algo me jalaba hacia ella. Si tuviera que explicarlo diría que esa noche la luna me besó: sujetó mi cintura con sus brazos blancos y con sus manos frías, con sus labios fríos, me besó. Tú lo dirás: quizá fue el viento, una sensación dudosa ocasionada por tanto té de manzana y ginebra. No fue así. Los rayos de luna resbalaban por mi rostro, las estrellas parpadeantes. El viento susurraba, me advertía. ¿Algo de Julia? No puedo asegurarlo. Lo cierto es que esa noche se fue la luz en la ciudad y la gente se refugió en casa más temprano que de costumbre. Las calles desiertas. Aunque no hizo falta la luz de las farolas, con la luna era suficiente. Llegué hasta el puerto con el crujir de los grillos anunciando una próxima tormenta. Era ilógico: a pesar del cielo despejado, advertí una ligera humedad en el ambiente. Mi cuerpo satisfecho, por sí solo, se abrió camino entre la penumbra de las calles con la luz de la luna en la banqueta. Algo quería decirme el viento. Prevenirme, tal vez. Cuando entré a la vitrina alerté los oídos y la mirada. Todo continuaba en su sitio: el secreter, el libro, el agua de la llave, las otras mujeres detrás de su vitrina, iluminadas por la luz de las velas o de los celulares. Por alguna razón no dejaste a una muñeca y fue como quedarme sin espejo, sin pauta para seguirte. Me deshice de la falda y del suéter y me envolví en la caperuza negra que dejaste en el banco. Por enfrente, la capa se abría demasiado, dejaba al descubierto la mariposa de esmeraldas. Por atrás, la capa era larga, ridícula, la arrastraba al caminar. La capucha me cubría casi toda la cara. Encima del secreter un antifaz de lechuga de plumas negras y grises. Vestida así, me senté a esperar, iluminada también por una vela. De cuando en cuando alzaba la vista para observar el círculo de la luna llena que vino a instalarse junto a mí, al otro lado de la ventana, por encima del techo de los cuartos de enfrente. Ningún hombre entró a la vitrina: me observaban de reojo, agachaban la cabeza y continuaban su camino con las manos en las bolsas del pantalón. Con su voz de mujer, la luna me sugirió que no leyera mi libro y yo seguí sus órdenes, perseguí mis instintos durante no sé cuántos minutos u horas. El tiempo se volvió eterno y pegajoso, como si las manecillas del reloj se oprimieran unas contra otras y no desearan moverse. Mi cabeza se inclinó y me quedé dormida, pero una de

las plumas del antifaz cosquilleó mi frente y abrí los ojos. Entonces me vi: era yo la que estaba parada al otro lado de la vitrina o era Alondra que se había apoderado de mi cuerpo. Primero creí que era mi reflejo, que una mala jugada de la luna transformaba el cristal en un espejo. Pronto me di cuenta de mi error: Alondra llevaba puesta la falda y el suéter que me había quitado al llegar. Despacio me levanté del banco, consciente de que me mostraba sin pudor a través de la caperuza abierta, y de que el asombro y la vergüenza de mi rostro se escondían entre las plumas. Paso a paso me deslicé hasta la vitrina y me detuve frente a Alondra, ante mí. Al verla, sentí que me veía a mí misma: las dos igual de altas, las cejas arqueadas y pobladas, los ojos negros y dilatados. ¿Qué hacía yo ahí a esas horas? ¿Por qué no estaba con la abuela? Quise abrazarme, tomarme entre las manos. Apoyé mis dedos en el cristal y Alondra apoyó los suyos. Recargué la palma de mi otra mano y ella recargó la suya. Tocándonos, como si una sutil armonía nos sincronizara, aplasté mi cuerpo contra el cristal. Su frío contacto erizó mi piel. Del otro lado, Alondra hizo lo mismo. Empecé a besarla, con los labios húmedos y la boca abierta. Pegada a la vitrina, moví mi lengua, di vueltas en redondo para acariciar mis dientes y encías. Yo me besaba mientras Alondra imitaba con una imposible precisión cada uno de mis movimientos. No pude evitarlo: me entregué a esa caricia. Minutos después, sin soltarme, entreabrí los ojos y distinguí cómo me observaban algunos hombres curiosos. Estaba sola, pegada al vidrio, Alondra se había marchado. A lo lejos, me pareció escuchar la risa del viento. En un instante, el cielo se atestó de nubes y la luna se partió en cientos de luciérnagas que se estrellaron contra el piso. Comenzó a llover.

Y puede convertirse ese estado de sueño en una práctica del estado intermedio, preparándose para reconocerse soñando cuando se sueña [...]. Si se puede estar autoconsciente en un estado de sueño mediante la práctica del soñar lúcidamente, hay muchas posibilidades de reconocer la situación en la que se está en el estado intermedio tras la muerte.

El libro tibetano de los muertos

Para la visita a Santa Sofía, la enfermera peruana revisa su maquillaje en la aplicación espejo del celular, la mamá y las dos hijas colombianas llegan puntuales, la pareja de argentinos habla y se queja del clima y de la comida. Mientras, Levent se esfuerza en contener al grupo, en explicar los escudos escritos en árabe o los candelabros atestados de velas. Santa Sofía está repleta de turistas divididos en grupos: los de Michelle, los de Giovanni, los de Levent.

Las cúpulas inmensas y los cientos de ventanas, la luz que ilumina el interior del templo, provocan en Susana un sentimiento de orfandad que la obliga a apartarse. Busca abrigo en las paredes altas y las columnas doradas y, como si tuviera frío, se abraza a sí misma. Tiene ganas de rezar por Milena, de lanzar palabras al aire y de escribir una súplica en las paredes. Un Dios te salve por Milena muerta. ¿Cómo estará la abuela?

Sale de Santa Sofía sin llamar la atención de Levent. Camina varias cuadras hasta llegar al Palacio de Topkapi. Compra una pashmina negra y dorada en uno de los puestos que están afuera del palacio. En un impulso, compra más de diez pashminas de distintos colores, formas y adornos. De su bolsa extrae un espejo de mano y, con un delineador negro, traza una línea gruesa por el borde de las pestañas, arriba y abajo.

Al entrar al Palacio toma unos audífonos con calcomanía de la bandera de España y recorre jardines y salas. Desde la orilla de una fuente asoma la cabeza para observarse: los ojos negros, redondos y abiertos, fijos, la palidez de su rostro enmarcado por la pashmina negra, el violeta oscuro de las ojeras. Anda por varias salas hasta que una caja de cristal atrapa su atención: encima de un tapete negro de terciopelo se exhibe el anillo del harén. Sin darse cuenta, se coloca los audífonos del audioguía y da *play* a la leyenda del

sultán, la leyenda que con otras palabras vivirá con Levent.

Después de tres horas de andar por las salas, y con el eco de la leyenda en el cerebro, las sandalias le lastiman. Lo mejor es marcharse. Afuera, un carruaje negro arrastrado por dos caballos blancos le impide cruzar la calle. Y como si estuviera en el cine y pudiera verlo todo cuadro por cuadro, con cámara lenta, observa las herraduras plateadas de los caballos contra la loza del pavimento, y a un rubio conductor vestido de frac y sombrero de copa ondeando una fusta larga en el aire.

Parpadea.

Los caballos, el conductor, el carruaje, le corren una cortina: alto, sin detenerse en el movimiento ni en el ruido de alrededor, Levent atraviesa la calle para entrar al palacio con un grupo de españoles. Al cruzarse con ella, Levent se aparta del grupo y le susurra al oído:

—A las nueve en mi departamento —y pronuncia un par de palabras turcas mientras escribe una dirección en la palma de Susana.

Esa noche, él se deshace por primera vez de los zapatos y lo demás es tumulto en la cabeza de Susana: las enseñanzas de Milena, el parloteo de las muñecas, el libro. Apresurados, tal vez expertos, los pies se deslizan por la alfombra trazando una promesa a la que ella no tiene más opción que rendirse. Y no hay un solo hueco ni una sola curva, ni el más minúsculo pliegue que su memoria no grabe de esos pies: grandes y fuertes, con los dedos lisos y las uñas rosadas, cuadradas y disparejas.

La habitación de Levent, el sillón café, la maleta abierta, los espejos, quedan rezagados como una sombra que adquiere relevancia gracias a esos pies. Como si de antemano se supiera perdida, Susana ruega por refugiarse en la falda de la abuela. Ruega pero se mantiene ahí. Acaso contiene la respiración por unos segundos y se convierte en naranja o piña fresca, en jugo de durazno o en almíbar de manzana, lista para el cuchillo.

Él, completamente vestido, sentado en la orilla de la cama, con la camisa blanca arremangada hasta los codos y el arrugado pantalón de lino. Ella, completamente vestida, arrodillada en la alfombra. Lleva una blusa blanca de hombros descubiertos y una falda a juego. Un collar de ámbar cae sobre su pecho.

Susana acerca sus manos a los pies, aproxima la boca. Tiene miedo de enturbiar el sueño al que él parece abandonado, pero un impulso la empuja, obligándola a tocarlo con los labios, a beberse el miedo de un golpe. Primero, el sabor desconocido la aleja, pero pronto se acostumbra y comienza a besarlos como si los pies fueran el inicio de otra boca. Besos tibios a lo largo del empeine y en lo ancho de la planta.

Con dilación, saturada de pausas, de idas y venidas, de regodeos, como si escalara la más empinada cuesta, como si no quisiera llegar hasta ahí y tuviera que desandar varias veces el camino. Barre los dedos con la lengua, traza círculos y elipses, ochos e infinitos, entregada por horas al oscuro delirio de besar unos pies. La lengua entre los dientes, arriba y abajo, los labios saboreando con delicia el ánimo de Levent. El aliento en el arco. La saliva en el talón.

Y el talón. Y el arco.

Esa noche, por primera vez, construye un altar donde contiene a un hombre hasta que el sol empuja la puerta y la ventana.

—Para los que quieran tomar el viaje en globo, paso al lobby a las cuatro y media de la mañana —dice Levent horas después.

Y ahí está Susana, esperando en un sillón con la pierna cruzada. El vestido azul le llega justo arriba de las rodillas. Son las cuatro quince de la mañana y tiene el cabello suelto y húmedo, recién lavado. Da un trago a una taza de café y, de entre varias revistas, toma el único libro que está en la mesa. “Juntas dos cosas que no se habían juntado antes. Y el mundo cambia. La gente quizá no lo advierta en el momento, pero no importa. El mundo ha cambiado.”

Sí, su mundo cambió cuando Levent extrajo de su maleta pinceles, pinzas y pegamento, un frasco con pequeños diamantes, otro con rubíes y esmeraldas, otro con zafiros. Hincado ante sus piernas abiertas, trabajó con precisión de artista: “¿Así que quieres jugar?”, indagó él. “Sí”, respondió ella con la voz quebrada de emoción. “Entonces, no te muevas”, y sin hacer caso a los gemidos ni a la respiración entrecortada, inmovilizó la cadera con una

mano y, con la mano libre, transformó la entrepierna en un lienzo donde hizo el primer diseño: una mariposa de oro.

Susana se muerde los labios al recordar lo hondo que paladeó aquellos suspiros. Con la pierna cruzada y el libro en la mano, revive las involuntarias reacciones de su cuerpo: sobre todo el calor, su tremendo esfuerzo por mantenerse quieta y no echarlo a perder. “¿Te gusta? A mí me gusta”, Levent la condujo hasta el espejo para admirar su obra y, sin esperar respuesta, concluyó: “Eres mía”.

Faltan diez minutos para las cuatro. Susana aún podría maquillarse, pero no lo hace, su perfume es la crema de almendras que untó después del baño. Aguarda paciente, tiene tiempo para esperarlo. “Juntas dos cosas que no se habían juntado antes”, vuelve a leer. Será el paseo perfecto. Después de esperar durante horas el baile giratorio de los derviches y del enorme kebab que tomaron como cena, nadie del grupo se levantará temprano. Además, el viaje en globo es opcional y tiene un costo extra.

Tal vez por eso Levent se despidió del grupo desde anoche. Un aire alegre y delicioso emanó de su sonrisa ancha, de sus palmas unidas, de su ligera inclinación de la espalda, un aire de humildad que no le correspondía. La enfermera anotó su dirección en una libreta y prometió enviarle una reproducción de Machu Picchu. Los argentinos depositaron euros en un sobre cerrado que le entregaron como propina, y la mayor de las colombianas registró el número de Levent en un iPad.

El sonido de un claxon saca a Susana de sus pensamientos. Levent estaciona un jeep en la entrada del hotel. Baja, deja el motor encendido. Viste una camisa blanca desfajada con los primeros botones abiertos y un pantalón de mezclilla. Camina hacia el lobby con una mirada arrogante, burlona. Susana de inmediato se sofoca cuando respira el aroma de su piel tan fresca: este hombre huele a madera, a bosque encantado, a lobo venenoso.

¿Por qué los hombres nunca tienen frío?, piensa cuando sujeta su mano tibia para subir al jeep.

—Buen día, preciosa, voy a presentarte a un amigo —dice él como saludo.

Con los faros encendidos, entre montañas oscuras, recorren en silencio

varios kilómetros de un camino accidentado y polvoso. Y al pasar un último vado, se despliega la maravilla ante sus ojos: un globo aerostático con franjas de distintos colores. Un hombre corpulento, tosco y áspero, de playera negra de algodón, abre la válvula del quemador. El fuego se desborda como un pulmón que exhala un aire caprichoso, que engrosa y distiende los colores de la malla hasta formar la envoltura de un globo que se eleva al cielo.

Y amanece.

Juntas dos cosas: un vestido azul y unos zapatos, por ejemplo.

Juntas tres cosas: dos hombres y una mujer, por ejemplo.

Y el mundo cambia.

Susana trepa a la canastilla.

—¿Tienes miedo? —pregunta Levent cuando le hace un espacio a un lado del hombre de playera negra.

—Nunca —responde.

—Deberías.

Los hombres intercambian palabras en turco y ríen con una risa bronca. El hombre de playera negra suelta el cordaje y abajo quedan las montañas de Turquía, la Mezquita Azul. Arriba, algo como el amor o el deseo, o el entumecer del viento fresco en las mejillas, nubla los ojos de Susana.

Levent la toma de la cintura, la empuja con suavidad hasta acomodarla en una esquina. Acaricia su cabeza, *evet*, huele su cabello, *üzgünümle*, regala palabras a su oído, *böylece*, inclina su espalda y alza el vestido por atrás, enmarca las nalgas con la tela alrededor de la cintura, truena los dedos.

Susana escucha cuando los hombres destapan una botella de vino. Luego siente unas manos ásperas que la cogen por la cadera y grita cuando el impulso de una carne tibia y bruta se abre camino.

—Bésame —suplica a Levent. Gira la cabeza para buscarlo, pero unas manos la detienen por el cuello, la empujan. La orilla de la canastilla se encaja en su vientre, el cabello cae lado a lado de la cara. Con los ojos perdidos en el correr del Mármara, vuelve a gritar cuando el hombre comienza a moverse: dos puños y medio de carne quieren partirla como si fuera la réplica de Estambul dividida por el Bósforo.

Susana se sujeta a la orilla de la canasta para mantener el equilibrio.

Juntas dos cosas: un temblor y un grito.

Con el atardecer, me iré de aquí, me iré sin ti.

—¿Desde cuándo está enferma? —el doctor Oliverio se mece la barbilla, pregunta a Estela mientras saca de su maletín el estetoscopio. A pesar de la barriga y la calva, es el médico más joven del pueblo. Llegó hace cuatro años a hacer su internado y nunca más volvió a partir. Vive a un lado de la Casa Grande.

—Desde que se fue Susana empezó a hacer cosas raras, doctor. Tengo que rogarle para que coma y casi no habla, y eso sí que es muy extraño, ya ve usted cómo era de platicadora y de malhablada, agarraba hilo y no había quién la parara —Estela se seca las manos en el delantal—. ¿Y se acuerda cómo salía enojada a correr a los chiquillos que jugaban en su banqueta? Ahora es de no creerlo: los chiquillos se dan vuelo con sus risas y balonazos.

Me alejaré de ti con un dolor dentro de mí.

—¿Y por qué no me habló antes?

—Ay, doctor, es que no me di cuenta de que algo andaba mal hasta que la ropa le empezó a quedar grande y el cuerpo se le volvió pequeño —Estela se frota las manos reseca por el agua y el cloro—. Además, ya ve el genio que se carga la doña. Una mañana dijo “no más espejos en la Casa Grande” y cubrió los espejos con toallas y sábanas, desconectó la televisión y le dio por regalar sus cosas a cualquiera que pasara por la calle. Puso un puesto en la banqueta con un montón de ropa y chucherías, pero no vendió nada, todo lo regaló. En cuanto las vecinas se dieron cuenta, luego luego vinieron a llevarse las cosas: los vestidos de noche, los sombreros elegantes, los perfumes con sus botellas tan delicadas, las bolsas...

—Vamos a ver, doña Julia, ¿le duele algo?

Te juro, corazón, que no es falta de amor, pero es mejor así.

El doctor Oliverio palpa la frente afiebrada, examina los ojos con una delgada lámpara, abre la bata de franela para acomodar un termómetro en la axila. La abuela lo sigue con sus ojos grises, casi velados por las cataratas. Su cara limpia, arrugada, huele a crema Teatrical y a talco Maja. Mira a Estela como si quisiera reprenderla, “¿ya le ofreciste algo de tomar al doctor?”

—Ayer en la mañana vino el párroco Miguel a traer la comunión. ¿Pero usted vio a doña Julia alguna vez ir a misa? No, yo tampoco. Por más que le expliqué que confesarse le haría bien, que era sólo para estar prevenidas, la doña apretó los labios con tanta rabia que le juro por esta —Estela hace el signo de la cruz con el índice y el pulgar, y da un beso tronado a sus dedos— que vi el chamuco en sus ojos.

Si Julia tuviera ánimos, ahora mismo se estaría riendo, pero la fuerza o la voluntad empieza a ser un algo tan distante y difuso, un algo tan impuntual que llega a cuentagotas. Sus ojos se humedecen. Busca desprenderse de su cuerpo de vieja, ya no quiere ser la abuela o la madre, ni la vecina de doña Chole, ya no le importan los secretos de la Casa Grande. Renuncia, Julia ansía ser mujer. Bella y luminosa, se imagina caminando hacia adelante, lejos de la habitación, hacia arriba, fuera de la casa y de la huerta, vestida para abrazar a Severino.

Un día comprenderás que lo hice por tu bien, que todo fue por ti, porque ella también tuvo un amor al que cantaba y escribía cartas.

De él guardó unas mancuernillas de oro y un reloj de cuerda en una valija color plomo que nunca mostró a Milena ni a Susana. Abrazada a él, viajó en tren y en barco para conocer Europa y América del Sur, y en cada país compraron una muñeca distinta. Egoísta y feliz, nunca contó cómo reunieron dinero para comprar la Casa Grande ni cómo sus cuerpos aprendieron a amarse entre la hierba y los perales. Nunca le dijo a Susana cómo aprendió a montar: sin estribos ni montura, con la crin como rienda y la huerta como pista, hasta que Severino le pidió montar desnuda y se le quedó mirando con los ojos achicados, y un latir de fuego en las sienes lo obligó a montarse en ancas él también, atrás de ella, a paso lento. Y nunca jamás compartió los planos donde diseñaron la casa de muñecas, ni el por qué la ubicaron al final de la huerta.

La barca en que me iré lleva una cruz de olvido, porque hay cosas que no se comparten, historias que nunca se cuentan, que nadie debe conocer. Esas historias arden solas, en su silencio. ¡Qué chingados le va importar regar las macetas o barrer el patio!, ya será Estela quien le sirva su tazón de leche a Pilarico o remueva la alfalfa de Chihuahua.

Porque *en esa cruz de amor* Julia quiere que tiemble. Porque si de verdad existe un Dios, quiere que parta la tierra y se trague la Casa Grande. Milena está muerta, Susana no volverá. Que los sillones y las sillas se desplomen, que los colchones y las almohadas se desinflen. Que se rompan las ridículas sábanas que hacen juego con las cortinas. Que estalle la olla exprés, que los garbanzos quiebren los vidrios y se troce la madera de las puertas. Que el pirul voltee sus raíces y se caiga el columpio. Que el pozo vuelque su boca hacia su centro más hondo, que se trague a sí mismo como una boca ajena que mastica un alarido sordo. Que el corazón ardiente de la tierra consuma la Casa Grande. Que todo todo se lo lleve el diablo.

En esa cruz sin ti, sólo ansía abrazar a Severino.

—¿Respira todavía? —indaga Estela.

Julia ya no distingue los rostros, no puede reírse de Estela, la observa detrás de un vidrio empañado. Tampoco escucha la respuesta del doctor, su voz se distorsiona en un eco sombrío. Aunque el sol templado de octubre resplandece entre la higuera y los manzanos, para Julia ha llegado la noche. Desde lo alto de un risco se prepara para ejecutar el mejor de sus clavados, un río de agua oscura la espera abajo. Julia estira y afila su cuerpo como una flecha. Salta y gira en una media curva. Vuela entre las sombras. Abre los brazos para planear. Atraviesa el espejo de agua sin hacer ruido. Se zambulle, flota. Cobijada por la noche, *me moriré de hastío* y el cabello ondula en el agua. Toca y sostiene sus pechos con las manos, marca un camino con los pezones y con los codos flexionados, espera a Severino.

—Estela, tiene que encontrar a Susana —ordena el doctor Oliverio cuando guarda el termómetro en el maletín.

Mediodía

Pilarico vive debajo del lavadero que está en el patio. Es un excelente cazador; además de ratones, también atrapa liebres y lagartijas, incluso rodones. Ahora lleva en el hocico una paloma muerta. Hará lo que otras veces: la dejará afuera de la habitación de Julia y aguardará ahí, quieto y alerta, esperando el momento oportuno para poder entrar antes de que aparezca la escoba de Estela.

Sale del lavadero y se estira, alarga las patas y arquea el lomo. Se mueve en pausas sutiles, medidas. Las orejas en punta están atentas a los ruidos, previenen cualquier sobresalto que lo obligue soltar a su presa. Durante años, por las mañanas, Julia dejó un plato grande de pan remojado en leche afuera de la puerta de la cocina. Atraídos por la comida segura, los gatos vecinos abandonaron sus casas y otros tantos llegaron de más lejos. Gatos padres, gatos hijos, gatos hermanos transformaron la huerta en un hotel, donde el que quiere se queda. Aunque Julia tiene sus preferencias: el único que puede entrar a la Casa Grande es Pilarico.

Como es su costumbre, Pilarico empuja la puerta de la cocina con la cabeza, hace mucho tiempo ya que el sonido de la olla exprés dejó de asustarlo. Pasa por debajo de la mesa del comedor y rodea las patas de las sillas. Se restriega contra la pared de la sala sin soltar a la paloma y se agazapa para andar debajo de los sillones. Se detiene unos segundos frente al bastón de Julia recargado en la consola. Cuando sólo le falta cruzar el zaguán para llegar a la habitación, la escoba de Estela aparece.

Con rapidez, se esconde entre los helechos de una maceta. Suelta a la paloma en la tierra y se queda inmóvil, como la estatua de un pequeño tigre en medio de la selva, y ahí permanece hasta que Estela termina de barrer el zaguán y se sigue derecho para barrer la sala y luego la cocina. Entonces Pilarico levanta la paloma con el hocico. Un poco más y empuja la puerta de la habitación, deja la paloma a los pies de la cama y trepa de un salto. Ronroneando, se acomoda entre varias muñecas desnudas: aplasta un brazo rígido con una pata, jala una mata de cabello cobrizo con las uñas, rasguña un

fino vientre de porcelana, hasta que, finalmente, acerca su húmeda nariz a la nariz de Julia.

6:25 de la tarde

Una hora de tren de Amberes a Ámsterdam, de ahí a México más de diez horas de vuelo hasta la Casa Grande. Durante el trayecto, Susana dormita: sueña que Milena prepara chiles rellenos y una enorme cazuela de arroz; luego sueña con Sara durmiendo en el regazo de la abuela.

En cuanto abre la puerta principal de la Casa Grande anuncia su llegada con un grito, como lo solía hacer cuando era niña:

—¡Ya llegué!

Nadie sale a recibirla. Entra y le parece distinguir a Milena sentada en su sillón favorito, en la sala. Imagina que besa su frente, que acaricia su rostro con la mano. “He vuelto a ver a la abuela”, quisiera poder hablar, oler una vez más su perfume de membrillo. Un pinchazo en el estómago le recuerda que lleva varias horas sin comer, no probó la comida del avión. Tiene tantas ganas de una tortilla, le urge un taco de lo que sea. Se dirige a la cocina, abre el refrigerador, encuentra una naranja con moho y un par de tortillas duras.

—¿Hay alguien?

Alza nuevamente la voz, le habla a las paredes blancas, al frutero vacío, a la callada licuadora. Se sirve agua de la llave en una copa. Apoyada en el fregadero, un repentino dolor se escurre a lo largo de su espalda. Estela entra de improviso, tiene los ojos hinchados. Al ver a Susana brinca de susto y se persigna, balbucea algo. Enseguida se repone y, con cara de alivio, estira los brazos para abrazarla. Sara ya no está colgada del delantal de su madre como antes, tampoco juega en el patio.

—Cuéntame todo —pide Susana cuando apoya sus manos en los hombros de Estela y la mira hacia abajo porque es mucho más alta.

—¡Ay, mi Susy! Estás tan cambiada —Estela moquea, solloza, como si una tina de agua le aflojara los músculos—. Lo último es que doña Julia

mandó matar a Balín. Al muy bobo le pegó la loquera: se hacía el desentendido para colarse por debajo del portón y salir corriendo a la calle para morder a la gente. Mordió a una de las muchachas de doña Lupe. Aquí, en la pierna —y Estela señala su muslo—, y mordió la nalga derecha de doña Raquel... El tonto no podía conformarse con la izquierda. No, justo tenía que atinarle a la derecha. Eso empeoró la cojera de doña Raquel.

—¿Balín? ¡Pero si es el perro más flojo del mundo!

—No, mi Susy, desde que te fuiste, aquí nada es igual. Balín nunca más se echó bajo la higuera, se la pasaba olisqueando entre el laurel y los chayotes, vuelta y vuelta alrededor del pirul, escarbando, como si buscara algo. Y en una de esas algo encontró. Porque el que busca, encuentra, y ese perro se volvió bravo.

—No puedo creerlo —Susana niega con la cabeza, se cruza de brazos y acerca una mano a su rostro, mordisquea la pintura roja de las uñas. Tiene miedo de preguntar por la abuela.

—Luego quiso morder al hijo pequeño de don Juan. ¿Te imaginas la tragedia que hubiera sido? Lo bueno es que doña Chole, bien valiente como es, armada con piedras y la reata del tendedero, alcanzó a asustarlo... Fue cuando la abuela dijo “no más perros en la Casa Grande” y le dio dinero a un muchacho para que matara a Balín y lo enterrara debajo de la higuera.

—¿Y Chihuahua? —Susana sacude a Estela por los hombros. Ella comienza a llorar—. ¿Qué le pasó a Chihuahua?

—O aprendió a abrir la caballeriza con el hocico, ya ves lo listo que era, entre más viejos los caballos se vuelven más listos, mi Susy, o la abuela dejó la caballeriza abierta.

6:46 de la tarde

No llora. Aunque le cosquillea la nariz y los ojos le arden, Susana empuña las manos y atraviesa el patio con pasos largos y firmes. Entra a la cocina por la puerta de atrás, vuelve de la caballeriza vacía. Estela la detiene:

—¿Le hablo a las vecinas para que de una vez vengan a rezar? En un pueblo como este, las desgracias nunca vienen solas. ¿Te acuerdas cuando murió tu mamá? Ese mismo día la Chapis, la muchacha del dentista, se pegó un tiro con una escopeta porque no la dejaron salir con el novio. Enseguida de enterrar a la Milena, nos fuimos derecho a velar a la Chapis con su vestido de quinceañera. Si le faltaba tan poco para la fiesta. Pero seguro tú no te acuerdas porque entonces eras muy chica.

—Estela, ¿a dónde se van los muertos?

—Al cielo, mi Susy, ¿a dónde si no?

7 de la noche

Pilarico salta de la cama y escapa por la puerta entreabierta. Susana entra a la recámara. De inmediato, el corazón se le comprime cuando mira a la abuela tendida en la cama: tan desamparada y pequeña, tan bella y arropada en su pijama de franela, parece una niña desolada de ojos grises que aguarda con paciencia a que suceda algo en medio de una mortaja de flores frescas y de muñecas desnudas.

Con los ojos nublados, Susana contempla la dalia fresca color durazno que lleva en la oreja, el cabello largo y canoso repartido lado a lado por enfrente de los hombros, adornado en las puntas por margaritas. Y entre el edredón y las almohadas blancas, alrededor de Julia, los ojos de cristal (algunos rotos, otros ensombrecidos) se unen a las rosas, los cuellos agrietados se emparejan con los claveles, los torsos con manchas de grasa adelgazan la cintura en alcatraces, las dolientes piernas son pétalos de lirios.

¿Cómo es que todas las muñecas están aquí, en esas condiciones? Susana recuerda el cuidado con el que Milena limpiaba a cada una: para no maltratar el cabello ni el vestido, metía a la muñeca en turno en una pantimedia y, muy por encima, pasaba el aire de la aspiradora para ahuyentar el polvo; con una toalla blanca y esponjosa, que enseguida desechaba, humectaba la porcelana con aceite de almendras, con un hisopo aseaba las curvas de la oreja y con un

palillo de dientes dejaba caer una gota de aceite (precisa y exacta) encima del ojo que por arte de magia revivía el color azul, el engañoso brillo de una mirada de cristal partido en diminutas estrías de iris negro. Si era necesario, con aguja e hilo remendaba los encajes o afianzaba los botones.

Un terrible ardor arrasa los ojos de Susana, pero no llora, se talla los ojos para no llorar. Suspira tan hondo que casi cree que tocará su alma. Observa afligida los rulos aplastados de las muñecas, las coletas deshechas, la triste piel agrietada, manchada; algunas muñecas tienen una pierna suelta o un hombro desarticulado, a otras les faltan los dedos de los pies.

—A perpetuidad —Julia murmura.

—Pensé que estaba dormida, Abu, no quería despertarla —Susana se acerca. Camina despacio, suave. Descubre a una paloma muerta en el suelo, a un lado de las pantuflas.

—La pendeja de Estela me dijo que no regresarías.

—No se agite —Susana besa la frente arrugada con un respeto infinito, reacomoda las margaritas y repasa los botones cerrados, la arropa entre la franela de la bata y el edredón, como cuando se cubre a un bebé para que no tenga frío.

—La casa está a tu nombre.

—No hable de eso.

—¿Y de qué quieres que hable? No me trates como idiota —Julia se mueve, tose—. Las escrituras están en el primer cajón del tocador, el que tiene llave... Quiero que ellas vengan conmigo —señala a las muñecas— ahí donde están tu abuelo y tu madre.

—Abu, yo ya no recuerdo dónde está la tumba, yo era una niña. ¿Se acuerda que nunca volvimos al panteón? Aquello estará cambiado, las tumbas se pierden entre las tumbas, los panteones crecen como si fueran ciudades.

—La lápida dice “A perpetuidad”, no puede perderse... Y ni se te ocurra llorar, me vas a dar mala suerte.

—Siempre en el equipo de las que nunca lloran.

—Tu abuelo, tu madre, yo, empalmados como un pastel —Julia ríe, pero la saliva la atraganta.

—¿Y yo, Abu? ¿Dónde voy a terminar yo?

9:40 de la noche

—Abu, ¿recuerda cuando me acostaba en su barriga a leer?

—Sí.

—Quiero que mis hijos también se acuesten en su barriga a leer.

—Si tienes un hijo llámalo Severino.

—Uy, no, Abu, Severino es un nombre muy feo... ¿De dónde sacó ese nombre?

11:05 de la noche

—*Era una paloma... punto y coma.*

—¿Estás rezando?

—Es la ronda que me gustaba de niña. A usted le gustaba la de *aserrín, aserrán, los maderos de san Juan*, pero a mí me gustaba la de la paloma *que tenía su nido... punto y seguido.*

—¿Es la paloma que trajo Pilarico?

—No, es la *que se fue a marte... punto y aparte.*

—La que dice *fea tú, fea tú.*

—Ash, Abu, y luego dice que soy yo la que inventa cosas.

Medianoche

—Quiero cantar.

—Sí, ¿cuál quiere que cantemos?

Una semana después del entierro de la abuela, las tiendas de chocolates reciben nuevamente a Susana en un desfile de aromas dulces y embriagantes. De fondo, en el cielo cenizo, las nubes esperan la punta de un alfiler para reventarse. Camina por las calles. Está mareada, el desánimo la invade: tanto esforzarse por volver a Amberes y la ciudad se cierra a cada paso. Pronto intuye que en cualquier otro país sucederá lo mismo: las avenidas parecerán siempre demasiado estrechas, los techos de las casas y de los edificios caerán encima de su cabeza.

Sube el cierre de su saco negro, desenvuelve la pashmina blanca que lleva en el cuello para cubrir su cabeza. Las bicicletas, sus pasajeros, el sonido de mil campanitas, le impiden circular con tranquilidad. El tacón de las sandalias se clava entre las baldosas de la acera y la hace perder el equilibrio. Apenas arrastra la maleta hasta el bar donde quedó de verse con Levent. Está sola y es mediodía, y sentarse en la barra no le parece tan glamuroso como había imaginado. Mientras espera, ordena una Duvel.

Y ahí está: esa bendita pesadez del primer trago, ese dejarse arrastrar y cerrar los ojos. El sabor a clavo y a pimienta arrasa su lengua. Con la cabeza recargada en los brazos y los brazos en la barra, ve pasar a la gente a través de la ventana: tan altos, tan rubios, tan sin ruido. A lo lejos, la verdosa estatua de Rubens: imponente, con la serenidad de un viejo al que ya nada puede sorprenderle.

Toma aire para el siguiente trago. Bebe sin tregua ni esperanza. La Duvel cae en su estómago como un golpe de oro recién molido. La atraganta el aroma de manzanas rojas, de duraznos con levadura, de castañas fermentadas. Con la ceja arqueada, muestra al mesero su copa vacía. Él destapa otra Duvel y ella bebe hasta el fondo. Cuando inclina la copa mira el líquido que se

vuelve uno con su sangre y sus latidos, quiere nadar cerveza adentro, sumergirse. Deposita la copa en la barra, tiene los labios impregnados de espuma y los ojos chispeantes. Con lentitud pasa la lengua por los labios para limpiarse y con un movimiento circular del dedo índice, ordena la que sigue.

Nunca más verá a la abuela, no volverá a abrazarla. Piensa en las cosas que le gustaría preguntarle y que (quién sabe por qué) nunca preguntó. Sabe que tuvo una hermana que se llamaba Margarita y que murió quemada en un accidente. Su bisabuelo era un hombre a caballo y con ayuda de la pequeña Julia asoleaban los lingotes de oro en los adoquines del patio. Creció en La Montesa, un pueblo habitado por gente rubia como la abuela, a tres horas de carretera de la Casa Grande. Pero Susana ha viajado horas para llegar a otro país y no conoce La Montesa.

—Salud —dice, y el mesero sonríe.

Jamás visitará la casa donde la abuela vivió de niña. Nunca estará en su cocina ni sabrá de su olor a pan recién horneado. No dormirá en las sábanas almidonadas ni en la almohada con funda de tira bordada. No sabrá del jarro preferido de la abuela, donde tomaba el champurrado en las mañanas o la canela caliente en las noches. Tampoco usará los cubiertos de plata ni se verá en los espejos donde ella se vestía. No abrirá los postigos de la ventana para recibir el sol ni anhelará el olor a tierra mojada ni el de la hierba fresca. No se sentará en el último escalón de la puerta, bajo la marquesina, para ver llover, para adivinar la figura de un pato en las gotas que rebotan encima de los charcos.

No, y de tan cierto, le resulta ridículo. “Y fue así porque la historia de las mujeres de la Casa Grande empieza y termina con usted.”

—Salud.

Alza otra vez la copa, brinda con la media sonrisa del mesero, mira hacia la calle a través de la ventana. Cierra los ojos. Imagina que Natasha, Roxana e Isaura salen detrás de la estatua de Rubens cubiertas por un velo transparente que entrelaza sus piernas. “Como si las tres gracias fueran tres muñecas de treinta centímetros de altura o las muñecas fueran las tres gracias del tamaño de una mujer.” Natasha se detiene atrás de su espalda y estira la pashmina para desatar su cabello. Roxana trepa por el saco negro, se cuelga

del cierre para bajarlo. Isaura lleva una charola llena de chocolates en forma de pies.

Quiere preguntar por Alondra: “¿Le hicieron algo?”, pero las manzanas, el clavo y la pimienta de la Duvel, las muñecas, el recuerdo de la abuela, clausuran cualquier sonido.

Y un espasmo de dolor en la espalda.

Y Levent que tarda tanto.

Y no llora, por supuesto que no llora. Sólo se mira a sí misma abrazada a la estatua de Rubens y siente una pena indefinida.

Así comienza la enfermedad: con una Duvel y un dolor en la espalda, o quizá comenzó desde antes y no pudo darse cuenta.

A pesar de los analgésicos, de los fomentos de árnica, de los masajes con piedras calientes, un dolor terco no volverá a desprenderse de su cuerpo. Del exterior ya no llegarán con claridad los ecos ni los sonidos, los minutos serán una línea delgada que se empalmará a las horas y el día se confundirá con la noche. Susana ingresará a un tiempo desdoblado en otro.

—Preciosa, qué ojeras tan oscuras.

Levent no advierte la fiebre, besa a Susana en los labios, la detiene unos segundos contra su torso y sin decir más abordan un taxi. El dolor se hermana al cansancio, a un atolondramiento que la obliga a observar a través de la bruma. “El amor es la voluntad que sirve para rendirse a la voluntad de otro”, piensa.

—Vamos, perezosa, tienes que comer —dirá Levent tres días después, cuando la empuja para obligarla a levantarse y ella rueda por la cama como si cargara el peso del mundo. Se deja caer al piso enredada en las sábanas, se arrastra a la esquina. Dobla y abraza las piernas, hunde la cabeza entre las rodillas.

A los veintiún años Susana ha envejecido, ya ni siquiera puede cantar.

La negra y la italiana abrazan a Susana: tres mujeres en una vitrina, desnudas y enteras, uniformadas por los tacones altos y transparentes. Las piernas se enrollan con las piernas y los cabellos crespos se mezclan con los cabellos lacios. Como un terciopelo oscuro, aprisionado y largo, la negra se sostiene entre dos cuerpos blancos.

—¿Me sienten? —Susana interroga.

Afuera, los hombres observan un remolino de bocas entreabiertas y húmedas. Adentro, las mujeres mascullan palabras, las alargan. Los movimientos se alternan, se acompañan: una besa la boca negra, una pierde los dedos en la entraña blanca, una más palmea las nalgas hasta volverlas rojas y pegarlas como un trofeo en la vitrina.

—¿Por qué no puedo sentir las? —Susana se queja.

Por la mañana, Levent dibuja la última muñeca: lleva en la entrepierna una mariposa de diamantes. Susana, por primera vez, permanece en un silencio absoluto.

Sueño del que no se puede despertar (Escena única)

PERSONAJES

Levent: hombre dormido que mira su sueño

Alondra y Susana: mujeres o muñecas

Natasha, Roxana e Isaura: tres muñecas que no están

Levent espía desde el techo de una oscura habitación, así le resulta más fácil contemplar su sueño. Está desnudo y borracho encima de una cama. Es el húmedo departamento de Amberes, tan ridículamente oscuro y pequeño. Enseguida la puerta se abre. Susana aparece, gira la cabeza hacia atrás y con el índice en los labios suplica silencio, cede el paso a Alondra como si abriera la entrada a un oscuro paraíso, ese que con tanto esfuerzo ha creado con Levent.

Las dos han caminado innumerables calles tomadas de la mano para llegar ahí. Desde niña, Susana le prometió a su madre hacerse acompañar de una muñeca, por eso está deseosa de concluir esa promesa. A ninguno de los tres les sorprende que ese momento por fin los alcance: Levent en el centro y, lado a lado de la cama, una es el espejo de carne y porcelana de la otra.

—¿Está dormido? —la voz de Alondra.

Susana se acerca a la cama, levanta una de las piernas de Levent, la pierna cae pesada hacia el colchón. Prueba luego con uno de los brazos. Al igual que

la pierna, vuelve a su sitio original. De alguna manera, Levent sabe que aquello es imposible: desde que Susana apareció en su vida él es un hombre que ama demasiado, ha gastado ya tanta saliva y tanta fuerza que necesita descansar. ¿Por qué no se da cuenta? ¿Por qué insiste? El cuerpo le pesa sobremanera, ignora sus órdenes: no puede moverse. Basta ya, se acabó el juego.

Alondra y Susana hablan entre sí, se dicen cosas al oído y ríen entre dientes, esconden la risa entre el cabello. Creen que él sigue dormido, que no puede escucharlas. Pero se equivocan, Levent es el dios de su propio sueño.

Susana bebe un trago de la botella de raki que él dejó a la mitad, ordena beber a Alondra y enciende varias velas delgadas que distribuye en las cuatro esquinas de la habitación. Levent mira su cuerpo entre penumbras, débilmente iluminado. De pie, Alondra se desprende de Susana como el papel adhesivo de una calcomanía. Una se despoja del suéter y sacude el cabello, y la otra la emula. Una desliza la falda por las caderas y los muslos, y la otra la copia como un sello que se imprime o se repite. Ambas lucen una mariposa de diamantes.

Susana yergue la espalda y Alondra lleva las manos hacia sus senos, los eleva como si con ese gesto ofreciera beber de ellos. Pero no a Susana. Sube a la cama, se arrodilla y pasa una pierna por los hombros de Levent, quien percibe la fría porcelana de las piernas, y aunque quiere abrir los ojos para agarrarla de la cintura y arrojarla lejos, su cuerpo se estremece, las manos no le responden.

Decidida, como si fuera a chocar los talones para empezar a galopar, Alondra mece la cadera a lo ancho de los hombros: hacia al frente, hacia atrás. Con lacónicos movimientos de los dedos masajea sus pezones hasta que mana un chorro de leche clara y tibia. Los labios de Levent se salpican de esa leche, se refrescan. ¿Desde cuándo no toma agua?

Hay humo en la habitación, o niebla. En contraste con su cuerpo dorado, Levent mira las pieles en extremo pálidas, borrosas. Ellas comienzan a besarlo y a morderlo, como si le entregaran a un mismo tiempo el roce de una piel inerte seguida de una tibia, unos labios fríos, unos cálidos, y Levent no puede precisar cuándo o en qué momento aquellas dos malditas brujas

engordan su sexo y reinician el juego otra vez. El humo vuelve más sinuosas las caderas, más pronunciadas las cinturas, más confuso lo que observa desde lo alto, más indefinido lo que siente.

—¿Por qué yo? —la voz de Alondra hace eco en la habitación. Sus muslos se oprimen y aferran al torso de Levent como un par de tenazas firmes y heladas—. Natasha sabe de personas exigentes. Si él se molesta por algo, ella lo soluciona... O Roxana, ella tiene mejor cuerpo que yo... ¿Ya oíste a Isaura? Hoy ha escrito y ha borrado más poemas que de costumbre. Dice que no le diste tiempo de aplicar el examen.

Una sensación de asfixia empieza a subir por el torso de Levent, un aliento fresco sopla por encima de su estómago y le eriza los vellos. Los labios carnosos de Susana dejan de besarlo, habla:

—No la escuches, por favor.

—Roxana está furiosa: zapatea el piso. Dice que para qué ha hecho tantas dietas y ejercicio... Comerá chocolates hasta envenenarse —Alondra insiste.

Levent advierte una dosis de calambres en las piernas. Delgadas agujas de sudor se clavan en su piel. Susana deja de lamerlo, repite:

—No la escuches, por favor.

—¿Y Natasha?... Dice que ahora sí se va para siempre. No importa si se ahoga en el canal de Panamá o si se encierra en un monasterio del Tíbet.

Susana recarga un codo en la cama. Observa el cabello de Alondra que cae como nubes negras a lo largo de la espalda:

—Yo no te elegí, Alondra, tú llegaste... ¿Sabes? Llega un momento en la vida de un hombre donde es indispensable un final, un punto y se acabó. ¿Quieres poner ese final conmigo?

A Levent le falta tan poco para dejarse vencer. ¿Por qué Susana se aleja? ¿A dónde va? Alondra aprovecha: intenta sofocarlo, acerca los diamantes a su boca. ¿Dónde está Susana? Anhela gritar el nombre, un nombre. ¿Cuál? (Qué rico, carajo.) Montada como está en la boca de Levent, y sin descuidar la tortura que le inflige, Alondra gira el rostro hacia atrás, mira cuando Susana, desde la orilla de la cama, toma con la boca el pie izquierdo de Levent. Con los ojos, le pide tomar el pie derecho. Alondra abandona la boca y se desliza hacia abajo, por el torso. Levent jala una bocanada de aire, recortado aún,

entumido, afiebrado. A su paso, Alondra frota los diamantes encima de la carne inflamada, la atormenta, no demasiado, desciende por los muslos como un trozo de hielo que quema y corta, que abre rasguños por encima de la piel.

Desde el techo, Levent continúa mirando dentro de su sueño.

Susana y Alondra besan sus pies, se deslizan por su adentro como si exploraran cada uno de sus órganos y sentidos. Lo vuelven por completo suyo, por completo muerto. Hacia el norte, una lame un dedo para torturar el cerebro. Hacia el sur, la otra repasa con la lengua el siguiente dedo para envolver la garganta. Una avanza hacia el oriente, mordisquea con avidez, se regodea a lo largo y ancho del corazón.

Los tragos de raki corren por la garganta de ellas mientras comen y beben ricamente de su cuerpo. Se alimentan y se bañan en él, ascienden y descienden a lo largo de los pies. Del pene al ombligo, fantasmas, del ombligo al corazón, gemelas, del corazón a la garganta, hadas, de la garganta al cerebro, brujas. Se alternan con tanta precisión que, por más que siente, Levent no distingue cuál de las dos lo toca, cuál arriba, cuál abajo, cuál lo muerde.

Y quiere jalarlas del cabello (*aşkın*), moverse también (mi amor), nalguearlas (*yumuşak*), derramarse en los senos (suave), manchar las caras (*evet*), pero su cuerpo desobedece una vez más: no soporta la asfixia, el departamento le queda chico. Ellas lo consumen (hijas de puta).

Entre fluidos, Levent se derrama. Ellas se levantan de la cama y, nuevamente, una es el reflejo de la otra. Ambas se acarician la entrepierna hasta humedecerse, están listas para el siguiente paso: entre lamentos y risas arrancan los diamantes.

Perdido en la profundidad de su más oscuro sueño, Levent escucha el eco de dos voces que se entrelazan en una:

—¿Aún te duele?... (¿Aún te duele?)

—Sí... (Sí.)

Ninguna se detiene ante las quejas de la otra y no descansan hasta terminar su tarea: retirar el último diamante, liberar un suspiro lento.

Alrededor de los pies de Levent, los diamantes se transforman en cristales, y él no puede precisar en qué momento aquellas dos malditas brujas

terminan todo. Desde el techo, una gruesa mancha de luz lo enceguece: el deslumbramiento de dos pubis blancos, dos lienzos heridos y abultados.

Epílogo

Los análisis confirman sus sospechas: Susana está embarazada.

Con la relamida confianza que le da la ciencia, el médico asegura que unas cuantas mujeres producen leche desde el primer mes de embarazo; algunas, incluso, mojan la blusa en los momentos más inapropiados. Para solucionarlo es suficiente colocar un poco de algodón en los pezones y ajustar el sostén. Pero a Susana no le importa mojar la ropa, sus pezones se han vuelto tan despiertos y sensibles que cualquier roce de tela le provoca un correr de cosquillas y sonrisas, ya no se diga el agua o los aceites. En definitiva, no soportaría ninguna borla de algodón. En cuanto llega a casa se deshace de la blusa para dejar los senos al aire, y así permanece durante el día y la noche.

—Deberías cubrirte —le dice Levent, divertido, sin ganas de que le haga caso.

El bebé será un varón de tres kilos trescientos gramos que romperá la tradición de las mujeres en la familia de su madre. Su padre se llamará Levent.

Cuando Susana muera, a la edad de veintidós años, ahogada en los mismos dolores en que murió Milena, Levent se encargará de seguir las instrucciones que dejó anotadas en una hoja de cuaderno:

1. Pase lo que pase, sepúltame con mis cuatro muñecas.
2. Pase lo que pase, déjame en la misma tumba donde descansan mis abuelos y mi madre.

En el féretro, con sus historias y peleas interminables, Natasha, Roxana, Isaura y Alondra arrullarán el sueño eterno de Susana, quien dormirá

tranquila, en paz y por siempre acompañada. Pero antes de que eso suceda, se olvidarán de Amberes y de Estambul, romperán las cartas que Susana escribió durante años y, como si buscaran deshacerse de un pesado hechizo, lanzarán *El libro de las muñecas muertas* a las aguas del río Escalda, y un domingo rematarán el secreter en el *vogelmarkt*. Luego viajarán a México. Con el dinero de la venta de la Casa Grande (porque de las vitrinas no obtuvieron grandes ganancias) se irán a vivir a un pueblo del norte del país.

Ahí nacerá su hijo.

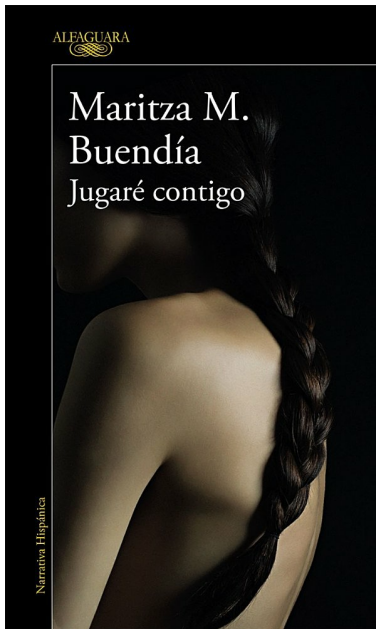
Como el más orgulloso de los hombres turcos, Levent querrá que su hijo lleve su nombre: así se llamó su padre, así se llamó su abuelo, así llamará a su hijo. Pero Susana no está segura de eso, sabe que el varón que nacerá de sus entrañas llevará otro nombre.

—Se llamará Severino —exclama una mañana, incorporándose repentinamente de la cama, con el brillo de las mujeres embarazadas acumulado en sus antiguos ojos de muñeca.

—Severino —repite más alto, más fuerte, para que Levent la escuche desde el baño o el estudio. Y sí, la escucha, pero no le presta atención: ya está acostumbrado a su manera de cambiar las cosas, a sus constantes sobresaltos e inquietudes, a sus mareos y extraños antojos: ¿cacahuates japoneses con salsa valentina?, ¿dónde se compra eso?

Susana se reacomoda en la cama, abraza a Alondra muy cerca de su pecho. Para entumecer el cosquilleo de los pezones coloca encima la mano fría de porcelana. Bosteza. Con una sonrisa en los labios, vuelve a dormir.

«No quiero tu amor, sólo tu deseo.»



Susana se exhibe en los escaparates sexuales de Amberes y se entrega a quien paga por ello. Disfruta de todas las variantes del placer, incluyendo las dolorosas; goza de los olores, de los sabores, de lo previsible y de lo insospechado, de cada parte de cada cuerpo... en especial, de los pies. Expuesta en su vitrina, es como una muñeca a merced de los deseos de quienes la contratan; es como una de las muñecas, herencia de su abuela, que la acompañan.

Mientras tanto, en una habitación alquilada, la espera Levent, a quien conoció en Turquía y con quien ha establecido una relación cuyas reglas fijó ella misma: ambos van de paso y estarán juntos por tiempo indefinido: lo que dure el impulso de la carne o, simplemente, su voluntad. Susana tiene claro que a sus 21 años ha emprendido un viaje iniciático y que en México, tras las muertes de su abuela y de su madre, ya no le quedan afectos.

En esta novela, carnal y por eso mismo llena de poesía, Maritza M. Buendía narra sombras y oscuridades, tanto de los cuerpos como del alma.



Maritza M. Buendía

(Zacatecas, México) es doctora en Humanidades-Literatura por la UAM-Iztapalapa. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen con *Tangos para Barbie y Ken* (2016), el Premio Bellas Artes de Ensayo Literario José Revueltas con *Poética del voyeur, poética del amor. Juan García Ponce e Inés Arredondo* (2013) y el Premio Nacional de Cuento Julio Torri con *En el jardín de los cautivos* (2005). En dos ocasiones fue becaria del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, Jóvenes Creadores, y formó parte de la primera generación de la Fundación para las Letras Mexicanas. Su primer libro de cuentos se titula *La memoria del agua* (2002).

Jugaré contigo

Primera edición: agosto, 2018

D. R. © 2018, Maritza M. Buendía
Publicada mediante acuerdo de VF Agencia Literaria

D. R. © 2018, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-317-205-9

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](#)



[@megustaleermex](#)

Conversión eBook:

Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación